



¿Cuál era el protocolo... cuando una estaba atrapada en medio de una tormenta de nieve con su jefe?

Con dos hermanas a las que cuidar, Lex Satchell no podía arriesgar su puesto de trabajo como conductora en Industrias Thorpe. Olvidarse de la ridícula atracción que sentía por su jefe, Cole Thorpe, era esencial, aunque resultaba evidente que la atracción era mutua.

Ir con él a una lujosa estación de esquí sería una tortura. Pero todo cambió cuando una tormenta de nieve los aisló de la realidad.

De repente, dar rienda suelta a la pasión era inevitable, pero Lex nunca imaginó que Cole le abriría su endurecido corazón o que lo que veía en ese corazón la haría soñar con algo más que un par de noches de pasión.

Capítulo 1

LEX estaba en la sala de llegadas del aeropuerto de Ciudad del Cabo, con un vaso de café con hielo en una mano y un arrugado cartel de Industrias Thorpe en la otra. Había tenido la intención de hacer otro, pero entre sus innumerables trabajos, llevar a sus hermanas al colegio, supervisar los deberes, hacer la cena y estudiar para obtener su título universitario, apenas tenía tiempo para nada más.

Suspirando, sopló para apartar un rizo de sus ojos. Se había sujetado el pelo en una trenza, pero empezaba a desmoronarse. Necesitaba un corte de pelo, una limpieza de cutis, un masaje, dos millones de dólares...

Lex miró la pizarra electrónica y luego su móvil para comprobar la hora. El vuelo de Londres había aterrizado quince minutos antes, de modo que los pasajeros aparecerían en cualquier momento.

Había conocido a muchos empleados de Industrias Thorpe en los últimos años y se preguntaba a quién estaría esperando en esa ocasión. A veces le tocaba llevar en el coche a alguno muy charlatán, emocionado de estar en África, que la acribillaba a preguntas a las que ella respondía como podía. Otras veces era alguien que se pasaba el viaje al hotel o a las oficinas de Industrias Thorpe pegado al móvil.

En esas ocasiones tenía que controlar el impulso de decir que dejasen el teléfono y mirasen por la ventanilla, que contemplasen la famosa Montaña de la Mesa, a veces cubierta por las nubes, a veces no. Le gustaría recordarles que estaban en una de las ciudades más bonitas del mundo y que debían levantar la cabeza de la pantalla del móvil. Pero, por supuesto, mantenía la boca cerrada porque ese era su trabajo y lo necesitaba.

Lex tomó un sorbo de café, con la esperanza de que la cafeína hiciese efecto. La noche anterior se había quedado dormida en la mesa del comedor a las dos de la mañana. Estudiar para obtener un título en Psicología Forense era algo que solo podía hacer cuando Nixi y Snow se habían dormido e invariablemente para entonces estaba exhausta. Iba

aprobando todos los módulos, pero desearía tener tiempo para profundizar en cada tema.

«Estás haciendo lo que puedes, eso es lo único que debes pedirte a ti misma».

Aun así, sentía como si estuviera caminando por una cuerda floja sobre un cañón. En ese momento, la cuerda estaba tensa y firme y ella sabía dónde debía poner los pies, pero si el viento se levantaba o alguien más saltaba sobre la cuerda perdería el equilibrio y caería de cabeza al vacío.

No podía haber interrupciones o distracciones en su vida.

Los pasajeros del vuelo de Londres comenzaban a entrar en la sala de llegadas y Lex tomó un sorbo de café, preguntándose si la rubia alta con los pantalones de lino blanco sería su cliente. O tal vez el chico con gafas y aspecto de empollón. No, esos eran pasajeros de primera clase y la mayoría de sus clientes viajaban en clase ejecutiva o clase económica.

Un hombre vestido de negro, moreno y más alto que la mayoría, metro noventa o más, llamó su atención entonces. Lexladeó la cabeza, admirando los anchos hombros y ese cuerpo de nadador. Llevaba un jersey de cachemir con cuello de pico, las mangas subidas hasta la mitad de los bronceados antebrazos. El fino material parecía acariciar su ancho torso y sus fuertes bíceps. El elegante pantalón negro destacaba sus largas piernas y llevaba unas modernas zapatillas de deporte en blanco y negro. En las manos, una bolsa de viaje de aspecto caro y una elegante funda de ordenador.

Era tan sexy que le temblaron las rodillas. Estaba como un tren.

Lex no salía con nadie y no lo haría a corto o medio plazo. Aunque tuviese tiempo para una aventura, que no lo tenía, la mayoría de los hombres daban marcha atrás cuando descubrían que debía programar su vida amorosa en torno a las necesidades y demandas de sus hermanas pequeñas. Incluso si solo era una breve aventura, a los hombres les gustaba ser lo primero en la lista de prioridades.

Su madre había tenido docenas de relaciones amorosas, todas breves, y Lex era bastante cínica sobre el amor y sobre la capacidad de los seres humanos para comprometerse. La verdad, tener un hombre en su vida sería poco práctico.

Una aventura a corto plazo sería complicada, pero con alguien como aquel adonis haría el esfuerzo de encajarlo en su día a día. O en la noche.

Él sacó un móvil del bolsillo trasero del pantalón y miró la pantalla con el ceño fruncido. Su pelo era castaño oscuro, corto y espeso, bien cuidado. No podría decir de qué color eran sus ojos, pero tenía una nariz larga, masculina, la mandíbula cuadrada y unos pómulos altos y marcados. No era exactamente guapo, pero irradiaba tal virilidad que podría parar el tráfico.

Lex vio cómo se pasaba una mano por el pelo en un gesto de frustración antes de llevarse el móvil a la oreja. Parecía italiano, o tal vez griego o árabe. Su nacionalidad no importaba. Sería clasificado como un adonis de Londres a Camberra.

Y ella tenía que dejar de mirarlo con la boca abierta. En serio, debería salir más si era así como la afectaba un extraño, por guapo que fuese.

«Cálmate, Satchell».

Desgraciadamente, apartar la mirada resultó más difícil de lo que había esperado. Estaba a punto de hacerlo, en serio, cuando él giró la cabeza y sus ojos se encontraron. A pesar de estar a cierta distancia, Lex sintió el calor de su mirada por todas partes.

Era fácil imaginar lo que estaba pensando: pelo largo, rojo y rizado, un rostro ovalado cubierto de pecas, una nariz pequeña, unos labios gruesos y ojos verdes. Una chica alta y demasiado delgada, pelirroja, con unos vaqueros negros, botas de motorista y una vieja chaqueta vaquera sobre una camiseta blanca.

El no bajó la mirada y Lex tuvo que hacer un esfuerzo para respirar.

¿Por qué todos los colores y los sonidos del aeropuerto parecían amplificadas? Tal vez estaba sufriendo una apoplejía porque su corazón se había vuelto loco y le daba vueltas la cabeza.

O tal vez se trataba de pura atracción animal, un fenómeno que ella no había experimentado nunca, pero del que había oído hablar.

El adonis tomó la bolsa de viaje y empezó a caminar...

Y, madre mía, ¿se dirigía hacia ella?

¿Iba a entablar conversación con ella? ¿Qué? ¿Por qué?

Lex no tenía mucha práctica con los hombres y no sabía flirtear. Además, en ese momento no podía respirar y, a pesar de haber tomado un par de sorbos de su café con hielo, tenía la boca seca. ¿Qué iba a decirle? ¿Y cómo respondería ella?

Lex miró por encima de su hombro. Tal vez se dirigía hacia alguien que estaba detrás... pero no. Definitivamente, el guapísimo extraño se dirigía hacia ella.

Y, por alguna razón, se sentía ridículamente vulnerable. Como si aquel extraño la conociese, como si pudiese descubrir todos sus secretos. Como si supiera que, bajo ese despreocupado y sereno exterior, estaba llena de dudas, cuestionando todo lo que hacía.

Y, a veces, hasta quién era.

Pero el extraño se dirigía hacia ella y Lex no podía dejar de mirarlo. ¿Por qué no podía apartar la mirada? ¿Qué le pasaba?

Sus ojos eran de color topacio, una preciosa mezcla de oro y ámbar con puntitos verdes. Su colonia, una masculina combinación de sándalo, lima y algo herbal se mezclaba con el aroma de un jabón caro.

Se había duchado recientemente porque tenía el pelo húmedo, pero no se había molestado en afeitarse.

De cerca era aún más impresionante que a distancia.

«Tranquila. No digas ni hagas ninguna estupidez».

—Soy Cole Thorpe...

Pero antes de que terminase la frase, un ruido en el bolsillo de sus vaqueros hizo que Lex diese un respingo. El volumen estaba al máximo para poder oírlo desde todos los rincones de la casa y, sobresaltada, Lex apretó el vaso de plástico con tanta fuerza que la tapa saltó.

Y entonces observó, horrorizada, que un chorro de café frío volaba hacia ese hermoso rostro y después se deslizaba por el amplio pecho cubierto de cachemir.

«Oh, no. Oh, no, ayuda, socorro».

Cole estaba acostumbrado a bajar de su avión privado y subir directamente al coche que lo esperaba en el aeropuerto, una transición que había hecho quinientas veces. Pero su llegada a Ciudad del Cabo no había sido así.

Y, de momento, todo era muy exasperante.

Si su ayudante habitual hubiera estado a cargo del viaje ya estaría en un coche, a medio camino de la oficina. Pero, debido a que Gary estaba de baja por paternidad, tenía que arreglárselas con un asistente virtual y, hasta el momento, estaba demostrando ser un desastre.

Al final del día estaría lidiando con el ayudante virtual número tres o cuatro, ni lo recordaba, y él tenía demasiadas cosas que hacer como para soportar tanta ineficacia. Necesitaba a alguien que le facilitase la vida, no al contrario.

Y, de verdad, ¿tan difícil era encontrar un coche que lo llevase a la sede de Industrias Thorpe en Ciudad del Cabo?

Después de dar vueltas por el aeropuerto durante quince minutos, por fin un empleado de la oficina le había dicho que el conductor le esperaba en la sala de llegadas. Llevaba un cartel y, al parecer, era una mujer pelirroja que seguramente iría vestida de negro.

Cole la encontró inmediatamente, con los ojos clavados en él. Y, por alguna razón, al verla sus pulmones no parecían capaces de llenarse de oxígeno.

Era alta, casi un metro setenta y cinco, con unas botas toscas y feas, pero decir que tenía el pelo rojo sería como decir que el sol era amarillo. Era una descripción carente de imaginación para un tono tan inusual. Largo y rizado, no era rojo, naranja o castaño rojizo sino una cacofonía de colores que le recordaba a las hojas de arce que alfombraban el suelo del Parque Nacional Bukhansan en Corea del Sur. Y esas pecas...

Eran perfectas. Y no solo en la nariz o en las mejillas, no. Todo su rostro estaba cubierto por una Vía Láctea de puntitos de color canela.

Era de infarto

Era delgada, pero con curvas, y tenía una boca ancha y sexy y unas cejas perfectamente arqueadas sobre unos ojos brillantes. ¿Verdes, azules? No lo sabía bien. El inusual color de su pelo la hacía destacar entre la multitud y eso no era fácil en un aeropuerto abarrotado.

Y, al parecer, aquella chica era su conductora.

Era la primera mujer que lo atraía de ese modo en mucho tiempo. Los últimos seis meses habían sido un ajeteo continuo y el sexo no estaba en su lista de prioridades, pero aquella chica era una empleada de Industrias Thorpe y él no tonteaba en la oficina.

Después de guardar el móvil en el bolsillo del pantalón, se colgó al hombro la bolsa de viaje y se dirigió hacia la pelirroja. Ella lo miraba con expresión recelosa, pero el brillo de sus ojos le decía algo más. Cole tenía edad y experiencia suficientes como para saber que esa inmediata e inconveniente atracción era recíproca, pero después de todo lo que había pasado en los últimos meses aquello no era lo que necesitaba.

Se dijo a sí mismo que debía recuperar el control. Estaba cansado, estresado, y esa reacción era exagerada. La pelirroja solo era otra mujer, nadie especial. Él no tenía tiempo para aventuras. Tenía que dirigir un fondo de cobertura, vender una serie de empresas que había heredado a su pesar y una vida que reanudar.

Se iría de Ciudad del Cabo en una semana, tal vez dos.

De modo que se acercó a la conductora, diciéndole a sus pulmones que se calmasen de una vez. Pero la verdad era que la encontraba tan atractiva que parecía como si hubiera metido una mano en su pecho para apretar su corazón.

Normalmente sereno y firme, Cole nunca se había dejado llevar por una simple atracción física. Claro que aquella atracción era tremenda, pero solo tenía que calmarse y...

Estaba presentándose cuando fue interrumpido por lo que parecía el sonido de una sirena. La pelirroja, sobresaltada, apretó el vaso que tenía en la mano y un chorro de café lo golpeó en la cara y se deslizó por su jersey.

Cole se quedó inmóvil, atónito y empapado, preguntándose qué había pasado. Y entonces vio que los ojos de la pelirroja se llenaban de lágrimas.

Él podía soportar un vuelo largo, tener que buscar un coche que no aparecía en un aeropuerto lleno de gente o recibir un chorro de café en la cara, pero las lágrimas de una mujer...

No eso no. Las lágrimas de una mujer lo enloquecían.

Cuando la sirena dejó de sonar, Lex cerró los ojos, rezando para que aquello fuese una pesadilla, para no estar llorando delante de su jefe, el reciente propietario de Industrias Thorpe, el hombre que pagaba su salario.

¿Qué demonios le pasaba? Ella no lloraba nunca. ¿Y por qué delante de él precisamente?

Lex sacó del bolso un paquete de pañuelos, pero le temblaban tanto las manos que no podía tirar de la lengüeta. Una mano grande y bronceada le quitó el paquete y sacó un par de pañuelos con los que se secó las lágrimas a toda prisa, agradeciendo no llevar una gota de maquillaje.

Le gustaría que se la tragase la tierra. Cualquier cosa sería preferible a sentirse como una idiota.

La última vez que lloró espontáneamente fue cuando Joelle, su madre, le tiñó el pelo de rubio platino. Entonces tenía trece años, pero ahora tenía más del doble y debería ser capaz de controlar sus emociones.

Y normalmente era capaz. Entonces, ¿por qué lloraba? No estaba triste ni especialmente preocupada. Sí, estaba cansada, pero había aprendido a funcionar con una mínima cantidad de horas de sueño.

¿Estaba estresada? Sí, seguramente. Era una mujer de veintiocho años que intentaba, con la ayuda de su hermana Addi, criar a sus dos hermanas pequeñas, estudiar, estirar sus ingresos y mantener unida a su heterogénea familia. Lex estaba estudiando Psicología y sabía que el estrés siempre encontraba una forma de expresarse, a veces cuando la persona menos se lo esperaba, y que a veces se liberaba entre lágrimas.

Y el agotamiento te hacía más propenso a estallidos emocionales. Sí, ella tendía a reprimir sus sentimientos porque no tenía tiempo para lidiar con ellos y se decía a sí misma que procesaría todo lo que sentía más tarde, cuando estuviese menos cansada, cuando estuviese sola. Sin embargo, nunca tenía tiempo y rara vez estaba sola, de modo que tal vez todos esos sentimientos reprimidos se habían acumulado.

¿Pero por qué tenía que llorar delante de su jefe? ¿Era porque, de modo inconsciente, su atracción por él la había hecho recordar que seguía siendo una mujer, capaz de sentirse excitada sexualmente y sabiendo que no podía hacer nada al respecto?

¿Saber que no podría aceptar una invitación para tomar una copa o para cenar juntos la había hecho recordar todo lo que había sacrificado por sus hermanas, todo lo que no podría tener?

¿La había hecho recordar que no era una chica normal, que tenía más responsabilidades que la mayoría y que a veces se sentía atrapada y culpable por sentirse así?

Posiblemente. Probablemente.

Pero ya descubriría más tarde las razones para sus lágrimas. Lo que tenía que hacer en ese momento era calmarse, preferiblemente antes de que Cole Thorpe la despidiese. Porque si lo hacía tendría una excusa decente para llorar y otra razón para estresarse.

Necesitaba desesperadamente ese trabajo, que la ayudaba a cumplir con sus deberes de madre sustituta.

Cuando levantó la mirada, él estaba quitándose el jersey empapado y ese torso ancho y musculoso provocó una especie de aleteo en su útero y un inconveniente calor entre las piernas.

Él estaba tirando de la camiseta negra que llevaba bajo el jersey y Lex no podía dejar de mirar sus bíceps. Luego se puso en cuclillas, abrió su

bolsa de viaje y sacó otro jersey de color gris pálido que se puso a toda prisa antes de incorporarse sin decir una palabra.

No podía haber tardado más de un minuto, pero a Lex le pareció como si hubiera estado mirando una película porno. Y le gustaría rebobinar.

Pero aquel hombre era su jefe y ella necesitaba el trabajo, de modo que en lugar de comérselo con los ojos debería disculparse e intentar actuar como la profesional que era. Claro que, después de haberle tirado el café encima había muchas posibilidades de que tuviera que despedirse de su puesto de trabajo.

Lex se aclaró la garganta.

—Siento mucho haberle tirado el café y siento haber llorado. No sé qué me pasa.

Él puso la mano sobre la suya, pero la apartó enseguida, como si le hubiese mordido una cobra.

—¿Cómo te llamas?

Lex había olvidado decirle su nombre. Genial, todo iba genial.

—Lex Satchell.

Él tomó la bolsa de viaje y se la colgó al hombro.

—Me gustaría salir del aeropuerto de una vez. ¿Dónde está el coche?

Lex tuvo que pararse un momento para pensar.

—En la planta de abajo. No está lejos, pero si lo prefiere puede esperarme en la zona de recogida. Yo llevaré su bolsa de viaje.

—Tengo dos piernas, puedo andar.

Sí, tenía dos piernas estupendas, larguísimas, fuertes...

—Vamos —dijo él entonces con tono brusco—. Quiero ir al hotel y luego a las oficinas de Industrias Thorpe.

¿Significaba eso que no estaba despedida? ¿O estaba esperando que lo llevase al hotel antes de darle la patada?

Lex siguió los anchos hombros sintiéndose totalmente desorientada. Cole Thorpe parecía un hombre indescifrable y no debía ser la primera persona, ni la última, que se preguntaba cuáles eran los planes del poderoso empresario.

Capítulo 2

COLE subió al todoterreno de Industrias Thorpe y se sentó detrás de su guapísima conductora.

Su conductora, se recordó mentalmente. No quería mirarla, pero sus ojos seguían saltando del hermoso perfil a los delgados hombros y a la mano que tenía sobre el volante. Conducía con seguridad, maniobrando con facilidad en medio del intenso tráfico.

Parecía extraño que la mujer seria y remota detrás del volante fuese la misma que había estado llorando solo unos minutos antes.

A juzgar por el brillo de mortificación en sus ojos, llorar no era algo que hiciese a menudo. O en absoluto. ¿Qué habría provocado esas lágrimas, el episodio del café?

¿Había temido que le gritase o la despidiese? Absurdo, él no haría eso. Solo había sido un accidente.

Le gustaría pedirle una explicación, pero era su empleada y la mejor manera de mostrar respeto era fingir que no había pasado nada.

Pero sentía curiosidad, una anomalía porque en general la gente no era lo bastante interesante como para sumergirse en su psique, y en parte porque quería consolarla y asegurarle que no había perdido su trabajo, si eso era lo que le preocupaba.

El loco impulso de protegerla lo aterrorizaba. Él nunca había sido protegido e incluso cuando era niño se esperaba que lidiase con los caprichos de la vida y con las decepciones sin quejarse. Él no mimaba a la gente, no sabía cómo hacerlo, así que esa necesidad de protegerla y remediar lo que fuese que la aquejaba lo desconcertaba por completo.

Cole giró la cabeza para mirar por la ventanilla. Aquel día estaba en Ciudad del Cabo, la semana pasada había estado en Chicago, dos semanas antes en Hong Kong. Además de visitar las oficinas regionales de

Industrias Thorpe por todo el mundo, también administraba un fondo de cobertura de miles de millones de dólares aclamado internacionalmente.

No podía trabajar más, era imposible, y por eso estaba agotado.

Cole se levantó las gafas de sol y presionó sus párpados con un dedo, pensando en su hermano mayor, Sam, meditando con una túnica de color naranja.

Sam había dejado atrás el avión privado, los trajes de cinco mil dólares, los largos días de trabajo y la responsabilidad que exigía ser el presidente de Industrias Thorpe para convertirse en monje budista. El celebrado primogénito del famoso empresario Grenville Thorpe había dejado atrás su privilegiada vida para ir a un monasterio budista y Cole se preguntó si se arrepentiría de esa decisión.

Los acontecimientos de los últimos seis meses pasaron por su mente en una serie de instantáneas. La muerte de su padre un año antes había sido una conmoción, no porque sintiera pena por el hombre al que nunca había conocido sino porque la muerte de Grenville había destrozado sus planes de vengarse del padre que le había dado la espalda durante toda la vida.

Durante cinco años, Cole había ido comprando silenciosa y subrepticamente acciones de Industrias Thorpe, la empresa multinacional de su padre. Llevaba unos meses sin organizar una adquisición hostil cuando Grenville murió de un ataque al corazón en su yate, frente a la costa de Amalfi. Sam, su hermano, había heredado todos los activos de Grenville y las acciones en Industrias Thorpe.

Cole, por supuesto, ni siquiera había sido mencionado en el testamento.

Como no tenía el menor deseo de arruinar a Sam, porque no tenía nada en su contra, Cole reevaluó sus planes. Su único objetivo al adquirir acciones de Industrias Thorpe había sido mirar a su padre a los ojos cuando le dijese que ya no podía fingir que no existía, pero su muerte le había quitado esa venganza de las manos.

Y luego Sam, seis meses después de la muerte de su padre, había cambiado sus trajes de Armani por túnicas de color naranja, su vida como uno de los solteros más cotizados del mundo por la abstinencia y la abundancia por una comida al día y una esterilla en el suelo.

¿Qué había poseído a su hermano para transferirle todo lo que había heredado de Grenville, incluida su participación mayoritaria en Industrias Thorpe?

Cole siempre había querido la compañía, pero no de ese modo. No significaba nada si no obtenía su dulce venganza. Ahora, Industrias Thorpe solo era una carga para él.

Grenville debía estar revolviéndose en la tumba, pensó. El adorado primogénito había renunciado a su herencia y su segundo hijo, despreciado y rechazado, ahora era el dueño de todo.

¿Despreciado? No, eso no era verdad. Para despreciar a alguien al menos debía importarte un poco y Grenville no tenía el menor interés por él. Había sido descartado, como si no fuera digno de su atención.

Su móvil empezó a sonar en ese momento y suspiró al ver el nombre de Melissa. No se molestó en responder y dejó que la llamada fuese al buzón de voz.

Junto con la empresa, los apartamentos y otras posesiones materiales, también era responsable de la novia de Sam, Melissa. Ahora era dueño del apartamento en el que vivía la aristocrática rubia y había seguido con la tradición de pagarle una asignación mensual.

Y le parecía bien. Sam y ella habían estado juntos durante mucho tiempo y Melissa esperaba casarse algún día, de modo que se merecía algún tipo de compensación. Pero, en los últimos meses, a pesar de haberse visto solo en la boda de un amigo, la prensa había comenzado a vincularlos, tratándolos como una pareja.

No era verdad. Él había tenido un par de relaciones en su vida, pero nada serio. No se le daba bien ser parte de una pareja. Había sido criado por una madre fría, su padre lo había ignorado y había tenido muy poco contacto con su hermano, de modo que estaba acostumbrado a su vida solitaria y le gustaba. Cuando volviese a Londres le regalaría a Melissa un paquete de acciones y la escritura del apartamento. Eso aliviaría el dolor de cortar sus lazos con la familia Thorpe.

Con un poco de suerte, deshacerse de Industrias Thorpe sería igual de fácil. Al principio, había decidido que dismantelar la empresa y vender sus activos a empresarios locales era la forma más eficaz de deshacerse del imperio Thorpe. Pero, si bien podía obtener mucha información de los balances y los libros de cuentas, Cole sabía que la mejor manera de recopilar información era hacer sus propias evaluaciones. Había pasado muchas semanas recorriendo el mundo, visitando todas las empresas Thorpe e inspeccionando los activos que había recibido de Sam.

Pondría a la venta los apartamentos de Londres y Hong Kong, vendería su yate y su helicóptero privado, y su colección de arte iba a subastarse en unos meses.

Tenía intención de poner una parte de las ganancias en una inversión a plazo fijo, en caso de que Sam decidiera que ya no le interesaba el budismo, pero el resto pensaba distribuirlo entre varias organizaciones benéficas. Él tenía sus propios apartamentos, sus colecciones de arte y sus coches. No necesitaba el dinero de nadie.

Lex miró por el espejo retrovisor y vio su expresión sombría. Desearía poder preguntarle qué le preocupaba, por qué parecía como si llevase el peso del mundo sobre sus impresionantes hombros. Parecía tan solo.

Le gustaría distraerlo, sacarlo de ese sitio oscuro en el que parecía estar metido. No era parte de sus deberes y él podría decirle que se ocupara de sus propios asuntos, pero nadie debería parecer tan desolado.

En fin, ya le había tirado el café y se había puesto a llorar, no quería darle otra excusa para despedirla, de modo que la pregunta no podía ser personal. Pero podía preguntarle si había estado antes en Ciudad del Cabo. La ciudad era un tema inofensivo y, a pesar de tener todo el dinero del mundo, Cole Thorpe parecía necesitar urgentemente un amigo.

Lex estaba a punto de abrir la boca cuando sonó su móvil y, al reconocer el número del colegio Saint Agnes, su corazón dio un vuelco.

Recibir una llamada del colegio al que iban sus hermanas nunca era bueno. Además, Cole escucharía la conversación.

Maldita fuera, otra mancha en su informe. Las estaba acumulando.

La profesora de Nixi le dijo que las niñas estaban bien y solo llamaba para recordarle que había prometido llevar veinticuatro magdalenas para la merienda del colegio.

—Y las necesitamos a la hora del almuerzo —dijo la mujer—. Le envié un recordatorio la semana pasada.

Lex hizo una mueca. Su bandeja de entrada estaba llena a rebosar y ese correo podría haberse perdido fácilmente.

—Lo siento, pero no lo he visto —se disculpó—. Y aunque fuese a comprarlas, no creo que pudiese entregarlas a tiempo. Estoy trabajando.

—Haga lo que pueda, señorita Satchell —respondió la mujer antes de cortar la comunicación.

Lo intentaría, pero no veía cómo iba a aparecer en el colegio con veinticuatro magdalenas cuando tenía que llevar al señor Thorpe de un lado a otro.

No sabía si iba a necesitarla durante todo el día, pero si era así tendría que llamar a su alumno para posponer la clase de francés, otro de sus trabajos a tiempo parcial.

Además, debía enviar una exposición a su profesor de la universidad antes de las cinco de la tarde y aún no la había terminado.

Pero Cole era lo primero. Su trabajo como chófer para Industrias Thorpe, que había conseguido a través de Addi, estaba bien pagado y no podía perderlo.

Eso si él no la despedía en cuanto llegase al hotel.

Magdalenas. ¿Qué más problemas iba a ponerle la vida por delante aquel día?

Lex pensó llamar a Addi, que trabajaba en la sección de hostelería y ocio de Industrias Thorpe, pero sabía que su hermana mayor estaba muy ocupada y no atendería la llamada. En otra ocasión le habría pedido al ayudante de Addi, Giles, un amigo de la familia, que fuese a comprar las magdalenas, pero no podía hacerlo con su jefe escuchando la conversación.

El trabajo de Addi pagaba la mayor parte de las facturas y Lex se ocupaba de atender a las más pequeñas. Sin la contribución de las dos, las niñas habrían sido separadas por los Servicios Sociales. El salario de Addi hacía posible que permaneciesen juntas y que Lex tuviese tiempo libre para estar con las niñas les daba la estabilidad emocional que ellas no habían tenido.

No podía creer que hubiera pasado tanto tiempo desde que asumieron la responsabilidad de las niñas. A los veintitrés años, acababa de conocer a un chico que podría hacerle cambiar de opinión sobre el amor, la confianza y el compromiso. Addi estaba comprometida y Storm, la hermana mediana, acababa de terminar sus estudios.

Pero, de repente, después de cinco años sin saber nada de su madre, Joelle se había presentado con Nixi y Snow, dos nuevas hermanas a las que no conocían. Estaban intentando asimilar la noticia de que su madre tenía cinco hijas de cinco hombres distintos cuando Joelle les pidió que cuidasen de las niñas durante un fin de semana.

Por supuesto, no había vuelto a buscarlas.

Como resultado, la boda de Addi se pospuso y poco después se canceló. El novio de Lex había salido huyendo y, una vez más, se confirmó su sospecha de que el amor se esfumaba en cuanto aparecía el menor problema. El padre de Addi había desaparecido cuando Joelle le dijo que estaba embarazada y Lex ni siquiera conocía al suyo.

El mensaje estaba claro: no se podía contar con el amor en los momentos difíciles. La determinación, la persistencia y el esfuerzo eran los rasgos necesarios para lidiar con la realidad de una madre increíblemente voluble e irresponsable.

El amor era algo en lo que no se podía confiar.

El GPS interrumpió sus pensamientos, advirtiéndole que debía tomar la siguiente salida, y Lex intentó volver al presente.

En general, siempre estaba demasiado ocupada como para mirar atrás y rara vez se permitía pensar en el pasado y en la mala suerte que Addi y ella habían tenido. Era lo que era y nada podía cambiar esa realidad.

En fin, estaba cansada y estresada y por eso estaba siendo bombardeada por recuerdos del pasado. Y, a los veintiocho años, no podía operar con tres horas de sueño noche tras noche y estar siempre alegre y llena de energía.

Dos años más de estudio, se dijo mientras tomaba la salida. Luego tendría su título de Psicología Forense y, siendo las niñas un poco mayores, podría buscar un trabajo en ese campo. Tal vez incluso podría tener una aventura, un poco de diversión.

Hasta entonces solo tenía que seguir esforzándose, pero a veces sentía que, por mucho que se esforzase, estaba defraudando a sus hermanas igual que su madre las había defraudado a Addi y a ella una y otra vez. Pero ella, al menos, estaba dando lo mejor de sí misma, poniendo un pie delante de otro para seguir adelante.

—¿Tienes hijos? —le preguntó Cole.

Lex miró por el espejo retrovisor y su estómago dio un vuelco cuando sus ojos se encontraron. ¿Era decepción lo que veía en los ojos castaños? No, solo estaba proyectando su atracción por él. Los hombres ricos y guapos no desperdiciaban su tiempo o su energía con mujeres que no eran asombrosamente guapas o increíblemente inteligentes, incluso ambas cosas a la vez.

—No, las magdalenas son para el colegio de mis hermanas.

—¿Y por qué has recibido tú esa llamada? ¿Dónde está la madre de las niñas?

Lex se detuvo en un semáforo y apretó el volante.

—Mi hermana Addi y yo estamos criando a nuestras dos hermanas pequeñas. Addi trabaja en el sector de hostelería y ocio de Industrias Thorpe.

Le pareció ver un brillo de respeto, o tal vez de aprobación, en sus ojos y eso la animó.

—¿Vuestros padres han muerto?

Esa sería una explicación mucho más sencilla que el profundo egoísmo y la falta de responsabilidad de Joelle.

Cuando el semáforo se puso en verde, Lex aceleró, pero tuvo que pisar el freno cuando un autobús se metió en su carril.

—Los conductores de Ciudad del Cabo son lo peor —murmuró, señalando una verja—. Pero ya casi hemos llegado.

—Una pena —murmuró él.

¿Y qué significaba eso?, se preguntó Lex mientras atravesaba la verja del hotel.

Capítulo 3

COLE admiró la famosa Montaña de la Mesa tras el hotel y entendió por qué se decía que el Vane tenía las mejores vistas de la famosa montaña.

A pesar de que Industrias Thorpe poseía un hotel en el paseo marítimo, Jude Fisher, que era amigo de los propietarios, le había recomendado el Vane porque, según él, hospedarse allí era una experiencia que no podía perderse.

—¿Piensa ir a la oficina más tarde o debo esperarlo aquí?

Él negó con la cabeza.

—Mi ayudante ha alquilado un coche para mí. Prefiero conducir yo mismo —respondió, tratando de ignorar el cosquilleo que recorría su espalda cada vez que la miraba.

Tal vez podría cancelar el alquiler del coche. Odiaba no estar detrás del volante, pero no le importaría pasar más tiempo mirando aquel rostro tan bonito.

No, eso era una estupidez. Siempre había pensado que tener un conductor era algo pretencioso, un gasto absurdo. Y estar encerrado en un coche con una mujer a la que deseaba de forma enloquecedora era una receta para el desastre.

Lex era su empleada y él no cruzaba esa línea, nunca. Eso era buscarse problemas que no necesitaba y para los que no tenía tiempo, pero la idea de no volver a verla le resultaba insoportable.

Quería saber por qué estaba criando a sus hermanas, quería saborear la piel de su cuello, besarla por todas partes y enredar sus muslos desnudos en sus caderas. Quería...

«¿En serio, Thorpe?».

¿Qué le pasaba? ¿Y qué tenía esa mujer que lo fascinaba tanto?

Él había conocido a muchas mujeres guapas y deslumbrantes, y se había acostado con varias de ellas, pero ninguna lo había hecho sentir como si tuviese dieciséis años, desconcertado y totalmente cautivado.

«Solo es una mujer como cualquier otra».

Podría repetir ese mantra hasta que saliera el sol por la mañana, pero eso no cambiaría nada. Había algo en ella que lo atraía de un modo poderoso, casi aterrador, y lo mejor sería alejarse de ella.

—¿Entonces no necesita que lo lleve a ningún sitio?

—No.

«Desgraciadamente».

Le pareció ver un brillo de decepción en los ojos verdes, casi de pánico, y estuvo tentado de cambiar de opinión solo para volver a verla.

Esos ojos, ese rostro, esa voz áspera y profunda, lo tenían cautivado. Podía mirarla y escucharla durante horas.

El portero del hotel se acercó para tomar la bolsa de viaje y Cole salió del vehículo, con Lex tras él. Estaba a punto de despedirse cuando sonó su móvil y era uno de sus mayores clientes, alguien cuya llamada no podía ignorar.

—Lleva mi ordenador a la habitación y espera allí hasta que suba — le indicó.

Su ordenador portátil, de última generación, era toda su vida y nunca lo perdía de vista porque contenía toda su información personal y comercial, pero confiaba instintivamente en Lex.

Por supuesto, podría haberlo sostenido en la mano mientras respondía a la llamada porque apenas pesaba, pero no quería hacerse preguntas incómodas.

Diez minutos más tarde entraba en el impresionante vestíbulo de estilo art déco. Un conserje se ofreció a acompañarlo a su habitación, pero Cole rechazó la oferta. Era una suite de hotel, no un viaje interestelar.

Con la tarjeta en la mano, tomó el ascensor y, unos segundos después, salió a un amplio pasillo. Lex estaba frente a la puerta de la suite, con el ordenador colgado al hombro.

Cole entró en la suite y miró los enormes ventanales que dominaban todo el espacio. La habitación estaba en la última planta, de modo que tenía una fabulosa vista de la montaña.

—Esta tiene que ser la mejor vista de Ciudad del Cabo —dijo Lex, tras él.

Cole iba a quitarle el ordenador de las manos, pero ella se lo ofreció al mismo tiempo y sus dedos se rozaron.

Cole no podía creer que un simple roce pudiese tener tanto poder, pero era incapaz de apartar los ojos de ese rostro tan encantador. Nerviosa, Lex se pasó la punta de la lengua por los labios...

—Señor Thorpe, yo...

Las palabras quedaron colgadas en el aire.

Lex era su conductora, su empleada, alguien a quien no debería acercarse. Pero no podía hacerlo.

—Deberías apartarte —murmuró, con una voz extrañamente ronca.

—Debería —asintió ella, como si estuviese mareada—. Sé que debería, pero no puedo.

En lugar de apartarse, Cole deslizó el pulgar por sus nudillos y ella echó la cabeza hacia atrás, casi ofreciéndole los labios. ¿Y qué podía hacer él más que aprovechar el momento?

Estaba a un centímetro de su boca, a punto de besarla, pero entonces Lex se apartó.

—¿Estás casado? —le preguntó.

—No.

—¿Estás comprometido con alguien, te acuestas con alguien?

Cole había estado demasiado ocupado esos últimos meses como para pensar en el sexo. La única mujer con la que había tenido contacto era Melissa, pero no había nada entre ellos. Bueno, se habían besado una vez, pero fue un beso instigado por ella. Cole no tenía el menor interés.

—No —respondió, desesperado por besarla.

—¿Estás seguro?

—Sí, maldita sea. ¿Puedo besarte de una vez?

—No deberíamos. Trabajo para ti —le recordó Lex, sin poder disimular su anhelo.

Quería que la besara tanto como lo deseaba él y si la presionaba un poco sabía que lo admitiría.

—Dime que no te bese, Cole —le suplicó Lex.

—No puedo —susurró él, inclinándose hacia sus labios.

Estaba a punto de besarla cuando unas voces en el pasillo lo devolvieron al presente. La puerta de la suite estaba abierta y cualquiera que pasara por delante los vería besándose.

Una fría dosis de realidad hizo que se apartase. Estaba en Ciudad del Cabo para trabajar y Lex era su empleada.

Él no hacía esas cosas. No era el tipo de hombre que coqueteaba con las empleadas, daba igual que fuesen gerentes, limpiadoras o conductoras.

Era el dueño de la empresa. Él pagaba su salario.

Él no era ese tipo de hombre.

De modo que recuperó su ordenador e intentó calmarse.

—Gracias por traerme al hotel —se despidió.

—Es mi trabajo.

Lex se despidió con un gesto antes de darse la vuelta para dirigirse al ascensor. Cuando las puertas se cerraron, Cole tomó aire e intentó tranquilizarse. No recordaba cuándo se había sentido tan desequilibrado, tan fuera de sí.

¿Cómo podía haber perdido el control de ese modo?

Antes de que llegasen sus hermanas Lex había tenido un par de amantes y creía saber lo que era la atracción física.

Pero estaba muy equivocada.

Nada la había preparado para la intensidad de esa atracción. Tan pronto como los dedos de Cole rozaron los suyos sintió como si estuviera en otro universo donde nada existía más que ellos.

A pesar de que no se habían besado, aún se sentía temblorosa, mareada. Un millón de mariposas revoloteaban en su estómago y sentía como si pudiera dormir durante una semana o correr una maratón.

En otras palabras, no era ella misma.

Estaba en el porche de su casa, con una manta alrededor de los hombros, escuchando la risa de sus hermanas en la cocina, pero no podía dejar de pensar en lo que había pasado en el hotel. A solas con Cole, se había sentido fascinada por el deseo que veía en sus ojos, desesperada por

sentir el roce de sus labios, las enormes manos moviéndose sobre su cuerpo.

Cuando la miraba de ese modo se sentía poderosa, femenina, guapa.

Se había olvidado por completo de las magdalenas y Snow y Nixi, con razón, estaban enfadadas.

Suspirando, se sentó en el sofá del porche, sintiéndose cansada y extrañamente excitada.

Hasta aquel día no había sabido lo intensa que podía ser la atracción física, o cómo podía hacer que uno actuase de modo irracional. Si hubiera sabido que Cole iba a poner su mundo patas arriba habría salido corriendo porque ella estaba familiarizada con los efectos del deseo desenfrenado; llevaba toda su vida viviendo con las consecuencias.

Su madre, Joelle, era una mujer muy sensual, alguien que nunca ocultó el hecho de que adoraba a los hombres. Estaba hecha para vivir grandes emociones, no para la monogamia. Pasaba de un hombre a otro, persiguiendo ese constante subidón sexual... y si lo que Lex había experimentado con Cole era lo que Joelle perseguía, casi empezaba a entender a su madre.

Le daba igual que viviese de ese modo. No podía importarle menos con quién se acostaba o por qué. Era su cuerpo, su vida, su elección...

Pero sus hermanas y ella eran víctimas aleatorias de la guerra de su madre contra las normas sociales, contra el hecho de estar siendo sexualmente restringida. De niñas, Addi y ella habían conocido a tantos hombres que perdieron la cuenta. Vivían en cuartos de invitados, casas o tugurios del último novio de Joelle. Mantenían la cabeza baja y fingían ser invisibles, pero en unas pocas semanas, a veces en unos meses, tenían que mudarse a otro sitio.

Solo el padre de Storm, Tom, se las arregló para llevarse a su hija con él. Tras la separación, la vida había seguido como siempre: una serie de casas y hombres extraños hasta la adolescencia, cuando Joelle convenció a su tía Kate para que se quedase con ellas durante las vacaciones de verano, con la excusa de que había encontrado trabajo en Tailandia.

Su madre no había vuelto hasta un año después, pero la tía Kate anunció que no tenían que irse con ella, que aquel era su hogar. Era difícil saber quién se había alegrado más de tal noticia, pero gracias a años de

inestabilidad, Lex sabía que todo podía cambiar en un momento y se negó a hacerse ilusiones.

Solo cuando Addi y ella heredaron aquella casa tras la muerte de su tía sintió que tenían cierta seguridad, un lugar que era suyo de verdad. No tendrían que volver a mudarse, nunca más estarían a merced de la caridad de otra persona y nadie las usaría como peones para quedarse en algún sitio:

«¡No puedes echarnos! ¡Tengo dos hijas!».

Y Joelle no podría culparlas cada vez que rompía con un hombre.

«Si no fuera por vosotras, él seguiría queriéndome».

Por supuesto, la historia se había repetido cuando su madre apareció cinco años antes con dos hijas más a cuestas y sin intención de cuidar de ellas.

Joelle hacía promesas con gran facilidad, pero todo era mentira. A pesar de hacer todo lo posible para convertirse en lo que ella quería, desde cambiar el color de su pelo a cubrir sus pecas con maquillaje, su madre siempre desaparecía.

Y, si su propia madre no la había querido lo suficiente como para quedarse, ¿quién iba a hacerlo?

—¿Lex, estás bien?

Addi había salido al porche con una copa de vino que le ofreció antes de sentarse a su lado. Lex se quitó la manta de los hombros y la colocó sobre sus piernas, acurrucándose contra su hermana mayor. Habían pasado su infancia así, unidas, enfrentándose a un mundo gobernado por adultos irresponsables y tratando de seguir reglas que no entendían.

—¿Las niñas están viendo la televisión? —preguntó Lex.

—Sí —respondió Addi—. ¿Estás bien? Llevas aquí mucho rato.

—Bueno...

Lex iba a hablarle sobre el «casi beso», pero se detuvo al darse cuenta de que Addi no estaba bebiendo. Compartir una copa de vino al final del día era lo que hacían, una tradición.

—¿Tú estás bien? —le preguntó—. ¿Has oído algo sobre tu trabajo?

Addi negó con la cabeza y Lex se dio cuenta de que no quería hablar sobre su situación laboral.

—Sabes que no me preocupa que me despidan, encontraré otro trabajo rápidamente. Pero no hablemos de eso ahora, ¿de acuerdo? —Addi apoyó la sien en el hombro de Lex—. Storm ha llamado para saber si puede llevarse a las niñas a la casa que Hamish y Callie han alquilado en la playa.

Hamish era el hermanastro de Storm, del primer matrimonio de su padre, y estaba casado con la pediatra de Nixi y Snow. Tenían dos hijos, aproximadamente de la misma edad que las niñas.

—¿A ti qué te parece? —le preguntó Lex.

—Creo que deberían ir —respondió Addi—. Durban es estupendo en invierno, mucho más cálido que Ciudad del Cabo, y las niñas lo pasarán en grande. ¿Y quién mejor para cuidarlas que un cirujano ortopédico, una pediatra y su hermana, que es una niñera experta? Además, tú necesitas un descanso, Lex. Pareces agotada.

Lo estaba, y la idea de no tener que preocuparse por las niñas durante tres semanas la hacía sentir tan culpable como emocionada.

—Me parece bien que vayan.

Lex dejó la copa sobre la mesa. No estaba de humor para beber y quería encontrar la forma de introducir a Cole Thorpe en la conversación.

—Así que recogí al gran jefe en el aeropuerto... —empezó a decir—. Y le tiré el café encima.

Addi la miró, horrorizada.

—Por favor, dime que es una broma.

«Ojalá lo fuese».

—Tú te llevas bien con Trish, del departamento de Recursos Humanos. ¿Has oído si piensan despedirme?

—No he oído nada. Que yo sepa sigues siendo la conductora de Cole Thorpe.

—Uf, menos mal.

—Es muy guapo —murmuró Addi entonces.

Bueno, eso era como comparar el impacto de un asteroide con una bofetada.

—¿Lo conoces? —preguntó Lex, irritada por el indicio de ansiedad que notaba en su voz.

Addi era una rubia de ojos marrones totalmente deslumbrante y los hombres hacían cola por ella.

—Convocó una reunión de todo el personal ayer por la tarde, se presentó y dijo que estaba aquí para inspeccionar los activos bajo el paraguas de Thorpe y considerar sus opciones, pero no he hablado con él.

—¿Dijo que tenía intención de vender la empresa?

—No, pero es de conocimiento público que está en negociaciones en los Estados Unidos para vender los activos de allí y probablemente hará lo mismo aquí —respondió Addi—. Me temo que deberías empezar a buscar otro trabajo, Lex.

Lo había hecho, pero no había muchos que pagasen tan bien o que fueran tan flexibles como su trabajo en Industrias Thorpe.

—¿Por qué no puede dejarnos en paz? —murmuró, enfadada.

Si Cole Thorpe se hubiera quedado en Londres ella no tendría que buscar trabajo y no estaría tan nerviosa y fuera de sí.

—Hay una extraña tensión en tu voz cada vez que hablas de él —comentó Addi.

«Deberías vernos juntos», pensó Lex. El aire se cargaba de electricidad.

—¿Pasó algo mientras lo llevabas al hotel?

—No —respondió Lex.

No era mentira. En realidad, no había pasado nada en el coche, solo que sus ojos se habían encontrado un momento. No recordaba nada más del viaje desde el aeropuerto. Era como si condujese en piloto automático. En realidad era un milagro que no hubiese tenido un accidente.

Addi y ella no tenían secretos, pero no podía contarle que había estado a punto de besar a Cole Thorpe en la habitación del hotel. Ni ella misma lo entendía, de modo que no podría explicarlo.

Sí, Cole había encendido una chispa, o un incendio, dentro de ella, pero eso no significaba nada. Solo había sido una de esas cosas raras e inexplicables que sucedían una vez y no se repetían nunca más. Sus ojos habían conectado a través de un aeropuerto concurrido, a ella le había gustado lo que veía y a él también.

Lex pasó por alto el vergonzoso incidente del café y sus lágrimas, deteniendo la película en la escena en la que él se había cambiado el jersey

empapado de café por uno seco, mostrando su excitante, musculoso y poderoso torso.

Nunca había visto unos ojos de ese color, un marrón dorado claro, pero había logrado calmarse y hacer su trabajo. Había hecho lo que él le había pedido: llevar el ordenador portátil a su suite.

Pero entonces sus dedos se rozaron y se desató el infierno.

O el cielo. O algo.

Addi la miró arqueando una ceja.

—¿Hay algo que no me cuentas, Lex Satchell?

«Casi beso a nuestro jefe y, si pudiera, lo haría una y otra vez. Pero ese deseo me asusta porque temo haber heredado la pasión de Joelle por los hombres y las consecuencias que eso acarreó».

No dijo eso, por supuesto. Se limitó a negar con la cabeza. No tenía importancia, ni siquiera volvería a ver a Cole.

—¿Hay algo que tú no me cuentas?

Cuando Addi arrugó la nariz y miró hacia otro lado, Lex supo que había dado en la diana y eso la llenó de ansiedad.

—Addi, ¿qué ocurre?

Su hermana se levantó del sofá.

—Voy a entrar. Hace un poco de frío.

Lex estaba a punto de insistir cuando sonó su móvil. Tenía un mensaje de un número desconocido.

Tengo que acudir a una cena, ven a buscarme a la oficina en una hora. CT.

Se le encogió el estómago y se le doblaron un poco las rodillas al pensar que iba a volver a verlo.

Santo cielo, ¿qué tenía aquel hombre?

Capítulo 4

EN la autopista, Lex levantó el pie del acelerador para esquivar un charco y activó los limpiaparabrisas. Cole iba sentado a su lado, con expresión seria y distante.

Su corazón había dado un vuelco cuando recibió el mensaje diciéndole que requería sus servicios esa noche y se preguntó si, como ella, Cole no podía dejar de pensar en el «casi beso».

Claro que era una tontería. Cole era un hombre de treinta y tantos años, alguien que probablemente habría tenido varias relaciones serias y muchas aventuras. Seguramente ni se acordaría de lo que había pasado.

Desear que la besara, esperar que la viese como una mujer, no como una empleada, era algo totalmente ridículo.

—Gracias por estar disponible —dijo Cole entonces—. Sé que te he avisado con muy poca antelación.

—Es mi trabajo —murmuró Lex—. ¿Por qué cambió de opinión acerca de conducir usted mismo?

—No he cambiado de opinión, es que no me gustaba el coche de alquiler y, por alguna extraña razón, no han podido encontrar otro a tiempo —respondió él, con cara de pocos amigos.

Con ropa informal era impresionante y sexy, pero con un traje gris oscuro y una corbata estampada en tonos metálicos tenía un aspecto poderoso y apabullante.

Sin embargo, ella no se sentía intimidada. Su atracción por él no tenía nada que ver con el hecho de que llevase trajes hechos a medida, un reloj de pulsera escandalosamente caro o esa colonia de diseño que olía como un pecado. Aunque no le importaría enterrar la nariz en su cuello durante un rato. O apretarse contra él para saborear sus labios...

«La inconveniente atracción de la conductora por el director general».

Su vida podría ser el título de una novela romántica.

—Antes me he pasado y te pido disculpas —dijo Cole entonces.

«Tranquila, finge que no ha tenido importancia. No le hagas ver que no has pensado en otra cosa desde entonces».

—No fue buena idea, no —asintió Lex.

—Solo quería asegurarte que fue una aberración.

Vaya. ¿Y cómo debía tomarse eso? ¿Casi besarla había sido una aberración?

—Nunca pierdo el control de ese modo —admitió él, mirándola con expresión confundida.

Lex iba a decir que en realidad no había pasado nada, pero debía admitir que si no hubieran escuchado voces en el pasillo se habrían besado. Y, posiblemente, algo más.

—¿Está cansado, estresado? —le preguntó.

—Cansado y estresado —respondió él—. Han sido seis meses muy largos.

¿Qué significaba eso y qué tenía que ver con lo que casi había sucedido entre ellos? ¿Solo besaba a mujeres extrañas cuando estaba estresado?

Podrían hablar de ello hasta la saciedad, pero sospechaba que no obtendría una respuesta satisfactoria, así que tal vez era mejor dejarlo estar. Sí, lo deseaba, pero era culpa de su libido, descuidada durante demasiado tiempo. Era hora de ser sensata, de recordar lo que era importante. Y lo importante era mantener su puesto de trabajo.

Y aquella era la oportunidad perfecta para sacar el tema.

—Señor Thorpe, tengo que preguntarle si voy a seguir siendo su conductora.

—Ya te he dicho que me gusta conducir.

Lex torció el gesto. Ya, entendía que le gustaba conducir, pero él no entendía que su deseo de conducir podría hacer mella en sus ingresos porque su salario dependía de que acumulase kilómetros tras el volante y no era tan orgullosa como para no decírselo. Necesitaba dinero y que él

quisiera ser independiente le impedía conseguirlo. No estaba pidiendo caridad, solo la oportunidad de hacer su trabajo.

—Industrias Thorpe me paga un pequeño anticipo por estar de guardia, pero solo gano dinero cuando conduzco y su independencia afectará a mi sueldo —le dijo, con su tono más profesional.

Cole Thorpe no necesitaba saber que las niñas necesitaban pijamas de invierno, que ella tenía que pagar el módulo del próximo trimestre y que tenía que llevar su viejo coche al taller urgentemente.

Por supuesto, nada en su contrato con Industrias Thorpe establecía que el propietario o los empleados estuviesen obligados a utilizar sus servicios. Pero, demonios, ella esperaba que lo hiciese porque: A) tenía una cara y un cuerpo muy agradables y B) esperaba que fuese lo bastante considerado como para olvidar sus necesidades, deseos o preferencias para que ella, o cualquier otro empleado, pudiese ganar un salario razonable. Era lo más decente.

—Ve a buscarme al hotel a las siete de la mañana —dijo Cole después de pensarlo un momento—. Cuando llegues a la oficina te pasaré mi agenda para ese día, pero te advierto que, por lo general, termino bastante tarde.

Lex tuvo que contener un grito de alegría mientras entraba en la calle en la que estaba ubicado Snell's, el restaurante con tres estrellas Michelin.

Storm podría llevar a las niñas al colegio durante la próxima semana y luego empezaban las vacaciones de invierno. Seguramente Cole se habría ido a mediados de julio, pensó mientras aparcaba, pero al menos no debía preocuparse por sus ingresos durante las próximas semanas. Genial.

Ahora solo tenía que dejar de pensar en su cuerpo, en su boca y en cómo sería sentir esas manos sobre sus pechos, entre sus piernas...

Lex miró la plaquita sobre la puerta cerrada: Snell's. La mejor indicación de que se trataba de un gran restaurante era que solo necesitaba un cuadradito negro con letras doradas para hacerse publicidad.

—Gracias —dijo mientras apagaba el motor—. Espero que disfrute de la cena.

—¿Qué vas a hacer mientras esperas?

En el maletero llevaba una bolsa con su ordenador portátil y sus libros, de modo que se dedicaría a estudiar hasta que Cole terminase de

cenar. Había un guardia de seguridad en la puerta del restaurante y la calle estaba bien iluminada, así que no tendría ningún problema.

—Me quedaré aquí y, cuando termine, le llevaré de vuelta al hotel.

Ese era su trabajo por el momento, pero no lo sería para siempre. En dos años tendría su título y buscaría trabajo en su campo. El tiempo pasaba rápidamente y, un día, trabajar como chófer, como empleada doméstica y como camarera, porque había hecho todas esas cosas, sería un recuerdo lejano.

—Una de las razones por las que odio tener chófer es que detesto que la gente tenga que esperarme de brazos cruzados —murmuró Cole mientras se quitaba el cinturón de seguridad.

Lex iba a salir del coche para abrirle la puerta, pero Cole la detuvo poniendo una mano en su brazo.

—He accedido a que seas mi conductora, pero si me abres la puerta del coche estás despedida.

Ella sonrió, divertida y sorprendida por su informal actitud. No se molestó en discutir porque sabía que esa era una batalla que no iba a ganar.

—Solo iba a sacar una bolsa con mi ordenador portátil y mis libros del maletero —le dijo, levantando las manos en señal de rendición—. Prometo no acercarme a la puerta.

—Listilla —murmuró Cole, saliendo del coche—. Quédate donde estás.

Como estaba empezando a llover, una llovizna fina y persistente, Lex optó por esperar en el asiento y, unos segundos después, Cole abrió la puerta y puso la bolsa sobre su regazo.

—¿Seguro que no te importa esperar aquí? Hace frío y es de noche.

Lex tragó saliva. ¿Cuándo se había preocupado alguien por ella, aparte de sus hermanas?

—Ese es mi trabajo, señor Thorpe. Vamos, entre de una vez.

—Te despediré si me llamas señor Thorpe.

—Muy bien —asintió ella.

El guardia de seguridad le abrió la puerta del restaurante, pero en lugar de entrar inmediatamente Cole sacó un billete del bolsillo y señaló el coche. El hombre asintió con la cabeza mientras tomaba el billete y Lex supo que tenía su propio guardia de seguridad.

Qué simpático, pensó. Y considerado, dos cosas que no había esperado de Cole Thorpe.

—Snell's fue votado en 2021 como el quinto mejor restaurante del mundo —estaba diciendo Jude, sentado frente a él.

Se alegraba de estar con Jude, pensó Cole, observando el espacio industrial, sorprendentemente cálido, con una cocina abierta y concurrida en medio del restaurante. Habían ido juntos a la universidad en Londres y Jude había heredado Fisher Holdings, con sede en Ciudad del Cabo, un imperio de ocio y hostelería muy respetado.

Cole se preguntó distraídamente en cuántos de los mejores restaurantes del mundo había comido en los últimos diez años. ¿Veinte? ¿Treinta? ¿Más?

Había comido sushi hecho por el maestro Jiro Ono en Sukiyabashi Jiro, pato en Noma, Copenhague, y las Cinco edades del Parmigiano Reggiano de Massimo Bottura en su restaurante de Módena.

Pero sabía sin la menor duda que ninguna comida sería tan maravillosa como la boca de Lex. Ella sería, como dirían los franceses, *bonne bouche*, un bocado delicioso. Y él quería disfrutar de esa boca.

Él entendía la atracción sexual, a los treinta y seis años debería hacerlo, pero no podía entender cómo se había metido Lex bajo su piel con tanta facilidad. Aquella chica invadía sus pensamientos y eso lo asustaba.

Él no tenía tiempo para distracciones, maldita fuera. ¿Por qué aquí? ¿Por qué ahora? ¿Su reacción era una consecuencia del estrés que había sufrido últimamente, de la frustración por no haber podido vengarse de su padre? Todo había sido tan extraño que cualquier cosa era posible.

Frustrado por esos pensamientos, tomó un sorbo de whisky.

—¿Algún problema? —le preguntó Jude.

—No, nada importante —mintió Cole.

Solo había estado a punto de besar, embelesado, a una empleada una hora después de conocerla. Y, a pesar de que le gustaba conducir, ahora tenía una conductora.

Jude pidió el menú de degustación y se recostó en la silla. Se habían hecho amigos mientras jugaban en el mismo equipo de rugby en la universidad diecisiete años antes. Cuando eran estudiantes solían ir a esquiar todos los años y habían mantenido esa tradición desde entonces.

—¿Has conseguido hablar con tu hermano? —le preguntó Jude.

Cole negó con la cabeza.

—No, y me han dicho que no espere que se ponga en contacto conmigo. Sam practica el budismo y vive en un monasterio.

—Lo sé ¿pero estás seguro de que quieres librarte de todos los activos de Industrias Thorpe? Estás desmantelando una empresa familiar que tiene un siglo de historia.

Una empresa familiar. Una familia de la que nunca se le había permitido formar parte.

Nunca había entendido por qué su padre no le prestaba atención, por qué solo le importaba Sam. Sus padres se habían divorciado cuando él tenía cuatro años y su madre consiguió su custodia. Cole había pasado su infancia preguntándose por qué Sam podía pasar tiempo con su madre cuando él nunca veía a su padre.

Con frecuencia le pedía una explicación a su madre, pero ella se limitaba a decir que Grenville «era un poco raro». Desde muy joven, Cole juró que haría una fortuna para rivalizar con la de su padre, pero siempre había anhelado su atención ¿y qué mejor manera de conseguirla que arrebatándole su imperio?

Quitarle Industrias Thorpe había sido lo único que se le ocurrió para que se fijase en él, pero de un modo o de otro su padre y su hermano lograron esquivar esa bala.

Hasta que murió su padre había tenido un plan, una razón para trabajar tantas horas, para esforzarse. Quería estar en una posición en la que su padre y su hermano no pudiesen ignorarlo, en la que supieran que él tenía todo el poder, que sus vidas estaban en las manos del hijo al que habían despreciado. Se habrían visto obligados a reconocerlo, a tratar con él y a respetarlo.

Pero, al morir uno y hacerse a un lado el otro, le robaron esa oportunidad, ese propósito, y Cole sentía como si hubiese perdido el rumbo.

—He estado revisando los activos en Sudáfrica —estaba diciendo Jude—. Y he decidido comprar todos los hoteles salvo la estación de esquí en Rhodes.

—¿Por qué? —le preguntó Cole.

—Primero, porque es una estación de esquí en África. Sí, está en las montañas, en un sitio muy remoto, y la zona suele cubrirse de nieve en invierno, pero no está garantizada.

—Pero hay máquinas de nieve —sugirió Cole, echándose hacia atrás para que el camarero dejase un plato sobre la mesa.

—Sí, claro. Y a juzgar por las fotografías, es un sitio impresionante. Tu padre se gastó una fortuna reformándolo, pero para recuperar esos gastos tuvo que aumentar el coste del alojamiento. Los sudafricanos que pueden pagar esas tarifas suelen ir a Gstaad, Aspen o Verbier, donde hay numerosas pistas, nieve garantizada e instalaciones de primer nivel —le explicó Jude—. Francamente, no entiendo por qué tu padre decidió convertir esa casa en una estación de esquí, pero he oído que era su proyecto favorito.

Cole frunció el ceño.

¿Por qué, cuando tenía negocios por todo el mundo, se habría preocupado Grenville tanto por un hotelito de diez habitaciones en una zona remota de Sudáfrica?

¿Y por qué, si no le importaban ni su padre ni el imperio familiar, ese enigma despertaba su curiosidad?

Eran las once y media cuando Cole llamó a la ventanilla del coche. Lex giró la cabeza y lo miró a través del cristal, salpicado de lluvia. Sonriendo, quitó el seguro y Cole se sentó a su lado, con una caja en la mano.

Se suponía que África era sol y calor, pero lo único que él había experimentado hasta el momento era frío y lluvia.

Cole dejó la caja en el salpicadero y pasó las manos por su pelo mojado. Sin preguntar, Lex puso la calefacción y una oleada de aire caliente le golpeó en la cara y el pecho.

—Gracias.

—¿Qué tal la cena? —le preguntó ella mientras tiraba el libro de texto sobre el asiento trasero.

—Muy bien.

—¿De vuelta al hotel?

—Dentro de un momento —respondió Cole, tomando la caja del salpicadero.

—¿Qué es eso?

—Fuiste a buscarme a las seis, de modo que probablemente no has cenado —respondió él, sacando un juego de palillos de la chaqueta—. Peter Snell lo preparó personalmente, es una selección de su menú de degustación.

Lex se quedó boquiabierta y Cole tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no besarla.

—Es un chef con tres estrellas Michelin.

—¿Y?

—¿Le has pedido a un famoso chef que guarde comida en una caja para mí?

—¿Lo quieres o no? Si no te apetece...

Lex le arrebató los palillos cuando iba a guardarlos en el bolsillo de la chaqueta.

—Esto es atún, evidentemente —murmuró, después de probar un rollito—. ¿Pero qué hay entre el pescado y el hojaldre? Sabe a limón, pero no puedo identificar el sabor.

—Setas yuzu y enoki, creo —respondió Cole, señalado las otras porciones—. Ternera, alcachofas de Jerusalén, vieiras y un postre de chocolate, naranja y chile.

—Qué rico todo —Lex tomó otro rollito de atún, pero no se lo llevó a los labios—. Un momento, no puedo comer mientras trabajo. Deja que te lleve de vuelta al hotel.

—Come, no tengo prisa. Lo único que me espera en el hotel es más trabajo.

—¿Vas a seguir trabajando? Son más de las once.

—Eso dice la mujer que ha estado trabajando hasta hace cinco minutos.

—Porque tengo un examen —respondió Lex, mirando el corazón de una alcachofa—. Nunca he probado las alcachofas.

—Están riquísimas —le aseguró Cole, observándola mientras daba un cauteloso mordisco.

Lex lo había sorprendido esa noche siendo tan honesta sobre su necesidad de trabajar, tan poco avergonzada por decir que necesitaba ganar dinero. Cole admiraba esa actitud.

Cuando le dijo que no necesitaba un conductor no había pensado en cómo podría afectarla esa decisión. Tal vez siempre hacía lo que le gustaba, lo que le convenía, sin pensar en las necesidades de los demás y se sintió avergonzado de sí mismo, molesto por su actitud egoísta.

Aunque tal vez, en el fondo, no quería que Lex fuese su conductora porque sabía que en los confines de un coche, respirando su olor y escuchando su preciosa voz, no podría dejar de pensar en lo que quería hacerle en la cama... o sobre un escritorio, o contra una pared. No le gustaba sentirse frustrado, ¿a quién le gustaba? Había pensado que lo mejor era no volver a verla, pero ya no había posibilidad de hacer eso.

—¿Qué estudias? —le preguntó.

—Psicología, en concreto psicología forense —respondió ella.

Seguía comiendo con apetito y no le importaba mirarla. Solo le esperaban aburridos balances y tediosos correos en el hotel. Prefería sentarse en un coche bajo la lluvia con Lex a estar solo en su habitación.

Y eso era extraño porque, después de pasar una noche en un restaurante concurrido, normalmente estaba deseando volver a la tranquilidad del hotel.

—¿Por qué psicología? —le preguntó, intrigado.

Era una mujer inteligente, pero trabajaba como conductora y necesitaba horarios de trabajo flexibles. ¿Dónde estaban sus padres y por qué estaba criando a sus hermanas? ¿Era por eso por lo que no había terminado la carrera años antes?

Lex inspeccionó el medallón de ternera, perfectamente redondo.

—La ternera es una vaca pequeña, ¿verdad?

Cole esbozó una sonrisa.

—Créeme, quieres probarla, es el mejor plato del menú.

—Muy bien, me has convencido.

Lex se metió un pedazo de ternera en la boca, masticó, inclinó a un lado la cabeza y... su rostro se iluminó. Cole se preguntó si esa expresión de asombro y satisfacción cruzaría su rostro cuando tuviese un orgasmo. Seguramente sí, pero al doble de intensidad, y estaba desesperado por verla hacer exactamente eso.

—Así que psicología, ¿eh? —insistió, intentando apartar de sí las vívidas imágenes de ese cuerpo desnudo y ese pelo brillante en contraste con las sábanas blancas.

Sus pantalones se habían vuelto incómodamente estrechos y tuvo que contar hasta diez. Luego hasta veinte.

Él pagaba su salario.

No, la imagen sexy no se disipaba.

Maldita fuera.

—Empecé a estudiar psicología porque quería averiguar por qué ciertas personas en mi vida actuaron como lo hicieron. Luego me di cuenta de que me llevaría toda la vida comprenderlo, así que cambié a psicología forense porque la mente criminal me fascina.

—¿Hay criminales en tu familia? —bromeó Cole.

—No que yo sepa —respondió Lex—. Criminalmente estúpidos, seguro. ¿Verdaderos malhechores? No lo creo —añadió, suspirando—. Estoy llena.

Solo le quedaba por comer la tarta de naranja, chocolate y chile. Y si ella no lo hacía, lo haría él porque era el final perfecto.

—Tienes que probarla. De verdad está riquísima.

Lex se metió el dulce en la boca y masticó durante unos segundos con gesto indiferente.

Venga ya. ¿Cómo no iba a gustarle? Era delicioso.

—¿Y bien? —le preguntó, ofreciéndole un pañuelo.

Lex se limpió delicadamente los labios.

—No está mal —respondió.

Cole tardó unos segundos en darse cuenta de que estaba tomándole el pelo.

—Es el mejor postre que has probado en toda tu vida, confíésalo.

Tan pronto como las palabras salieron de su boca, se dio cuenta de que sonaba como si estuviera menospreciándola, destacando las diferencias entre ellos. Y no había sido su intención. También había sido una de las mejores comidas de su vida.

—Absolutamente —dijo Lex, encogiéndose de hombros—. Es la mejor comida que he probado nunca. Gracias por pensar en mí.

Cole había disfrutado de platos excepcionales, pero ver a Lex comer en el interior de un coche en Ciudad del Cabo había sido la mejor experiencia gastronómica en una década. Posiblemente de toda su vida.

Maldita fuera. Estaba metido en un lío y la culpa era de su sincera y guapísima conductora.

—Vamos a llevarte de vuelta al hotel —dijo Lex entonces, arrancando el motor.

Y cuando llegaron allí, Cole tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para salir del coche sin pedirle que lo acompañase a la habitación.

Capítulo 5

COLE estaba exhausto. Apenas había podido pegar ojo porque su pelirroja y pecosa conductora había invadido todos sus pensamientos. Llevaba meses trabajando dieciocho horas al día, siete días a la semana, y se conocía lo bastante bien como para saber que necesitaba un descanso, dar un paso atrás y olvidarse de todo durante un par de días.

El día anterior Lex le había preguntado si podía tener la mañana libre y él había accedido, de modo que había conducido él mismo hasta la oficina. El interior del coche olía a Lex y, de nuevo, se sintió bombardeado por el recuerdo de su pelo rojo, el brillo de pasión en sus ojos verdes cuando inclinó la cabeza para besarla.

¿Por qué no podía dejar de pensar en ese beso que no se habían dado?

Definitivamente necesitaba un descanso. O una lobotomía.

Cole tomó el ordenador, salió del coche y cerró la puerta de golpe, repasando mentalmente su agenda. Tenía reuniones virtuales durante toda la mañana, pero estaría libre después del almuerzo y le había pedido a su ayudante que reservase habitación en un hotel-safari. Sabía que había un par de ellos solo a unas pocas horas de Ciudad del Cabo.

¿Podría pedirle a Lex que lo llevase? ¿Debía hacerlo?

No, por supuesto que no, qué tontería.

Cole salió del garaje e iba a entrar en el edificio cuando escuchó el inconfundible sonido de un tubo de escape en mal estado. Un viejo coche de color amarillo se dirigía a la puerta y, tras el parabrisas, vislumbró un pelo rojo y una cara pálida. Una chica rubia iba sentada al lado de Lex, y otra rubia y dos niñas pequeñas, una de ellas tan pelirroja como Lex, en la parte de atrás.

¿Eran sus hermanas? ¿Todas ellas?

Parcialmente oculto por una columna de hormigón, Cole hizo una mueca al escuchar el preocupante chirrido de unos frenos. Una chica rubia con un traje de chaqueta negro salió del coche y las dos niñas pequeñas salieron tras ella, turnándose para abrazarla.

—Adiós, Addi —se despidieron.

Ah, entonces la rubia era Addison Fields, que trabajaba en la división de hostelería y ocio de Industrias Thorpe.

—Debería llevar a Storm y a las niñas directamente al aeropuerto, Addi —dijo Lex mientras Addison abrazaba a la segunda rubia, que debía ser Storm—. Es temprano, pero no tiene sentido volver a casa para salir de nuevo en quince minutos.

—¡Vamos a la playa, vamos a la playa! —gritaba la pequeña pelirroja.

Storm metió a las niñas en el coche para hablar con sus hermanas mayores y la sonrisa de Lex hizo que Cole tragase saliva. Esa sonrisa podría iluminar una pequeña ciudad.

—Cinco años, chicas. Han pasado cinco años desde la última vez que me sentí libre. No tengo que cuidar de nadie —estaba diciendo Lex—. ¿Debería estar tan emocionada?

Addison esbozó una sonrisa.

—Eres la mejor hermana del mundo. Has estado con ellas constantemente desde el día que llegaron. Disfruta de estas tres semanas porque te lo mereces.

Cole recordó a su madre diciéndole que los niños eran caros, requerían mucho tiempo y limitaban su libertad.

Su madre, tan cálida y afectuosa.

—¿Qué vas a hacer con tanto tiempo libre, Lex? —le preguntó Storm.

¿Tener una aventura con él?, pensó Cole. Ya le gustaría.

—Me encantaría hacer un viaje por carretera y simplemente conducir y conducir, pero tengo que trabajar. Necesitamos el dinero y no puedo tomarme unas vacaciones ahora mismo. Además, mi coche es una ruina y el precio de la gasolina esta por las nubes, así que trabajaré, dormiré alguna siesta, estudiaré y veré películas.

—Tal vez podríamos ir un día a la bahía de Lambert —sugirió Addison.

—Me encantaría —respondió Lex.

Pero Cole sabía que eso no era lo que ella necesitaba. Lex quería la carretera abierta, la libertad de conducir. No se trataba del destino sino del viaje, el sonido de los neumáticos sobre el asfalto, el rugido del motor, el silencio y la inmensidad de un paisaje deshabitado.

—Lamento haber llevado mi coche al taller —dijo Addison—. De haber sabido que las niñas se irían a Durban hoy lo habría dejado para otro día.

Lex se encogió de hombros.

—Las vacaciones fueron un arreglo de última hora, ¿cómo ibas a saberlo?

Addison lanzó una mirada dudosa al coche amarillo.

—Pero no me gusta que vayas al aeropuerto en tu coche. Los frenos están fatal.

Lex arrugó la nariz.

—A mí tampoco, especialmente con esta lluvia. Los neumáticos están más desgastados de lo que me gustaría. No sé, es un poco caro, pero podríamos pedir un taxi.

Cole miró los neumáticos, que definitivamente necesitaban ser reemplazados. En una carretera mojada eran un peligro inminente.

—Yo pagaré el taxi —se ofreció Storm.

Addison negó con la cabeza.

—Cariño, tú ya has pagado por los billetes de avión y vas a cuidar de las chicas durante las próximas tres semanas. Creo que nos queda algo en la tarjeta de crédito, ¿no, Lex?

—Sí, claro. Espero que tengamos suficiente.

Aquello era ridículo, pensó Cole. Había un todoterreno en el garaje con el tanque lleno de gasolina, de modo que salió de detrás de la columna.

—Buenos días —las saludó, con deliberada formalidad.

Lex lo miró con los ojos como platos.

—Ah, buenos días. No te había visto.

Cole le ofreció su mano a Addison.

—Supongo que tú eres Addison Fields. Soy Cole Thorpe.

Ella, aturdida, estrechó su mano.

—Lamento que no nos hayamos conocido hasta ahora, señor Thorpe.

—No te preocupes, sé que Jude Fisher te hace trabajar a todas horas —respondió él, mirando a las niñas en el interior del coche y luego a Lex—. ¿Tus hermanas?

—Sí —respondió ella—. Esta es nuestra hermana mediana, Storm, y Nixi y Snow están en el coche.

Las niñas no podrían ser más diferentes entre sí. Una tenía el pelo y los ojos oscuros y la otra el pelo, la tez y el color de ojos de Lex.

—Sé que llego un poco tarde —se disculpó Addison, avergonzada—. Solo estaba despidiéndome.

—No hay necesidad de pedir un taxi —dijo Cole entonces—. Usa el coche de la empresa para llevar a tu familia al aeropuerto, Lex. Es la opción más segura con esta lluvia.

Lex parecía a punto de negarse, pero Addison se le adelantó.

—Muchas gracias, señor Thorpe, es muy generoso por su parte. Por supuesto, nosotras pagaremos la gasolina.

—No es necesario, Addison. Por cierto, tenía intención de ponerte al día contigo y hablar sobre tu futuro en Industrias Thorpe.

Cole vio un destello de miedo en sus ojos y la misma expresión de angustia en el hermoso rostro de Lex. Storm simplemente inclinó la cabeza. Las tres parecían aterrorizadas de que Addison perdiese su trabajo y Cole recordó que sus acciones tenían consecuencias en la vida real.

Estaban debatiendo si debían pedir un taxi o no, de modo que el dinero escaseaba en aquella familia.

—¿Nos vemos en media hora? —le preguntó a Addison antes de entregarle a Lex las llaves del coche—. Conduce con cuidado, Lex. Las carreteras están inundadas.

—Sí, lo sé —asintió ella, tragando saliva—. Gracias, de verdad. Te agradezco mucho que me dejes usar el coche de la empresa.

No quería que él supiera que estaban en un aprieto, pero no era tan orgullosa como para no expresar su gratitud, pensó Cole. Se sentía

profundamente atraído por aquella mujer y no necesitaba que, además, le gustase.

—Buen viaje, señoritas. Addison, te veré en media hora. Lex, también me gustaría verte a ti cuando vuelvas.

—¿A mí? ¿Por qué?

No podía decirle que necesitaba ver su rostro, así que en lugar de responder, Cole entró en el ascensor.

Le había dado el resto del fin de semana libre, de modo que tenía un par de horas para encontrar una excusa. Él era un tipo inteligente. Estaba seguro de que podría encontrar una que fuese creíble.

Porque no podía decirle que había extrañado ver su rostro esa mañana, que quería besarla, que quería pasar el fin de semana con ella, preferiblemente en la cama.

E incluso sin sexo. Le gustaba su compañía, ver su alegre sonrisa, escucharla hablar de su vida.

¿Sentía algo por aquella mujer? Si era así, tendría que empezar a controlarse. Debería guardar sus emociones tras el muro que había construido alrededor de su corazón. Lo había hecho con mucha frecuencia y volvería a hacerlo.

Después de reunirse con Addison, y asegurarse que le pediría a Jude que mantuviese su puesto de trabajo cuando adquiriese su cartera de hostelería, a Cole le dolía la cabeza y necesitaba una taza de café con urgencia. El único inconveniente de tener un asistente virtual era que tenía que localizar una cafetera y preparar su propio café.

Cole se recostó en el sillón y miró la espectacular vista de la montaña Cabeza de León. O más bien sería espectacular si el famoso punto de referencia no estuviese oscurecido por una lluvia torrencial. Había entrado un frente frío y otro más grande estaba en camino, de modo que no iba a disfrutar del sol africano por el momento.

Pensó entonces en su reunión con Addison, que le había dado el pésame por la muerte de su padre y le había dicho que Grenville la había contratado unos meses después de terminar la carrera y se había convertido en su mentor

Su padre se había arriesgado con Addison, una extraña, pero a él no le había hecho ni caso. No debería dolerle, pero le dolía. Addison no era la primera persona a la que Grenville había tomado bajo su ala; había una

mujer joven en India y otras en Estados Unidos que no dejaban de cantar sus alabanzas.

Grenville había sido capaz de ver el potencial en otras personas, pero nunca le había ofrecido a su hijo menor lo que tan fácilmente les daba a los demás. ¿Sabría su padre que se había graduado en la Escuela de Economía de Londres con las mejores notas, que había obtenido su máster en administración de empresas en un tiempo récord? ¿Que había sido el administrador de fondos de cobertura más joven en Hershel & Grimm, una de las firmas de inversión más antiguas y respetadas del mundo? ¿Sabría que la había dejado después de un año, llevándose a la mayoría de los clientes? ¿Que se había convertido en millonario a los treinta años, multimillonario un par de años después?

Evidentemente, Grenville Thorpe se había preocupado mucho más por otras personas que por su propio hijo, era así de sencillo.

¿Por qué? ¿Qué había hecho él? Le dolía no saberlo. Pero ser condenado al ostracismo lo había hecho fuerte, resistente, decidido a demostrar a su hermano y a su padre lo que había logrado. Si Grenville no hubiese muerto se habría visto obligado a reconocer sus logros, a aceptar que lo había superado con creces, que estaba a su altura.

Se sentía engañado, como un niño que hubiera recibido un montón de regalos el día de Navidad, remplazados poco después por un trozo de carbón. Había deseado tanto la aprobación de su padre, o una pizca de respeto al menos. Si no podía tener su cariño, al menos se habría conformado con tener respeto y aprobación.

El cariño, el amor, eran emociones falsas. Había hecho bien en alejarse de todo eso, en dejar de buscarlo. No provocaba más que angustia. Era mucho más fácil vivir sin conexiones emocionales.

Sus ojos se posaron sobre la carpeta de la estación de esquí y el hotel Rossdale. Se sentía nervioso e irritado, incapaz de concentrarse.

Desgraciadamente, su incapacidad para concentrarse no era algo nuevo.

Desde la muerte de su padre y la desaparición de Sam sentía como si lo único que hiciese fuera reaccionar cuando él era un hombre que tomaba todas las decisiones.

«Concéntrate, Thorpe».

¿Qué iba a hacer con el hotel Rossdale, el activo que Jude no quería y cuya adquisición y remodelación desconcertaron tanto a Jude como a Addison?

Y entendía por qué. El coste de la compra y las reformas fue tan alto que tenían que cobrar tarifas escandalosas y el albergue solo había tenido un puñado de clientes en los dieciocho meses que llevaba abierto.

Necesitaba ver el sitio por sí mismo, pensó, para averiguar por qué su padre había estado tan interesado en esa propiedad.

Cole sacó un mapa e hizo una mueca al ver que era un viaje de más de doce horas. Lo mejor sería contratar un avión privado o un helicóptero.

Estaba a punto de llamar a Recepción para pedir un café cuando una brillante cabeza roja apareció en la puerta.

Le hizo un gesto para que entrase y cuando vio que llevaba dos tazas de café y una bolsa marrón manchada de grasa, casi lloró de alegría. Incluso consideró brevemente proponerle matrimonio.

Ese pensamiento lo hizo sonreír. Curiosamente, pensar en pedir a Lex matrimonio, aunque fuese de broma, no hacía que quisiera salir corriendo. Qué extraño.

Cole tomó un sorbo del caliente líquido. Ah, un café solo y fuerte, como a él le gustaba.

—Guau. Somos un poco adictos, ¿no? —bromeó Lex, sentándose frente a él.

—Muy adictos —respondió Cole—. Gracias, no tienes idea de cuánto necesitaba esto.

—Estoy empezando a hacerme una idea. Pero tú querías verme y yo quería un café, así que compré uno para ti también.

Era un pequeño gesto, pero a Cole le pareció como si alguien le hubiese regalado un billete de lotería ganador.

—¿Y eso? —preguntó, señalando la bolsa marrón.

Lex sonrió.

—Es un regalo por dejarme usar el todoterreno. Conozco una pequeña panadería en la que hacen los mejores cruasanes de chocolate de la ciudad. Sé que te encantó el postre de la otra noche, así que pensé que te gustarían.

Cole abrió la bolsa y cerró los ojos cuando un delicioso olor a mantequilla, chocolate y hojaldre llegó a su nariz. Había corrido diez kilómetros en la cinta, había hecho una sesión de pesas en el gimnasio del hotel esa mañana y solo había tomado avena y yogur para el desayuno. Se merecía algo dulce y que obstruyese las arterias.

Mientras comía, tenía que hacer un esfuerzo para no lanzarse sobre la mesa y averiguar a qué sabía la combinación de Lex y cruasán.

Ella se quitó la bufanda y la maltratada, pero aún elegante, chaqueta de cuero de estilo aviador. La camiseta ajustada de manga larga era de un bonito color menta y los vaqueros desaparecían en unas botas hasta la rodilla.

—¿Tus hermanas llegaron bien al aeropuerto? —le preguntó Cole.

—Sí, perfectamente.

Cole se levantó, dio la vuelta al escritorio y se sentó frente a Lex, sus muslos a solo unos centímetros de su rodilla.

—¿Por qué viven contigo tus hermanas, Lex? ¿Dónde está su madre?

Esos ojos increíbles se encontraron con los suyos y en ellos vio un destello de dolor.

—En Tailandia. Vive allí desde que éramos adolescentes. Las niñas están con nosotras desde hace cinco años —respondió Lex, sin una pizca de rencor o resentimiento—. Nixi tenía tres años entonces, Snow dos.

Así que ella había sido madre, padre, hermana y los pilares del mundo de las niñas durante cinco años. Debía tener veintitrés o veinticuatro cuando aparecieron en su vida.

Cole no entendía que pareciese tan indiferente, como si acoger a dos niñas pequeñas fuera lo que hacía una chica joven todos los días.

—¿Y tu padre? ¿Su padre? ¿O los padres? —le preguntó.

Lex se encogió de hombros y Cole sospechó que esa expresión indiferente era algo que había practicado.

—Mi madre tiene una actitud muy relajada sobre el sexo y, obviamente, sobre la anticoncepción. Y también sobre los nombres de sus amantes, así que no podría decirte.

—¿En serio?

—Mi padre era un tipo llamado Seamus, pero mi madre no está completamente segura.

—¿Y eso no te duele, no te hace sentir frustrada, amargada?

—¿A qué te refieres, a no saber quién es mi padre o a tener que criar a mis hermanas?

—Las dos cosas.

—No puedo enfadarme con mi padre biológico porque él no sabe nada de mí y nunca lo sabrá. Fui el resultado de un encuentro entre dos personas muy borrachas, posiblemente drogadas —Lex se encogió de hombros—. En cuanto a criar a mis hermanas, ¿de qué serviría enfadarse? Nixi y Snow estaban perdidas y desarraigadas. Lo último que necesitaban era saber que habían llegado al mundo por casualidad y que mi madre no quería saber nada de ellas.

Su familia no le había dado ni una fracción del cariño que Lex, y las otras hermanas, mostraban por esas dos niñas, pensó Cole. Habían tenido todo el dinero del mundo, pero emocionalmente eran una familia en bancarrota. En cambio las hermanas, por lo que dedujo, andaban escasas de dinero, pero se querían de verdad.

Admiraba su valor y la respetaba intensamente, pero ella entendería mejor el mensaje si la besaba, de modo que lo hizo. Porque no podía evitarlo.

Lex suspiró y él se tragó su aliento, con aroma a café, cruasán y enjuague bucal con sabor a menta.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no dejarse llevar, para no apretarla contra su torso y devorar su boca en un beso largo, profundo y abrasador. Lex puso una mano en su mandíbula y sacó la punta de la lengua para rozar la suya suavemente.

Su boca era una revelación, sus labios tan suaves como un helado italiano. Solo podía pensar en acercarse más, en poner las manos sobre esa piel tan delicada. Olvidando dónde estaba y quién era, la levantó de la silla y la empujó contra el escritorio, colocando una rodilla entre sus muslos. Apretaba sus caderas, disfrutando de ese cuerpo que aun delgado, era voluptuoso, pero necesitaba saber si su piel era tan suave como imaginaba. Tiró hacia arriba de la camiseta y deslizó una mano bajo la tela, suspirando al tocar su piel desnuda. Lex rodeó su cuello con los brazos y lo besó, tan excitada como él.

Cole sintió que su erección tensaba la tela de sus pantalones, ardiente, pesada y desesperada. La levantó, poniendo las manos bajo su

trasero, y en un gesto tan natural como inesperado, Lex enredó las piernas en su cintura y se apretó contra él, dejando escapar un gemido.

Cole se estremeció cuando deslizó los dedos por su columna hasta hundirlos bajo la cinturilla de su pantalón.

Pero necesitaba más y levantó una mano para acariciar sus pechos, pasando el pulgar sobre un pezón. ¿Sería tan rosado como su boca? ¿Le gustaría que él lo capturase con la lengua?

Maldición, necesitaba una cama. Pero había un escritorio a un metro de ellos...

Había un escritorio y estaban en su despacho. Podían ser interrumpidos en cualquier momento y lo último que él quería era una interrupción.

De modo que se apartó, tomó una bocanada de aire y la dejó sobre la silla, en la que ella se hundió con un largo suspiro.

—¿Otra aberración, Cole? —le preguntó, mirándolo fijamente a los ojos.

—No te entiendo

—Dijiste que el casi beso en el hotel había sido una aberración —le explicó Lex.

Había elegido mal sus palabras, pensó Cole, pasando una mano por su pelo.

—No, no es eso. Pero besarte fue... es desaconsejable. Soy tu jefe, Lex. Nunca me había pasado nada parecido y que puedas hacerme perder la cabeza es desconcertante.

—Si te sirve de consuelo, yo no puedo arriesgar mi puesto de trabajo besándome con el jefe —dijo Lex—. Si vendes los activos de Ciudad del Cabo, tanto Addi como yo nos quedaremos sin trabajo y eso sería un problema.

Si bien él tenía más dinero que la mayoría, mucho más dinero que la mayoría, entendía la presión de depender solo de uno mismo, de saber que si no eras capaz de salir adelante nadie lo haría por ti. Y no podía prometerle a Lex un trabajo flexible, pero al menos podía tranquilizarla sobre Addi.

—Como le dije a Addison antes, si vendo el sector de hostelería a Jude Fisher, que Addi conserve su puesto de trabajo será una condición para esa venta. Ella no tendrá que aceptar la oferta si no lo desea, pero él

tendrá que emplearla durante al menos un año si quiere comprar mis activos.

Lex lo miró como si le hubiera regalado la luna y las estrellas. Maldita fuera, podría acostumbrarse a ver esa expresión en su rostro.

—Gracias, Cole. Eso es... de verdad, es una oferta increíble.

Lo era, pero si había leído correctamente la expresión de su amigo cada vez que mencionaba a Addison, no sería una negociación difícil.

Solo deseaba poder hacer algo por Lex. Podría darle un cheque, pero sabía que ella no aceptaría caridad. No, Lex necesitaba conducir para ganar dinero y el germen de una idea comenzó a filtrarse en su cerebro.

Si lo llevaba a Rhodes, donde se encontraba la estación de esquí, ganaría dinero y, además, tendría ese viaje por carretera que parecía desear tanto.

Cole se levantó, dándole vueltas a esa idea. Había planeado ir a Rhodes en avión, pero podía robarle unos días a su loca agenda e ir en coche. Pensar eso lo hizo sentir un hormigueo en la nuca. ¿Estaba emocionado? Había pasado tanto tiempo desde la última vez que experimentó algo parecido que ya no reconocía esa emoción.

Lex miró su cruasán a medio comer con cara de anhelo y Cole lo empujó en su dirección.

—Cómetelo.

—No debería. Compré un trozo de pizza en el aeropuerto... pero tengo hambre —dijo ella, mordiendo el cruasán.

Incluso comiendo era sexy.

Cole volvió a tomar asiento y apoyó los codos en el escritorio.

—Necesito ir a Rhodes, en el Cabo Oriental. Se tardan dos días en llegar, ¿no?

Lex no parpadeó ante el cambio de tema. Tampoco exigió saber por qué la había besado ni sintió la necesidad de analizar el encuentro.

—Es demasiado largo para hacerlo de una sola vez. Podrías hacerlo, pero es un viaje larguísimo.

—¿Dónde me alojaría la primera noche?

—En Colesberg, imagino —respondió Lex, sorprendida—. ¿Pero por qué conducir si puedes ir en avión? Es mucho más rápido.

—No me apasionan los aviones pequeños o los helicópteros.

Era mentira, pero si iba en avión a Rhodes no tendría ninguna excusa para pedirle a Lex que fuese con él.

Cole se preguntó qué estaba haciendo. ¿De verdad iba a tomarse cuatro o cinco días libres para darle a esa mujer de ojos esmeralda el viaje por carretera que tanto deseaba? Sí, eso era lo que iba a hacer porque no podía pensar en otra cosa.

No eran unas vacaciones en las playas del Mediterráneo, pero al menos Lex escaparía de la rutina, haría algo diferente.

Era impactante reconocer cuánto deseaba hacerle ese pequeño regalo.

El largo viaje en coche aumentaría la atracción o haría que quisieran matarse entre ellos. Pero ¿y si terminaban en la cama? Había muchas posibilidades de que eso ocurriese porque Lex se sentía tan atraída por él como él por ella. Saltaban chispas entre ellos.

Pero el sexo era el sexo, el trabajo era el trabajo, y el puesto de Lex nunca estaría en peligro por lo que hiciesen fuera del horario laboral. Él lo sabía ¿pero lo sabría ella?

La deseaba más de lo que recordaba haber deseado a otra mujer. Quería pasar horas explorando su cuerpo, acariciando su pelo y deslizándose dentro de ella. Y también deseaba apartarla de sus responsabilidades y darle tiempo para respirar, para relajarse.

Él no era un santo y no estaba siendo inusualmente generoso. En realidad, ansiaba el silencio, permitir que su mente divagase, que todo se ralentizase durante unos días.

¿Pero diría ella que sí? ¿Estaría de acuerdo con su loca proposición?

—Bueno, me pediste que viniera y aquí estoy —dijo Lex, cruzando una delgada pierna sobre la rodilla—. ¿Necesitas que te lleve a alguna parte?

—Sí —respondió Cole.

—Me preguntaba cuánto tiempo aguantarías conduciendo en Ciudad del Cabo. El tráfico aquí es infernal.

Cole había conducido en algunas de las ciudades más peligrosas del mundo y Ciudad del Cabo era un juego de niños en comparación con Manila, Seúl o Bombay, pero le permitiría pensar que necesitaba su ayuda, especialmente si terminaba saliéndose con la suya. A veces, el fin justificaba los medios.

—Te necesito este fin de semana.

—Ah, genial, pero deberías saber que mis tarifas se triplican si trabajo los sábados por la tarde o los domingos.

—Me parece bien.

Cole se preguntó en qué gastaría ella ese dinero. Esperaba que comprase neumáticos nuevos para su coche y que cambiase las pastillas de freno...

En ese momento llamó Petra, su ayudante temporal.

—He reservado dos noches en la famosa reserva de Aquila, le esperan esta tarde.

«Demonios».

—Es una de las mejores del país, con unas instalaciones increíbles. He reservado una suite...

—Por favor, cancela la reserva —la interrumpió Cole, sintiéndose como uno de esos mimados multimillonarios que no se negaban ningún capricho—. Es culpa mía, no tuya, mis planes han cambiado inesperadamente.

—Muy bien, cancelaré la reserva. Pero ya han hecho su maleta y le están esperando. El todoterreno que ha alquilado también está esperando en el hotel.

—Llama a Aquila y diles que se queden con el depósito y que volveré en otro momento. Y, por favor, reserva dos habitaciones en algún hotel de Colesberg y otras dos en el Rossdale. Dos de sus mejores habitaciones para el sábado y el domingo por la noche.

Lex lo miraba con los ojos como platos.

Tal vez iba a decir que no. Existía la posibilidad de que su loca atracción se desbordase y acabasen teniendo un problema. Ese era un riesgo que él estaba dispuesto a correr.

¿Pero lo estaría ella?

Capítulo 6

VOY a hacer un viaje por carretera hasta Rhodes. ¿Te gustaría venir conmigo?

Lex parpadeó, incrédula. Lo había imaginado cuando le dijo a su ayudante que reservase dos habitaciones, pero no podía estar pidiéndole que recorriese la mitad del país con él, ¿no? ¿Por qué? ¿Y qué quería de ella?

Si pensaba que iba a calentarle la cama le tiraría el café a la cara.

Había una gran diferencia entre un beso frenético y meterse en la cama con el jefe. Y eso era algo que no había hecho en años, cinco para ser precisos. Tener que hacerse cargo de dos niñas había hecho estragos en su vida amorosa.

—Te estoy ofreciendo un trabajo, Lex. Es un viaje de doce horas a Rhodes. Te pagaré el doble de tu tarifa normal y cubriré los gastos de comida y alojamiento.

Sí, muy bien, pero no podían ignorar el beso o la ardiente atracción que había entre ellos.

—No soy una ingenua, Cole. Sería absurdo pensar que no vamos a tocarnos.

—Me gusta que seas tan directa.

Después de toda una vida lidiando con las mentiras, medias verdades y evasivas de su madre, era muy refrescante.

—Prefiero la sinceridad a las mentiras edulcoradas.

—Pues muy bien. Yo necesito ir a Rhodes para inspeccionar el hotel Rossdale y para averiguar por qué mi padre, generalmente sensato, perdió la cabeza por esa propiedad —dijo Cole—. Es un viaje muy largo para hacerlo solo y tú eres la conductora de Industrias Thorpe, pero también

eres la mujer en la que no puedo dejar de pensar y a la quiero desesperadamente ver desnuda.

Y ahí estaba, lo había dicho.

—Me sorprende la atracción que hay entre nosotros. Es totalmente inesperada —agregó.

Inesperada y muchos otros adjetivos. Trascendental, por ejemplo. O alucinante.

Lex abrió la boca para responder, pero él se adelantó.

—¿Debería haberte besado? La respuesta es obvia: no. Pero lo he hecho, lo hemos hecho, y no podemos cambiar eso. ¿Quiero besarte de nuevo? Por supuesto que sí. Si un beso puede provocar tanto calor, sin duda contribuiríamos al calentamiento global si nos desnudásemos —dijo Cole, encogiéndose de hombros—. No sé de dónde viene esta química que hay entre nosotros, pero no soy un adolescente a merced de mis hormonas. Si dices que no, entonces es que no. Nada de lo que ocurra entre nosotros afectará a tu puesto de trabajo. Si vienes conmigo hay muchas posibilidades de que terminemos en la cama, pero será tu elección y prometo no presionarte.

Lex lo pensó un momento.

—¿No afectará a mi puesto de trabajo?

—Claro que no. Y si no quieres que pase nada entre nosotros, seguiremos yendo a Rhodes como amigos. Si acabamos en la cama, genial, sería un honor. Si no quieres, no pasa nada. Todo lo que te pido es que vayas conmigo, que hagamos un viaje por carretera y que te olvides de la realidad durante unos días. Solo tú y yo, el cielo y la carretera. Una aventura.

Lex se levantó para acercarse a la ventana y puso una mano sobre el cristal. Ella no era una ingenua. Sabía que había muchas posibilidades de que terminase en la cama con Cole. Sería su primer amante en cinco años y probablemente el último en mucho tiempo porque ¿cuándo volvería a conocer a un hombre por el que se sintiera tan atraída?

Casi todos los hombres que conocía estaban casados y los que estaban divorciados tenían el pesado equipaje de sus propios hijos y sus exesposas. Cole estaba soltero, era guapísimo y la deseaba.

Pero él no la obligaría a hacer nada, por supuesto. Si decidía que solo estaba allí en calidad de conductora, Cole respetaría su decisión y se

comportaría como un caballero. Lex confiaba en él y eso era extraño porque no confiaba en nadie aparte de sus hermanas.

No tenía que decidir en ese momento si iba a acostarse con él. Cole solo estaba pidiendo que lo acompañase en un viaje. Estaba ofreciéndole la oportunidad de dejar atrás Ciudad del Cabo y sus innumerables responsabilidades.

Las niñas se habían ido, no tenía tareas o exámenes pendientes, su alumno de francés estaba fuera y a Addi le encantaría tener la casa para ella sola.

No había ninguna razón para decir que no... Sí, sí la había. Porque ella sabía que el tiempo que pasara con Cole la cambiaría para siempre.

No sabía cómo, solo sabía que sería así.

Si lo llevase a Rhodes ganaría más de lo que solía ganar en varias semanas. Era una oferta extraordinaria y la oportunidad de hacer lo que más deseaba: salir a la carretera, conducir y olvidarse de todo.

Lex frunció el ceño. ¿Iba a hacer ese largo viaje en coche por ella? No, eso era una tontería. Cole la había besado, pero no cambiaría sus planes ni se tomaría días libres para ofrecerle el viaje por carretera que ella anhelaba. No, solo era una coincidencia.

A ella le gustaba conducir y él necesitaba un conductor porque le asustaban los aviones pequeños y los helicópteros. O eso decía.

Lex lo miró con los ojos entornados. Un hombre tan grande y tan poderoso no parecía tener miedo de nada.

No podrían ser más diferentes. Él, un multimillonario que vivía en Londres y tenía empresas por todo el mundo, que salía con famosos, políticos, gente guapa y poderosa. Ella, una mujer de veintiocho años sin un céntimo que trataba de darle a sus hermanas la infancia estable que ella nunca había tenido, una estudiante a tiempo parcial que no encontraba el momento para terminar la carrera.

¿Por qué se sentía Cole atraído por ella y ella por él?

No tenía sentido.

Él era un hombre muy atractivo y, por alguna razón, también la encontraba atractiva. Y, sí, de verdad quería pasar los próximos días con él.

Pero era peligroso. Se sentía protegida con Cole y eso era arriesgado. Ella era siempre la protectora, no la protegida.

Lex se mordió los labios, pensativa. Ella no había buscado aquello. Estaba conforme con su vida, con las niñas, en un mundo dominado por mujeres. Debido a que Joelle pasaba de un hombre a otro había aprendido a protegerse, a no dejar que nada ni nadie la tocara porque le daba pánico dejar entrar a alguien en su vida y perderlo después. Se había distanciado de todo salvo de sus hermanas y su mundo era minúsculo.

Pero Cole la tentaba como no lo había hecho ningún otro hombre.

—Todo irá bien, Lex, te lo prometo.

Cole la miraba con una expresión casi tierna y eso la emocionó.

—Sí, iré contigo —dijo ella por fin.

Había aceptado la posibilidad de tener una aventura con su multimillonario jefe y esperaba que no le explotara en la cara.

Habían salido de Ciudad del Cabo el día anterior, conduciendo por turnos, y eran más de las once cuando llegaron a Colesberg. Ambos estaban exhaustos por el largo viaje bajo una lluvia torrencial y no habían podido hacer más que murmurar «buenas noches» antes de retirarse a sus habitaciones.

Al día siguiente, tras muchas horas de viaje, llegaron a Rhodes, un pueblecito compuesto por una serie de casitas victorianas, con Lex al volante. Solo eran las cuatro de la tarde, pero ya estaba anocheciendo.

No habían vuelto a besarse y Lex extrañaba los labios de Cole. Era profundamente consciente de todos sus movimientos, de cada respiración, de cada gesto.

¿Harían el amor esta noche?, se preguntó.

Esperaba que sí.

Tenían un tiempo limitado para estar juntos y no quería perder ni un minuto.

En la calle principal de Rhodes, aunque no parecía haber muchas más, no había sitio para aparcar. Al final de la calle había un escenario y un grupo de personas bailaban al ritmo de una banda.

Lex frenó para permitir que una pareja de ancianos cruzara la calle, pero cuando vieron el coche hablaron un momento entre ellos y se acercaron a la ventanilla.

—Hola —los saludó Lex, asomando la cabeza.

«Uf, qué frío hace».

—¿Van ustedes al Rossdale?

—Así es. ¿Cómo lo saben?

—Este es un pueblo muy pequeño y nos han pedido que buscásemos un coche elegante que llegaría aproximadamente a esta hora.

—¿Por qué? —preguntó Cole, inclinándose hacia la ventanilla.

Su rostro estaba a unos centímetros de Lex, tan cerca que podía ver sus largas pestañas, una pequeña cicatriz en la frente y los puntitos verdes en sus ojos...

—La pareja que se encarga del hotel ha tenido que ir al hospital. Parece que Bheki se ha fracturado un tobillo —la mujer sacó una nota adhesiva del bolsillo y se la entregó a Lex—. Aquí está el código de la puerta principal. Ustedes son los únicos clientes.

Cole miró a Lex.

—Podemos buscar un hotel aquí e ir al Rossdale por la mañana.

—No, no pueden hacer eso —intervino la anciana—. No hay una sola habitación libre en todo el pueblo.

—Estamos de fiestas y es el Rossdale o tendrán que buscar algún hotel a varias horas de aquí —agregó su marido—. Será mejor que se vayan cuanto antes.

La pareja se alejó del coche y Lex miró a Cole.

—Bueno, ¿qué hacemos? —le preguntó.

—El Rossdale. Allí tenemos garantizada una cama, pero estaremos solos.

No habría nadie alrededor para exigirles que fueran circunspectos. Tendrían que enfrentarse el uno al otro y al deseo que burbujeaba entre ellos. No podrían esconderse.

Los ojos de color topacio brillaban bajo la tenue luz del interior del coche y Lex se estremeció, no de frío sino de anticipación.

—Te vendrá bien hacerte la cama y no ser atendido como un rey.

Cole tomó su mano y rozó sus nudillos con los labios.

—Oye, que no soy tan inútil.

—Si vamos al hotel, deberíamos irnos ahora mismo —sugirió Lex—. No me apetece mucho conducir por una carretera desconocida, en la

oscuridad y con este tiempo tan malo. Y daría cualquier cosa por un whisky.

—Yo también —dijo Cole.

—Me gusta pedirlo en vaso bajo de cristal, con dos cubitos de hielo y servido en una bandeja de plata.

—Yo me encargo de eso.

La carretera de tierra era angosta y no había barandilla de seguridad. Si las ruedas resbalaban aterrizarían sobre un montón de rocas o en el arroyo que había debajo, pero Lex conducía con confianza, permitiendo que el todoterreno avanzase poco a poco por la carretera helada. Claro que era una profesional.

Cuando por fin llegaron al Rosssdale, los dos dejaron escapar un suspiro. A pesar de la oscuridad, el hotel era más impresionante de lo que Cole esperaba. Construido con vigas de madera oscura, acero y piedra, era un edificio moderno, pero que conservaba el encanto del viejo mundo.

Habiendo estado involucrado en algunos proyectos de construcción, Cole no quería ni imaginar cómo habrían transportado las maderas y las piedras por la carretera que Lex y él acababan de recorrer.

El hotel, de tres plantas, estaba ubicado en la falda de una colina, con un edificio de oficinas a un lado, un pequeño pub, una tienda que alquilaba equipamiento de esquí y un telesilla más bien pequeño al final del camino.

Las pistas tenían un aspecto decente y serían estupendas con un par de metros de nieve. Aunque no iban a esquiar, se recordó a sí mismo. No iban a estar allí el tiempo suficiente.

Lex apartó las manos del volante y sacudió los dedos. Estaba temblando de frío, pensó Cole.

—Oye, ¿estás bien? —le preguntó, apretando sus manos.

—Me alegro de estar aquí por fin —respondió ella.

—¿Estás hablando de la carretera?

—Yo estoy acostumbrada a las carreteras urbanas, a esquivar baches, autobuses y peatones, no a sortear caminos resbaladizos en la ladera de una montaña.

—¿Habías conducido alguna vez un todoterreno? —le preguntó Cole.

—Nunca por un camino de tierra —admitió Lex.

Maldita fuera. De haberlo sabido habría tomado el volante cuando le preguntó si quería conducir. Iba a decir que sí, pero no quería ofenderla sugiriendo que no confiaba en su habilidad.

—Lo has hecho muy bien —le dijo—. Bueno, ¿qué opinas? —preguntó, señalando el hotel.

—Tiene muy buen aspecto.

Cole salió del coche y se levantó el cuello de la chaqueta de cuero mientras abría el maletero, frunciendo el ceño cuando una gota de aguanieve golpeó su nariz.

—La temperatura está bajando rápidamente. Venga, tenemos que entrar lo antes posible.

Lex salió del coche e intentó quitarle su bolsa de viaje, pero él se la colgó al hombro y tomó su mano, tirando de ella hacia la escalera que conducía a la enorme puerta principal. Luego tecleó el código en el panel de seguridad y sonrió, aliviado, cuando la puerta se abrió.

Entraron en un pasillo estrecho, totalmente a oscuras, y Cole soltó las bolsas de viaje. Usando la aplicación de la linterna en su móvil encontró el interruptor. Un minuto antes estaban en la oscuridad, al siguiente el pasillo se inundó de luz.

Tenían luz y, lo más importante, estaba con Lex. Por el momento, todo iba bien.

Capítulo 7

DESPUÉS de quitarse las zapatillas embarradas se dispusieron a explorar el hotel. El pasillo terminaba en un salón de doble altura. La habitación era enorme, con una chimenea en cada extremo y sofás y sillas de cuero agrupados por todas partes, algunos frente a los altos ventanales. A la luz del día tendrían unas vistas extraordinarias de las montañas.

Lex siguió a Cole por uno de los pasillos, mirando alrededor mientras iban abriendo puertas. Una oficina, un par de bonitos dormitorios y lo que parecía ser la suite principal.

—Vamos a ver qué hay en el piso de abajo. Imagino que allí estará la cocina —dijo él—. Espero que haya algo de comida.

Bajaron por una amplia y empinada escalera de madera, apreciando el trabajo del arquitecto, que había logrado darle a la casa un toque de sofisticación mientras conservaba el ambiente rústico de un albergue de esquí.

—¿Es una construcción nueva? —le preguntó Lex.

—El sesenta por ciento es nuevo. Por lo que recuerdo del archivo que Addi me entregó antes era una casa de dos pisos. Mi padre conservó algunas paredes, tiró otras y agregó una planta. Pero lo curioso es que este sitio me resulta familiar —respondió Cole.

—Pensé que nunca habías estado aquí.

—No había estado nunca, pero tengo la sensación de que conozco este sitio —Cole sacudió la cabeza—. No me hagas caso. Debe ser el cansancio.

O tal vez lo habían llevado allí de niño y nunca se lo dijeron.

Pero ella sabía que Cole no estaba interesado en hablarle de sus recuerdos o sus sentimientos, de modo que lo siguió sin decir nada.

La cocina estaba abajo, como habían imaginado. Era enorme, con paredes de azulejos y encimeras de mármol. Había una vinoteca y todos los electrodomésticos, incluida una máquina de café expreso, estaban integrados.

Cole buscó el termostato del climatizador y, después de ajustar la temperatura, sonrió al escuchar un leve zumbido, pensando que en diez o quince minutos dejarían de sentirse como osos polares.

—¿Has encontrado algo de comida?

—Sigo buscando —respondió Lex, abriendo una enorme nevera.

Por suerte, estaba llena de verduras, ensaladas preparadas, quesos, embutidos y una gran variedad de aderezos. Pero nada de leche y eso significaba que no habría café para ella.

Lex entró en lo que parecía la despensa y lanzó un grito de alegría al ver los estantes llenos a reventar. En el congelador industrial había filetes, atún y todo tipo de mariscos... y, ¡sí, leche congelada!

Y también había suficientes cajas de chocolate belga como para satisfacer a Cole.

—¡Genial! ¡Hay de todo! —gritó mientras se daba la vuelta.

Lex rebotó contra el duro torso de Cole y el cartón de leche congelada se le cayó de las manos, pero no se molestó en recuperarlo, atrapada por el intenso brillo de sus ojos.

Cole la había sujetado por la cintura y el calor de su mano la quemaba a través de la ropa. No necesitaba una fuente externa de calor, solo necesitaba estar cerca de aquel hombre.

—Tenemos comida —repitió.

—Lo he oído. Creo que lo ha oído todo el valle.

—Lo siento, no sabía que estuvieras detrás de mí.

—Y, sin embargo, yo estoy pendiente de ti todo el tiempo —afirmó Cole, alargando una mano para acariciar su mejilla.

Lex sabía que estaba en una encrucijada. Podía fingir que no tenía importancia o podía darle luz verde. Estaba cansada de ocultar su atracción, de intentar que él no viese cuánto la afectaba. Quería ser ella misma, que Cole supiera quién era durante los pocos días que estuviesen juntos.

Se había prometido a sí misma que sería completamente sincera y deseaba a Cole. Solo tenían unos días y, francamente, ya habían desperdiciado demasiado tiempo.

Aunque también sabía que entre ellos solo había una atracción física. No había posibilidad de una relación. Ella vivía en Ciudad del Cabo y él en Londres. No estaba preparada para decirle adiós a alguien que le importaba de verdad y, definitivamente, tendría que decirle adiós. Y, como estaba criando a sus hermanas, ella no podía seguir a nadie a ningún sitio.

Él era su jefe, ella era su empleada.

Pero nada de eso importaba en aquel hotel aislado de todo.

En ese hotel solo eran Lex y Cole. Y Lex tenía muchas ganas de conocer a Cole de la forma más íntima. Quería acostarse con él y sabía que si no aprovechaba cada segundo lo lamentaría durante el resto de su vida.

—Me atraes tanto —murmuró, poniendo las manos sobre su pecho.

—Lo mismo digo —respondió Cole.

Haciendo acopio de valor, Lex tragó saliva antes de preguntar:

—¿Vas a llevarme a la cama? ¿Vas a hacerme el amor?

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres? —le preguntó él, sosteniendo su barbilla con un dedo.

—Muy segura.

—¿Y entiendes...?

—¿Que no puedes darme más, que acostarnos juntos no afectará a mi trabajo y que solo es una breve aventura? —lo interrumpió Lex—. Sí, sí y sí.

—No quiero que haya malentendidos.

Lex dejó escapar un suspiro de frustración.

—Lo entiendo, Cole. Y, a menos que quieras que firme algún tipo de acuerdo formal, ¿podrías, por favor, llevarme a la cama?

Él esbozó una sonrisa, pero bajo el brillo alegre de sus ojos había un torrente de deseo y anticipación.

—Sería el mayor placer de mi vida, Lex. ¿Lex es el diminutivo de algo, por cierto?

—Yamilex —respondió ella—. Es un nombre árabe.

—Lex me gusta más —murmuró Cole, apartando un rizo de su mejilla.

Ella quería que la besara hasta que se olvidase de todo. Había pasado tanto tiempo desde que se olvidó de todo entre los brazos de un hombre...

Sonriendo, le echó los brazos al cuello.

—¿Estás planeando seducirme en la despensa? Porque estoy segura de que en este lujoso albergue hay una cama o dos.

Cole puso las manos bajo su trasero y la levantó, aplastándola contra su torso. Lex enredó las piernas en su cintura y buscó sus labios, deslizando la lengua en su cálida boca. Cole iba a moverse, pero tropezó con la encimera y ella soltó una carcajada.

—Siempre he sabido que los hombres no pueden hacer dos cosas a la vez.

—En un minuto, y una vez que te coloque en posición horizontal, te demostraré lo equivocada que estás —prometió él mientras la llevaba en brazos al salón.

Había encendido una de las chimeneas y el crepitar de la madera seca la hizo sonreír. Ese sonido y el aullido del viento le recordaban que estaban solos allí.

Lex miró hacia los ventanales entonces y dio un respingo. El aguanieve se había convertido en nieve propiamente dicha y unos copos enormes revoloteaban por el aire, blancos y brillantes a la última luz del día.

—¡Está nevando! —gritó.

—Sí, bueno, eso no es algo inesperado.

—¡Vamos fuera! —sugirió ella, emocionada—. Nunca he visto la nieve de cerca.

—Es fría y húmeda —dijo Cole, metiendo las manos bajo su camiseta—. Yo, por otro lado, estoy caliente y seco.

Lex tenía muchas ganas de hacer el amor con Cole, pero...

—Podría dejar de nevar y yo quiero atrapar un copo de nieve con la lengua —le dijo, en una agonía de indecisión.

—Estás de broma, ¿verdad?

—No.

—Va a nevar toda la noche, Lex —dijo él, con tono desesperado.

—Debes pensar que estoy loca, pero una vez llevé a las niñas a Ceres porque dijeron que iba a nevar todo el día. Conduje durante tres horas, pero solo encontramos unos charcos. Una decepción, mis hermanas lloraron de pena. En África, cuando nieva, hay que salir a ver la nieve inmediatamente. Es una obligación.

Por muy tentada que estuviera, por mucho que deseara que Cole la hiciese suspirar y gritar de placer, quería tocar la nieve. La cama, el sofá, la pared, donde él quisiera tenerla, estarían allí en diez minutos, pero la nieve podría desaparecer.

—Diez minutos, Cole. ¿Por favor?

Cole sacudió la cabeza.

—No puedo creer que estemos teniendo esta conversación.

—En una batalla entre la nieve y el sexo, la nieve va a ganar siempre —dijo Lex.

—Los africanos sois muy raros —Cole suspiró mientras abría una puerta lateral—. Te doy cinco minutos para atrapar tu copo de nieve y luego te quiero desnuda.

Eso sonaba estupendamente bien.

Lex salió al jardín y atrapó un copo de nieve con la lengua, pero tan pronto como lo hizo Cole cubrió su boca con la suya y el copo de nieve se disolvió instantáneamente.

La temperatura de sus cuerpos bajaba de modo alarmante y Cole sabía que deberían entrar, pero la alegría de Lex por lo que para él era un simple evento meteorológico era contagiosa. Mientras viviera recordaría estar allí con ella. Lex atrapando copos de nieve con la lengua era una imagen que permanecería con él hasta que muriese.

La sintió temblar y supo que deberían entrar inmediatamente, pero antes le gustaría hacer una cosa. Era una fantasía absurda y no tenían tanta confianza como para pedirle que se desnudase bajo una nevada. Una pena.

Pero entonces Lex se quitó el jersey y dejó escapar un grito cuando los copos de nieve rozaron su piel desnuda.

—¡Qué frío hace! —gritó, saltando de un pie a otro.

—Pero si eres tú quien se ha quitado la ropa, loca —Cole soltó una carcajada—. ¿Por qué lo has hecho?

—No sé, porque parecía que tú querías que lo hiciese —respondió ella—. Y quiero que hagas todo lo que se te ocurra.

—Me matas —dijo Cole, soltando el broche frontal del sujetador—. Solo quería verte desnuda en la nieve. O semidesnuda. Eres tan preciosa.

Su torso era largo y esbelto, sus pechos más grandes de lo que había imaginado, con rosados pezones. Su piel estaba cubierta de pecas, finas y de color dorado. Cole quería besarlas todas, pero por el momento se conformaría con lamer el copo de nieve que había aterrizado sobre uno de sus pezones. Cuando inclinó la cabeza para rozar su pecho helado con la lengua, Lex enterró los dedos en su pelo y dejó escapar un dulce gemido.

Sabiendo que no podían seguir ahí fuera ni un minuto más, Cole la tomó en brazos para entrar en la casa y cerró la puerta con el pie.

Se dirigió a la chimenea, suspirando de alivio al sentir el golpe de calor mientras dejaba a Lex en el suelo. Ella le dio la espalda, alargando las manos hacia el fuego, totalmente despreocupada por estar a medio vestir. Le gustaba que no fuese tímida, que se sintiera cómoda y confiase en él.

Cole tiró el jersey y el sujetador sobre uno de los sofás y se inclinó para quitarle los calcetines empapados antes de quitarse los suyos. Después, pasó las manos por sus delgados hombros y sus largos brazos antes de enredar sus dedos con los de ella.

La deseaba más de lo que creía posible. Si fuese un hombre imaginativo pensaría que Lex lo había hechizado, que ahora entendía por qué los marineros se estrellaban contra las rocas al escuchar el canto de una sirena.

En ese momento nada podría impedir que la hiciese suya, pero diez minutos bajo la nieve podrían haberla hecho cambiar de opinión.

—¿Sigues queriendo esto, Lex?

En lugar de responder, ella se quitó los vaqueros. Llevaba unas sencillas bragas blancas y, a través de la tela, podía ver la sombra de unos rizos rojos. Su vientre era plano, sus caderas redondeadas y tenía unas piernas estupendas.

Lex sacudió la cabeza y sus rizos rojos cayeron en cascada sobre sus hombros. Si fuese lacio su pelo caería hasta la mitad de la espalda. Pero, por alguna razón, Cole no podía imaginar a Lex con el pelo liso. No encajaba con una personalidad tan vibrante.

Ella era tan salvaje como una tormenta de verano, tan inesperada como una ventisca en África; complicada, misteriosa, diferente.

Estaba deseando explorar cada centímetro de su fabuloso cuerpo, pero era su mente lo que más lo intrigaba. No debería, pero así era.

Lex esperaba que la tomase en sus brazos, que la tumbase sobre uno de los sofás y... bueno, que se pusiera a trabajar.

Pero, en lugar de precipitarse hacia la línea de meta, Cole se limitó a mirar su pelo, sus pechos, más pequeños de lo que a ella le gustaría, y esas piernas que siempre le habían parecido demasiado largas. Estaba mirándola de arriba abajo, desde las bragas a las caderas, inspeccionando el pequeño tatuaje que tenía en la cadera derecha: tres elefantes adultos rodeando a dos elefantes pequeños.

Pero no era momento para explicaciones. Necesitaba tocarlo, sentirse conectada con él y Lex tiró hacia arriba de su camiseta, revelando el amplio torso y el estómago plano. Deslizó los dedos por ese torso tan masculino hasta que Cole tomó su mano para llevársela a los labios. Sus ojos ardían como una hoguera.

—¿Estás segura? —le preguntó en voz baja.

—Estoy segura.

Los dedos de Cole revolotearon sobre sus labios, sus pómulos, su barbilla. Las suaves caricias eran tan inesperadas y sensuales como sus apasionados besos. Lex no había imaginado que un hombre tan inaccesible pudiera ser tan tierno.

—Adoro tus pecas —le dijo, su voz ronca de deseo.

—Bésame, Cole —susurró ella.

Él rozó sus labios una vez, dos veces, antes de apoderarse de su boca en un beso apasionado y lento. Mientras se besaban, Lex deslizaba las manos por su torso, sus costados, los duros abdominales. Metió los dedos bajo la cinturilla de los vaqueros y tiró de ellos, disfrutando al notar que él contenía el aliento.

Se sentía poderosa. Podía hacer lo que quisiera. Podía hacerlo temblar de deseo, pensó. Pasó un dedo por su erección, desde la base hasta la punta, y fue recompensada por un gemido ronco.

—Lex...

Cole apretó sus pechos y enterró la cara en su cuello, besándolo apasionadamente.

—Te necesito ahora —le dijo, tirando de sus bragas. Bajó la cabeza para mirar el triángulo de suaves rizos y ella gimió cuando pasó un dedo por él—. Precioso.

Incapaz de contenerse, Lex abrió las piernas y lo oyó jadear mientras deslizaba una mano entre ellas, rozando el capullo de nervios súper sensibles con la punta del dedo índice.

Estrellas y fuegos artificiales explotaron por todas partes, sensibilizándola de los pies a la cabeza. Se olvidó de respirar cuando introdujo un largo dedo en su interior, seguido de otro, mientras apretaba el capullo con el pulgar. No podía esperar más, la tensión era insoportable. Habían pasado años desde la última vez que estuvo con un hombre, pero no recordaba que el sexo fuese una experiencia tan abrumadora.

—Cole...

Nunca en toda su vida había visto algo tan sexy como a Lex de pie frente a la chimenea, a punto de llegar al orgasmo, con la nieve cayendo al otro lado de los cristales. Le gustaría verla mientras se dejaba ir, ver cómo el placer transformaba su rostro, ver el asombro en sus ojos, su piel sonrojándose bajo las pecas. Pero también quería estar total y completamente conectado con ella esa primera vez, de modo que la tumbó sobre el sofá sin dejar de mirarla a los ojos. Era pura feminidad con ese pelo largo y alborotado, los ojos brillantes de deseo. Cole tuvo que hacer acopio de voluntad para no quitarse los vaqueros de un tirón y hundirse en ella sin esperar un segundo más.

Ella levantó las caderas en una silenciosa súplica para que la hiciese suya, para que le diese lo que tanto anhelaba. Antes de Lex, con esas mujeres cuyos rostros y nombres ella había borrado de su memoria, nunca se había tomado su tiempo para descubrir lo que hacía gritar a una mujer, lo que la hacía suspirar.

Estaba deseando verla desmoronarse, pero antes de nada... Cole sacó un preservativo del bolsillo del pantalón antes de desnudarse del todo. Después, colocó una mano en el respaldo del sofá, la otra encima del almohadón sobre el que reposaba su cabeza, y se inclinó sobre ella mirándola a los ojos. Tomó aire para calmarse, pero en los ojos de Lex vio impaciencia, pasión y una tácita súplica. Abrió las piernas y él rozó su entrada, solo un poco, mientras Lex murmuraba su nombre.

El roce de sus dedos en la espalda y el trasero lo excitó aún más y, sin poder esperar más, Cole entró en ella con una embestida larga y controlada.

Cubrió su boca con la suya y el mundo se desvaneció, todos sus sentidos centrados en el sitio donde sus cuerpos se encontraban. Ella recibía sus embestidas levantando las caderas, jadeando de gozo, pero Cole intentó controlarse porque si no paraba un momento ella quedaría insatisfecha y eso era inaceptable.

Pero el deseo rugía en su interior como una bestia y estaba a punto de perder el control. Era un encuentro salvaje, básico, orgánico, como tenía que ser. No podía esperar. Tenía que moverse, tomarla, saquearla... más fuerte, más rápido. Su respiración se aceleró y su corazón amenazaba con estallar.

La oyó gemir y gritar después. El orgasmo de Lex disparó el suyo y todo se convirtió en una lluvia de meteoritos.

Cuando terminó su recorrido por la galaxia, Cole enterró la cara en su cuello perfumado, tratando de entender esa intensa conexión física. Nunca había sentido nada así. ¿Por qué allí? ¿Por qué ahora? ¿Y por qué ella, cuando era tan inconveniente?

Capítulo 8

ESTE sitio me resulta familiar».

Pensando en lo que había dicho antes, Lex se puso la camiseta de Cole y saltó del sofá.

Seguía nevando. Una capa blanca cubría el suelo y estuvo tentada de salir a jugar.

Tal vez podría convencer a Cole para que hiciesen un muñeco de nieve, pero él la miró y negó con la cabeza.

—Prefiero sacarme los ojos con una cucharilla antes que salir otra vez —le advirtió.

Lex hizo un puchero, pero Cole se mostró inflexible.

—Revisé el informe del tiempo hace un rato y pronostican más nieve para esta noche. Espero que caigan un par de metros, así podré probar las pistas.

—¿Estas pistas no serán un poco suaves para ti?

—¿Por qué lo dices?

—En el coche mencionaste que esquías desde que eras muy joven.

—¿Por qué asumes que soy buen esquiador?

—Porque tienes cuerpo de atleta.

Y porque no podía imaginar a Cole fracasando en nada.

—Si hay suficiente nieve mañana, podría enseñarte a hacer snowboard.

Lex negó con la cabeza.

—Yo tengo la gracia y el equilibrio de un elefante con una infección de oído.

Cole soltó una carcajada.

—No puedes ser tan mala.

Él había puesto una mano sobre su muslo y Lex pensó en lo bronceada que parecía en contraste con su pálida piel. Era una mano grande, de dedos largos que terminaban en uñas cortas y limpias. Le gustaban las manos de los hombres y aprobaba las de Cole.

Aprobaba especialmente dónde y cómo las ponía. Ya habían hecho el amor dos veces y, aunque le encantaría disfrutar de una tercera ronda, necesitaban recuperarse y, sobre todo, necesitaban sustento.

Lex quería levantarse para buscar algo de comida, pero estaba tan cómoda recostada sobre él.

—Tu padre hizo muchas reformas en este sitio, ¿no?

—Así es.

—Entonces no es posible que tenga el mismo aspecto, así que no sé por qué te resulta tan familiar.

Cole miró las vigas en el techo de la habitación.

—No lo sé, pero creo recordar esa pared, la chimenea, los suelos de pizarra.

—¿Venías aquí con tu padre cuando eras niño?

Cole negó con la cabeza.

—Mi padre compró esta propiedad hace unos diez años y nunca fui a ningún sitio con él.

—¿Nunca?

—Nunca —repitió Cole, sin darse cuenta de que apretaba su pierna con más fuerza que antes. No le hacía daño, pero algo había provocado esa reacción—. Mi padre y yo no teníamos ninguna relación. En absoluto, jamás.

—Yo sé lo que se siente teniendo un progenitor que te decepciona o te engaña.

—Oh no, Grenville fue un gran padre. Pero no para mí.

—No entiendo.

Cole dejó escapar un suspiro.

—Tengo un hermano mayor, Sam. Mi padre lo adoraba. Mis padres se divorciaron cuando yo tenía tres o cuatro años y Sam se quedó con mi

padre, yo con mi madre. Nuestras vidas se separaron a partir de ese momento.

—¿Habían dividido a la familia? ¿Un hijo para ti, un hijo para mí? Eso sonaba tan frío, tan calculado. Ella haría cualquier cosa para mantener unidas a sus hermanas, para ser una familia, pero los padres de Cole la habían destrozado separando a sus dos hijos.

—¿Cómo era la relación con tu madre?

Cole se encogió de hombros.

—No sé qué decirte. Me daba de comer, me vestía y todas esas cosas que se supone deben hacer las madres. Pero me envió a un internado a los trece años y desde entonces solo la veía durante las vacaciones.

—¿Dónde está ahora?

—Murió cuando yo tenía veinte años —respondió Cole.

—Ah, lo siento.

Él se encogió de hombros.

—Lamentablemente, yo no la extrañé demasiado. Era una persona distante y fría. Nunca mostraba sus emociones.

Lex hizo una mueca. Hablaba como si lo hubiera criado un robot. Joelle tenía muchos defectos, pero nadie podría decir que le faltaban emociones.

—Entonces, ¿con qué frecuencia veías a tu padre?

—Nunca. Desde el momento que mis padres se separaron no volví a tener ningún contacto con Grenville. Ni llamadas, ni correos ni visitas.

Cole se puso de pie para echar más leña en la chimenea y el corazón de Lex se encogió al ver un brillo desolado en sus ojos.

Joelle había sido una madre indiferente y totalmente irresponsable. Y no sabía nada de su padre salvo su nombre de pila, aunque Joelle no estaba segura al cien por cien de si recordaba al chico adecuado en la fiesta adecuada.

Pero la situación de Cole con su padre era mucho más desgarradora. No verlo nunca debía recordarle constantemente que no era querido. En cambio, su hermano había tenido una relación con su padre que a él le había sido negada.

—¿Con qué frecuencia veía Sam a tu madre? —le preguntó.

Cole se tomó un tiempo para responderle.

—Una vez al mes, si no recuerdo mal. Y a veces pasaba las vacaciones con nosotros.

—Qué raro, ¿no? ¿Sabes por qué no veías a tu padre?

—No, no lo sé.

—¿Qué clase de monstruo se olvida por completo de su hijo?

—No tengo ni idea. Le pregunté a mi madre muchas veces, pero ella siempre cambiaba de tema —Cole levantó las manos y las entrelazó detrás de su cabeza—. Y no saberlo es lo peor.

—Porque es mucho mejor ser herido por una verdad que consolado por una mentira —murmuró Lex.

—Exactamente.

—Enfrentarme con la verdad es importante para mí. Prefiero ver las cosas como son y no como me gustaría que fuesen.

Lex hizo un gesto con la mano, pensando que había empezado a hablar de sí misma cuando estaban hablando de él y de su infancia.

—¿Crees que podrías ser el resultado de una aventura de tu madre?

—Sería una explicación, pero me temo que soy una copia de mi padre —respondió Cole, enterrando los dedos en su pelo—. ¿Por qué estamos hablando de esto? Seguramente hay cosas más interesantes que hacer, ¿no?

Lex sabía que no iba a contarle nada más y no le importaba. Las conversaciones intensas eran peligrosas. Una cosa era explorar su cuerpo, descubrir qué lo hacía gemir y jadear, pero descubrir qué lo motivaba, qué circunstancias habían conformado a la persona que era, eso era peligroso.

No podía permitirse el lujo de apegarse emocionalmente a él. Aquella era una breve aventura que terminaría cuando regresaran a Ciudad del Cabo.

—Hay un congelador en la despensa con mucha comida. Podrías sacar algo y calentarlo en el microondas —Lex enarcó una ceja—. Sabes lo que es un microondas, ¿verdad?

—Muy graciosa —dijo él, intentando disimular una sonrisa—. ¿A qué temperatura y por cuánto tiempo?

Lex puso los ojos en blanco.

—Millonarios, inútiles para todo salvo para ganar dinero —bromeó.

Cole le dio una palmadita en el trasero y ella esbozó una sonrisa.

—A mí se me dan bien dos cosas, ganar dinero y hacerte gritar de placer.

Y Lex no podía discutirlo porque era verdad.

A la mañana siguiente, Lex despertó en la cama vacía y buscó a Cole con la mirada, antes de recordar que había murmurado algo sobre... no sabía qué. Se había vuelto a dormir inmediatamente, pero el lado de Cole todavía estaba caliente, de modo que debía haberse levantado solo unos minutos antes.

De verdad esperaba que estuviese haciendo café.

Lex se estiró perezosamente. Habían hecho el amor tres veces durante la noche, pero habían pasado aún más tiempo besándose, tocándose y permitiéndose algunas caricias intensas mientras se duchaban, antes de irse a dormir. Se sentía llena de energía, feliz.

Debería disfrutar de cada momento porque aquello no iba a repetirse. En un par de días volvería a su previsible vida, consumida por la necesidad de dar a sus hermanas la estabilidad que ella nunca había tenido.

Allí, en las montañas, con la nieve cayendo y el viento aullando, solo se trataba de su placer, de sus deseos y sus necesidades. Y, a juzgar por cómo le había hecho el amor la noche anterior, Cole estaba decidido a darle todo lo que necesitaba...

Sexualmente al menos.

Él no podría darle todo lo que anhelaba, todo lo que soñaba. No sería capaz de hacerle un sitio en su vida, a ella y a sus hermanas, de poner sus necesidades por delante de todo lo demás. Eso era pedir demasiado. Y si Cole estuviese dispuesto, dudaba que pudiese confiar en que hiciera lo que prometía.

Tenía problemas de confianza, problemas de decepción y problemas de abandono. Francamente, no era una persona fácil.

Irritada por tan tontos pensamientos, se levantó de la cama y tomó la camiseta que Cole había dejado sobre el sillón. Después de ponérsela enterró la nariz en el elástico del cuello, respirando su olor. Tenía que averiguar qué colonia usaba porque era súper sexy.

—¿Tienes una relación con mi camiseta?

Lex abrió los ojos y vio a Cole en la puerta, con dos tazas de café en las manos. Llevaba un pantalón deportivo y una camiseta de color crema que resaltaba sus poderosos bíceps.

—Me gusta cómo hueles —admitió, poniéndose colorada.

—Me alegra saberlo —dijo él, ofreciéndole una taza que Lex aceptó con gratitud.

Lex dio un respingo cuando Cole la besó en la frente. No estaba acostumbrada a esas muestras de afecto y le sorprendía admitir cuánto le gustaban.

Sintiéndose un poco avergonzada, se acercó a la ventana y miró el valle, cubierto por una gruesa capa de nieve. Parecía una tarjeta navideña, la nieve como una alfombra blanca brillante.

—Qué bonito paisaje.

—La vista es mejor desde el saloncito.

Cole señaló una puerta a su derecha y Lex asomó la cabeza en una habitación que no había visto por la noche. Con paredes de cristal haciendo esquina, desde allí tenían una preciosa vista de todo el valle. Lex podía verse a sí misma recostada en la chaise longue blanca, con una manta sobre las rodillas, viendo caer la nieve. O durmiendo con un cachorrito entre sus piernas, o desnuda, con la mano sobre el vientre, embarazada...

Un extraño anhelo se apoderó de ella. El anhelo de algo que no podía tener, que no tendría en mucho tiempo si lo tenía alguna vez: paz, tranquilidad, estabilidad. Tiempo libre, una vida propia, un hijo...

¿Qué le pasaba?, se preguntó. ¿Por qué estaba pensando en eso?

Cole entró en la habitación y se sentó al borde de la chaise longue.

—Este es un sitio precioso —murmuró.

—A mis hermanas les encantaría —dijo Lex.

Se había dicho a sí misma que no pensaría en ellas, pero eran una gran parte de su vida y no podía evitarlo. Eran parte de ella y siempre lo serían.

—Cuéntame cómo empezaste a cuidar de ellas, Lex. De hecho, retrocede aún más...

—Es una larga historia —murmuró ella.

Le gustaría abrirle su corazón, pero temía contarle más de lo que debería, más de lo que le había contado a nadie.

—Yo necesito un café y no voy a ir a ningún lado hasta que esté listo.

Lex miró por la ventana, preguntándose por dónde empezar.

—Mi madre es una persona muy apasionada que ha tenido innumerables romances. Desde niñas íbamos de casa en casa, dependiendo de qué novio estuviese dispuesto a alojarla... a ella, a su ángel rubio y a la mocosa pelirroja. La vida con Joelle era muy inestable.

Cole levantó una mano.

—Espera un momento. ¿Qué quieres decir con eso de «mocosa pelirroja»? ¿A tu madre no le gustaba tu aspecto?

—Decir que no le gustaba mi aspecto es quedarse corto —respondió Lex, sintiendo que se abrían las viejas heridas.

Después de tanto tiempo, y a pesar de cuánto se había esforzado para aceptar la crueldad de Joelle, seguía sintiéndose pequeña y vulnerable.

—Cuando tenía cinco años, mi madre me dijo que parecía como si alguien me hubiese tirado un puñado de tierra en la cara. A los seis, empecé a sospechar que era fea. A los siete, gracias a los comentarios de Joelle, estaba convencida.

—Tú eres cualquier cosa menos fea —dijo Cole con un tono teñido de ira.

—Ahora lo sé, pero cuando eres una niña pequeña con el pelo rojo y una cara llena de pecas, cuando te ves tan diferente, es fácil creer lo que te dicen. Especialmente cuando tu madre repite constantemente lo guapa que es tu hermana. No tenía amigos en el colegio y quería ser cualquiera menos yo. Entonces, durante unas vacaciones de verano, Joelle decidió que era hora de teñirme el pelo. No teníamos dinero, así que compró un tinte barato y me lo tiñó de un color naranja neón. Tom, el padre de Storm, me mandó dinero para que fuese a la peluquería, pero tenía que decidir entre teñirme el pelo de rubio platino o rapármelo. Opté por el rubio y seguí siendo rubia durante una década más o menos. Y usaba maquillaje para cubrir mis pecas. Mis esfuerzos dieron resultado porque, por fin, mi madre empezó a decir que era guapa.

Cole emitió una especie de gruñido mientras enganchaba uno de sus rizos con un dedo.

—Obviamente, esa fase terminó. ¿Qué pasó?

—En realidad, eso está relacionado con tu pregunta sobre cómo Nixi y Snow llegaron a vivir con nosotras.

—Te escucho —le aseguró Cole.

Se miraban a los ojos y el calor de la mano masculina en su muslo era una conexión que necesitaba desesperadamente.

—Cuando yo tenía dieciséis años y Addi diecisiete, Joelle nos dejó con una tía abuela y se olvidó de ir a buscarnos, lo cual fue una bendición. Addi y yo adorábamos a la tía Kate y nos encantaba vivir con ella. Cuando cumplí veintiún años, mi tía murió de un infarto, pero nos dejó su casa a Addi y a mí.

—Y eso te dio la estabilidad que anhelas —murmuró Cole.

—Así es. Alquilábamos habitaciones a otros estudiantes y el alquiler pagaba nuestros gastos de manutención. La tía Kate nos dejó también el dinero de su seguro de vida, pero no era mucho y solo una de las dos podía ir a la universidad. Addi es mucho más lista que yo, así que decidimos que ella iría a la universidad y yo trabajaría y estudiaría a tiempo parcial. Luego, cuando consiguiera un trabajo bien pagado, terminaría mis estudios. Ese era el plan...

—¿Pero?

—Pero Joelle volvió a Ciudad del Cabo con dos hijas más y, de repente, éramos responsables de dos niñas pequeñas que estaban confusas y perdidas. Por suerte, Addi había terminado la carrera y tu padre le ofreció un puesto de trabajo. Con eso teníamos dinero para mantenernos, pero no lo suficiente como para pagar una guardería. Yo quería ir a la universidad, pero alguien tenía que cuidar de las niñas, cocinar y limpiar, ya sabes.

—¿Cuántos años tenías entonces? —preguntó Cole.

—Veintitrés.

—Demasiado joven para asumir tanta responsabilidad.

¿Pero qué otra cosa podría haber hecho? ¿Enviar a las niñas a una casa de acogida, devolvérselas a Joelle? No, cuidar de ellas había sido la única opción.

—Termina la historia, Lex.

—Eso es todo.

—No me has contado cómo pasaste de ser una rubia platino a aceptar tu pelo rojo y tu cara pecosa.

—Ah, eso. Como has visto, Nixi es morena y de pelo oscuro. Creo que su padre podría ser de la India o algo así. Yo soy más de nieve. Sabes que el pelo rojo es un gen mutante, ¿verdad?

—No eres una mutante —afirmó Cole, riendo—. Yo creo que tu pelo es precioso y tus pecas también.

—Muchas gracias, pero para tener el pelo rojo y pecas, y si ninguno de los padres es pelirrojo, ambos progenitores deben ser portadores del gen y transmitirlo. Joelle es en parte responsable de mi odiado pelo rojo, algo que le recuerdo en alguna ocasión.

—¿Entonces hablas con ella?

—Muy poco —respondió Lex—. Solo para recordarle de vez en cuando que tiene dos hijas pequeñas con las que no mantiene ningún contacto. Addi suele hablar con ella, a mí no me apetece.

—¿Por qué?

—Hace un año y medio pillé a Snow poniéndose maquillaje por todas partes. Me dijo que odiaba su pelo y que quería taparse las pecas, como yo. Se me rompió el corazón porque es una niña tan guapa...

—Igual que tú —murmuró Cole.

—Joelle le había dicho, igual que me decía a mí, que no era guapa, que su pelo era feo. Me enfurecí tanto, Cole. Le dije que era guapísima, única, encantadora y maravillosa... pero la pobrecita me preguntó por qué debería creerme cuando yo tapaba mis pecas y me teñía el pelo.

Cole apretó su mano.

—Cariño...

—Supe entonces que no podía dejar que Joelle destruyese la confianza de Snow como había destruido la mía. Así que me lavé la cara, compré el tinte más parecido a mi color natural y me lo teñí. Y le prometí a Snow, y a mí misma, que nunca más intentaría disfrazarme.

—Eres increíble, Lex —dijo Cole, con un brillo de sinceridad en los ojos que la emocionó—. ¿Y Snow se siente más segura ahora?

—Ahora es una diva —respondió Lex, riendo—. Nadie se mete con ella en el colegio y estoy muy agradecida por eso. Claro que Nixi ayuda mucho.

—¿Nixi es popular en el colegio?

—Tiene mucho carácter. Se convertirá en líder mundial o liderará su propia pandilla de malhechores.

Cole soltó una carcajada.

—Parecen unas niñas muy interesantes.

—Interesantes, frustrantes, tercas, dulces...

—Igual que su hermana mayor —dijo él, apretando su rodilla—. Me alegra mucho que ya no seas rubia. No serías tú sin tu pelo rojo y sin ese millón de pecas. Tienes un cuerpo fabuloso y siento...

Sin terminar la frase, Cole inclinó la cabeza para besar su hombro.

¿Qué sentía? No iba a decir algo raro, ¿verdad? Solo se habían acostado juntos y, supuestamente, aquella sería una breve aventura, nada serio.

¿Pero y si lo hiciera? ¿Cómo respondería ella? ¿Qué podría decir?

—Siento gran admiración por alguien que sabe manejar un microondas. Por casualidad no sabrás manejar una sartén, ¿verdad? He visto beicon en el congelador y mezcla para tortitas en la despensa.

El desayuno.

Estaba hablando de comida.

«Te habías adelantando un poco, ¿no?».

«Mira que eres tonta».

Capítulo 9

AL día siguiente, Cole estaba frente a los ventanales del salón, con una taza de café en la mano, mirando el paisaje blanco. Hacía mucho frío y las nubes colgaban bajas en el cielo, amenazando con arrojar otra tanda de nieve sobre la que había caído la noche anterior.

Cole no estaba familiarizado con el invierno en el Cabo Oriental, pero esa cantidad de nieve le parecía excesiva.

Lex estaba en la cocina, cantando, y tardó un momento en reconocer la canción porque Lex era incapaz de entonar una melodía.

Cole se sentó en un sillón de piel y apoyó el tobillo en la rodilla opuesta, pensativo.

¿Qué lo había poseído para contarle sus secretos? Le había contado más sobre su situación familiar que a cualquier otra persona y se sentía un poco angustiado. Lex solo era una breve aventura, no era una novia. Apenas podía calificarla como amiga.

Entonces, ¿por qué le había hablado de su padre?

Lex solo era una relación temporal, una atracción pasajera.

¿Y por qué pasaba tanto tiempo intentando convencerse de que no significaba nada para él? ¿Hacía eso porque, en el fondo, quería que ella fuese parte de su vida en el futuro?

No podía mantener una relación con Lex, era imposible. Había tenido algunas relaciones, pero ninguna había funcionado. Sencillamente, no era lo suyo y en un par de meses sentía como si tuviera una soga alrededor del cuello.

Algunas de sus amantes le habían ofrecido todo lo que tenían: amor, aceptación, fidelidad, adoración, pero nunca le había parecido suficiente.

Cole sabía con total certeza que el problema era él, no ellas. No podía aceptar el amor de una mujer porque no lo había recibido de niño y, por lo tanto, sus relaciones siempre eran superficiales y cortas.

Salía corriendo ante la primera demanda de compromiso o el más mínimo indicio de intimidad emocional. Y había muchas posibilidades de que hiciera lo mismo si intentaba mantener una relación con Lex.

Sabía que, por mucho que le ofrecieran, nunca sería suficiente. Nadie sería capaz de llenar el vacío que la negligencia y el desprecio de su padre habían dejado en su vida. Además, siempre había evitado a las madres solteras porque no podía verse a sí mismo como padrastro. No se le había dado la oportunidad de ser el hijo de Grenville Thorpe y no tenía un punto de referencia sobre cómo ser padre. Y, aunque pudiese alargar su aventura con Lex, tendría que compartirla con sus hermanas. No, no era una situación ideal.

Cole suspiró. Un par de días, eso era todo lo que tenían.

Lex entró entonces en el salón con el móvil en la mano.

—Me he quedado sin señal —le informó—. Y acaba de irse la luz.

—Debe haber un generador —dijo Cole—. Mi padre no se habría gastado millones en este sitio sin tener un plan de emergencia.

Apenas había terminado de decirlo cuando les llegó el estruendo del generador y las luces del salón se encendieron.

Lex se sentó en el brazo del sillón y, pensando que estaba demasiado lejos, Cole la sentó en su regazo. Feliz de tenerla cerca, pasó una mano por su brillante pelo rojo.

—Este sitio es tan bonito. Parece como si alguien hubiera espolvoreado azúcar glas por todas partes. A las niñas les encantaría —Lex esbozó una sonrisa triste—. Me siento un poco culpable de estar aquí sin ellas.

Cole miró su reloj.

—Son las nueve. Si nos damos prisa, probablemente podríamos tenerlas aquí a media tarde.

Lex lo miró con el ceño fruncido.

—¿De qué estás hablando?

—Un avión privado o un helicóptero. Sería muy fácil.

¿De dónde salía eso? ¿No acababa de admitir que no estaba preparado para mantener una relación sentimental? Sin embargo, había visto el anhelo en los ojos de Lex e instintivamente había querido hacerla feliz.

—Si quieren ver nieve, yo puedo hacer que tengan nieve.

—¡Pero eso costaría una fortuna!

Cole se encogió de hombros.

—Eso no importa.

—Es una oferta muy generosa y te la agradezco muchísimo, pero no voy a dejar que te gastes una fortuna para traer a mis hermanas —dijo Lex, levantándose.

Cole se inclinó hacia adelante y engancho un dedo en la cinturilla de los vaqueros, tirando de ella para sentarla en su regazo.

¿Por qué parecía tan triste, tan culpable? No se había separado de sus hermanas en cinco años.

—No pasa nada, Lex.

—Esta es la primera vez que tengo tiempo para mí desde que llegaron a mi vida, hace cinco años. Estas son mis pequeñas vacaciones, unos días para relajarme y pasarlo bien. No quiero que alguien me interrumpa pidiéndome leche o zumo o preguntándome cómo se hace la nieve —empezó a decir Lex—. No quiero tener que supervisar las comidas y los baños o leer seis cuentos antes de que se vayan a dormir. Solo quiero estar aquí, aislada y tranquila. Durante unos días, quiero estar solo contigo.

Cole no iba a poner una sola objeción, pero podía ver un brillo de tristeza en sus ojos.

—¿Qué pasa, Lex?

—Que me siento culpable por rechazar una oportunidad tan increíble. Las niñas han tenido tan poco, Cole. Addi y yo no hemos podido darles mucho.

Él pasó una mano por su espalda.

—Solo un hogar estable, comida, la oportunidad de ir al mismo colegio todos los días y dormir en la misma cama todas las noches —murmuró, inclinándose para besar su frente—. Y no olvides el cariño y el afecto. Les habéis dado mucho. Son unas niñas muy afortunadas.

Él había crecido rodeado de juguetes, había recibido la mejor educación y siempre había usado ropa de diseño, pero habría cambiado todo eso por un beso de buenas noches, por alguien que le leyese un cuento, que lo bañase, que lo regañase. Lex no sabía lo valioso que era lo que había hecho por sus hermanas.

Lex apoyó la cabeza sobre su pecho, suspirando.

—Me siento tan culpable —susurró.

—¿Por qué, cariño?

—Por estar resentida. Y por estar celosa de Addi.

—¿Quieres explicar eso?

—No.

Una respuesta honesta, directa y nada inesperada.

—Venga, Lex —la animó Cole, en parte porque sentía curiosidad, pero también porque intuía que Lex necesitaba hablar con alguien.

—Cuando éramos más jóvenes la adoraba, era mi mejor amiga, pero siempre he estado un poco celosa porque ella es rubia y guapa y yo no. Además, es muy inteligente y encantadora sin tener que esforzarse.

Sí, tal vez, pero su hermana no había generado una chispa de deseo en él mientras que Lex provocaba un incendio en su interior.

—Cuando éramos niñas sentía que siempre iba un paso o dos detrás de ella, tratando constantemente de alcanzarla. Pensé que eso cambiaría cuando fuésemos adultas, pero no fue así. Addi siempre es la primera en todo.

—Dame un ejemplo —dijo Cole.

—Addi terminó la carrera y empezó a trabajar inmediatamente mientras yo tenía que quedarme con las niñas. Y últimamente no he tenido un momento para mí porque Addi ha estado dando vueltas por África con Jude Fisher. En fin, siento que soy yo quien ha hecho la mayoría de los sacrificios, quien siempre se lleva la peor parte.

—Es comprensible.

—Dejé mis estudios y mi vida amorosa para cuidar de las niñas y a veces me siento como Cenicienta. Pienso que mis hermanas lo han tenido más fácil que yo, que soy yo de quien siempre se espera que haga sacrificios —Lex suspiró de nuevo—. Y odio sentirme así, odio sentirme enfadada, resentida y celosa. Las quiero mucho, Cole.

—Por supuesto que sí, pero puedes quererlas y sentirte frustrada a la vez.

—Pero no quiero quejarme, yo odio a los llorones. Uno tiene que jugar las cartas que le han tocado y seguir adelante, pero de vez en cuando me gustaría... no sé, recibir algo, ser lo primero para alguien.

Cole miró su hermoso perfil y su corazón se aceleró un poco. Lex había hecho tanto por tanta gente y, sin embargo, se castigaba a sí misma por tener unos sentimientos totalmente normales. Era una de las personas más fuertes que había conocido nunca.

Él podía hacer malabarismos con los números, tomar decisiones de miles de millones de dólares sin pestañear y volar por una empinada pista de esquí, pero si dos hermanos apareciesen en su vida de repente no sabría qué hacer con ellos ni cómo criarlos.

Lex tendría su respeto para siempre por hacer algo tan difícil. Y sí, de vez en cuando podía sentirse resentida y celosa. En realidad, le sorprendía que no experimentase esas emociones con más frecuencia.

—Aunque me encanta estar aquí contigo, los dos solos, siento la tentación de aceptar la oferta de traer a las niñas en helicóptero para que puedan jugar en la nieve. Para ellas sería un sueño hecho realidad y lo recordarían durante el resto de sus vidas.

Cole hizo una mueca.

—Puede que me haya dejado llevar, cariño. No creo que los helicópteros puedan volar en medio de una tormenta.

No era mentira. Los informes decían que se esperaba más nieve.

—Solo dices eso para que me sienta mejor —murmuró Lex.

Por supuesto que sí. Haría cualquier cosa, diría cualquier cosa, pagaría cualquier precio para borrar esa tristeza de sus ojos.

—No.

—Mentiroso —dijo Lex, riendo—. Pero gracias.

Se quedaron en silencio, mirando por los ventanales, disfrutando de las laderas cubiertas de nieve, de la quietud de la mañana. Aquel salón era un sitio estupendo para observar a los esquiadores mientras disfrutabas de un chocolate caliente con whisky.

Cole hizo un gesto hacia las pistas de esquí.

—Creo que voy a esquiar un rato. Hay una tienda de alquiler de equipamiento, allí encontraré todo lo que necesito.

—Tendrás que descubrir cómo hacer funcionar el telesilla o, de lo contrario, será una caminata larga y húmeda —le recordó Lex.

—Lo resolveré —dijo Cole—. Y cuando lo haya hecho tal vez pueda enseñarte a esquiar.

Lex le envió una mirada cargada de deseo.

—Se me ocurre algo que preferiría hacer contigo mucho más que snowboard.

—Eso suena increíblemente tentador.

Cole inclinó la cabeza para besarla, pero se apartó en el último segundo. Habían tenido dos conversaciones muy intensas, una por la noche, otra un minuto antes, y necesitaba poner un poco de distancia, un poco de espacio. Aquello se estaba volviendo demasiado profundo, demasiado rápido, y eso lo incomodaba.

—Si te beso como es debido sentiré la tentación de llevarte a la habitación en lugar de ir a las pistas.

Lex se incorporó y Cole se dio cuenta de que había levantado un escudo.

—Siento haberte contado mis penas. Sé que eso no es parte de una aventura sin ataduras.

Cole frunció el ceño, desconcertado por esa declaración. Él también le había contado cosas de su vida y no sentía la necesidad de disculparse. ¿Por qué lo hacía ella?

—Podemos ser amigos además de amantes, Lex.

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que sí.

Pero no parecía convencida y Cole sintió la necesidad de tranquilizarla.

—No tenemos que seguir un libro de instrucciones.

—Sería mucho más fácil si lo hubiera —dijo Lex en voz baja—. En fin, voy a dormir una siesta mientras tú te deslizas por la nieve.

Lex sonrió, recuperando el buen humor al ver un brillo de deseo en sus ojos.

Él la deseaba, ella lo deseaba. Nada más y nada menos.

Esa era la única regla que debían seguir.

¿Quién necesitaba un libro de instrucciones?

Cole se detuvo al llegar a la cima y se llevó las manos a los muslos, aspirando profundas bocanadas de aire helado. Sus muslos ardían después de la caminata cargando con la tabla, pero deslizarse por una pista de nieve siempre merecía la pena.

La pista de Charlie se llamaba según el mapa que había encontrado en la tienda y se preguntó quién sería Charlie y por qué ese nombre aparecía por todo el complejo. El pub, con una terraza con vistas a las pistas de esquí, se llamaba Charlie's, una de las pistas llevaba ese nombre y la empresa subsidiaria de Industrias Thorpe propietaria de la estación de esquí se llamaba Charlie en la montaña. Un nombre estúpido para una empresa, pero debía haber tenido algún significado para Grenville.

¿Era Charlie el nombre de una amante, un viejo amigo, un perro al que su padre había querido mucho? Como no sabía nada de la vida de Grenville, Cole no tenía ni idea.

Pero podría preguntar.

Cole sacó el móvil del bolsillo del anorak y envió un mensaje al abogado de Sam.

¿Quién es Charlie? ¿Por qué todo en la estación de esquí de Rhodes lleva su nombre? ¿Puedes preguntarle a Sam y enviarme un mensaje?

Había reglas sobre el contacto que Sam podía tener con el mundo exterior y Cole sabía que podría no obtener respuesta. Y, aunque respondiese, podría ser dentro de semanas o meses. O nunca.

Cole dejó la tabla sobre la nieve y miró alrededor. Le encantaba hacer ejercicio, sentir que le ardían los músculos y que el sudor rodaba por su espalda.

El sexo era genial, pero no era un gran ejercicio.

Bueno, el sexo con Lex era mejor que genial, tuvo que admitir.

¿Tenía tiempo para hacer otra bajada? se preguntó, mirando el banco de nubes negras. Decían que iba a ser la tormenta de nieve más grande de los últimos cincuenta años y esas nubes oscuras no eran buena señal. Pronto volvería a nevar y, además, estaba deseando volver con Lex.

A pesar de haber dormido solo unas pocas horas, lo había hecho profundamente. En general prefería dormir solo, pero le encantaba tener a Lex en su cama, rodear su cintura con un brazo y apretarla contra su cuerpo. Le parecía algo totalmente natural despertar con el trasero de Lex entre sus piernas, una mano sobre sus pechos.

Era tan seductora fuera de la cama como en la cama. Le había sorprendido que le abriese su corazón, pero después de hacerlo parecía lamentar haber sido tan sincera sobre sus sentimientos.

¿Por qué? Habían sido unos años difíciles para ella y era natural que de vez en cuando se sintiera amargada y resentida, estaba más que justificado. Él había tenido todas las oportunidades. Había trabajado mucho para levantar su empresa, pero había podido concentrarse por completo en los estudios. Mientras él siempre había tenido dinero, Lex tenía que hacer malabarismos entre sus estudios y su trabajo a tiempo parcial para llegar a fin de mes.

Y, a pesar de todos los sacrificios que hacía, se sentía culpable por tomarse unos días libres. Lex no sabía lo fuerte y lo generosa que era.

Cole deslizó las botas en la tabla y ajustó las fijaciones. En lugar de ver la pendiente cubierta de nieve, veía el hermoso rostro de Lex, su pelo brillante extendido sobre la almohada blanca, su cuerpo delgado y sexy. Estaba deseando volver con ella para tumbarla sobre la alfombra frente a la chimenea. O simplemente para compartir una taza de café o una copa de vino, encantado de escuchar historias de su ajetreada infancia.

Cole suspiró, molesto consigo mismo. Estaban teniendo una aventura, nada más. Una aventura que solo iba a durar unos pocos días. O tal vez, si pudiese convencerla, una aventura que podría durar mientras estuviese en Sudáfrica. Entre ellos no había más que sexo...

Pero, maldita fuera, en el fondo deseaba que pudiese haber algo más.

Cole se lanzó sobre la pista y comenzó a ganar velocidad. Estaba a gran altitud, pensó entonces, y su cerebro no recibía suficiente oxígeno. Cuando volviese a Ciudad del Cabo las cosas volverían a la normalidad.

O eso esperaba.

Porque si no era así, estaba metido en un buen lío.

Capítulo 10

HA caído una cantidad extraordinaria de nieve y están pronosticando más para esta noche —dijo Cole mientras le servía una copa de vino tinto.

Estaban en la cocina y Cole la observaba mientras preparaba un sencillo plato de pasta con ajo, alcaparras y anchoas.

—He buscado la página web del ayuntamiento de Rhodes. Al parecer el pueblo está aislado por la nieve y nadie podrá entrar o salir durante los próximos días. Ya han recibido informes de casas y negocios dañados por la tormenta y como siga nevando...

Lex se mordió los labios. ¿Sería capaz el hotel de hacer frente a una fuerte tormenta de nieve?

Cole le dio una tranquilizadora palmadita en el trasero.

—Es posible que no podamos irnos cuando queríamos hacerlo, pero aquí estamos a salvo.

Lex se llevó la copa de vino a los labios, pensando que se le daba bien tranquilizarla. Se las había arreglado para convencerla de que mostrar resentimiento por todos los sacrificios que había hecho por sus hermanas era algo normal.

Era agradable desahogarse, sentirse conectada emocionalmente con otra persona, pero no debía volver a pasar. No podía abrirse o compartir su mundo interior con un hombre que no iba a quedarse a su lado.

Incluso si Cole viviese en Ciudad del Cabo saldría corriendo cuando tuviera que enfrentarse a la realidad de su vida cotidiana. Sus hermanas eran lo primero para ella y serían una gran parte de su vida durante los próximos diez o quince años. Cole, o cualquier otro hombre, tendría que aceptar el paquete completo: Lex y sus cuatro hermanas, dos de las cuales vivirían con ella hasta que se hicieran mayores.

Cole ni siquiera estaba interesado en una relación y menos con alguien como ella. Y, siendo ese el caso, era absurdo hacerse ilusiones porque decirle adiós sería aún más difícil.

No podía ver a otra persona a la que amaba alejarse de ella, otra vez no. Ya le habían roto el corazón demasiadas veces.

—Tenemos leña, comida y combustible para el generador —la tranquilizó Cole, llevándola de vuelta al presente.

—No estoy preocupada.

Bueno, no estaba preocupada por la tormenta de nieve sino por sentir más de lo que debería.

—¿Qué más han dicho los medios locales? —le preguntó.

Cole frunció el ceño.

—Hay gente desaparecida, al parecer.

—¿Gente desaparecida?

—No pueden ponerse en contacto con dos pastores de la zona. Creen que se han quedado sin batería.

—¿Han enviado un equipo de rescate?

—Es un pueblo pequeño y no tienen recursos, pero he hablado con la persona que coordina el equipo de rescates y le he ofrecido un helicóptero para buscarlos.

Por supuesto que sí. Ya se tratase de una situación de vida o muerte o de dar a sus hermanas el gusto de jugar en la nieve, Cole se apresuraba a ofrecer su ayuda y Lex lo admiraba por ello. ¿De qué servía tener tanto dinero si no lo usabas para ayudar a los demás?

—¿Y qué han dicho?

—Agradecieron la oferta, pero se acerca otra tormenta de nieve y no quieren que nadie se arriesgue a volar con este tiempo.

El clima no estaba ayudando y eso permitió a Lex liberarse de los últimos vestigios de culpabilidad por negar a sus hermanas un regalo tan impresionante.

—El coordinador esperaba que los pastores llegasen a uno de los refugios que hay a mayor altura. Allí hay suministros suficientes —le explicó Cole.

—¿Y las ovejas? —preguntó Lex.

No podía soportar la idea de que los animales muriesen congelados.

—Pregunté por ellas también y, al parecer, los refugios tienen corrales cerrados para el rebaño. Son hombres curtidos que conocen estas montañas y lo imprevisible que puede ser el tiempo, así que el coordinador era cautelosamente optimista.

Lex asintió, aliviada.

—¿Cuántos años tiene este hotel? —le preguntó, cambiando de tema mientras removía la salsa.

—La estructura original tiene más de ochenta años —respondió Cole, apoyando los brazos en la encimera—. Tal vez Charlie era el primer propietario.

Le contó luego que el pub, la pista y la empresa subsidiaria llevaban el nombre de Charlie y que había estado preguntándose quién sería.

—Podría ser cualquiera —dijo Lex, arrugando la nariz.

—Lo sé, pero el nombre está en todas partes. Es un poco raro.

Cole le contó también que había enviado un mensaje al abogado de su hermano, pero que no esperaba una respuesta.

—Sam y yo tenemos una relación complicada. De niño me debatía entre adorarlo, porque era mayor que yo y mucho más listo, y estar increíblemente celoso y resentido porque él tenía una relación con Grenville y yo no. No hemos tenido ningún contacto en los últimos quince años.

Lex hizo una mueca. Ella sabía lo importante que era la familia y no podía imaginar su vida sin sus hermanas. Eran un equipo sólido y se apoyaban mutuamente.

—¿Por qué no has tenido contacto? —Cole no respondió y Lex le dio una patadita con el pie—. ¿Qué pasó con tu hermano?

Cole empezó a jugar con el corcho de la botella.

—Nunca tuvimos una relación muy estrecha, pero nos mantuvimos en contacto hasta que se fue a la universidad. Entonces, un día, dejó de responder a mis llamadas sin dar ninguna explicación. Fui a su casa y me senté en los escalones de la entrada hasta que apareció.

Lex apoyó los codos en la encimera, fascinada.

—¿Y qué te dijo?

—Me dijo que una relación entre nosotros era imposible.

—¿Por qué?

—Porque mi padre se lo ordenó y la palabra de Grenville era la ley. Si Sam quería heredar su fortuna, ser el próximo Thorpe que dirigiese el negocio familiar, entonces tendría que apartarme de su vida.

—¿Pero por qué? Eso no tiene sentido.

—Tenía sentido para Grenville. Cuando murió ni siquiera me mencionaba en su testamento. Se lo dejó todo a Sam.

Cole le explicó que Sam había renunciado a todas sus posesiones para convertirse en monje budista y que le había transferido a él todos sus bienes.

—Yo estaba a punto de comprar la totalidad de Industrias Thorpe a través de una adquisición hostil. Cuando tuviera su atención, cuando mi padre y él tuvieran que tratar conmigo, iba a tener el enfrentamiento que tanto había esperado. Lo único que había querido siempre era que me reconociesen —Cole miró por la ventana, pensativo—. Pero mi padre murió de repente y Sam me transfirió todas sus posesiones cuando a mí me habría gustado... en fin, solo quería saber lo que había hecho para que me odiasen tanto.

Había dolor en su voz, y también confusión, frustración e impotencia. ¿Cómo iba a entender una situación que nunca le había sido explicada, provocada por un hombre que ahora estaba muerto?

Cole se encogió de hombros y volvió a llenar las copas. Sus ojos se habían vuelto tan fríos como ágatas. Se había escondido detrás de un escudo impenetrable.

—Hoy he recibido un correo muy interesante. Uno de mis clientes va a hacer una fiesta en su castillo del siglo XVI en Borgoña para celebrar el Día de la Bastilla y estoy invitado. ¿Por qué no vienes conmigo?

Lex parpadeó, sorprendida. No entendía por qué había cambiado de tema tan rápidamente.

—Estábamos hablando de tu hermano y de tu padre.

—Ya hemos hablado de ellos más que suficiente —dijo Cole, encogiéndose de hombros—. ¿Irás conmigo a la fiesta? Es el próximo fin de semana. Podemos ir de París a Borgoña y de Borgoña a Londres, así verás mi casa. Podríamos volver el martes, dependiendo de mi horario.

Ella lo miraba, incrédula.

—No puedo ir a Francia y a Londres.

—¿Por qué no? Tus hermanas están fuera, no tienes que cuidar de ellas.

Era absurdo. Ella no tomaba aviones privados para asistir a fiestas en un castillo francés. Ella trabajaba, estudiaba, cuidaba de Nixi y Snow, eso era lo que hacía.

—Y aunque tus hermanas estuvieran en casa, ¿por qué no puedes tomarte unas vacaciones? Es absurdo.

—No es absurdo, cuidar de ellas es mi obligación. Es lo que tengo que hacer.

—No te estoy pidiendo que te cases conmigo, Lex, solo te pido que me acompañes a una fiesta. ¿Por qué no puedes tomarte unos días libres?

Se suponía que aquella era una aventura que terminaría cuando volviesen a Ciudad del Cabo, pero Lex sentía la tentación de aceptar, de huir, de sentirse joven, impulsiva y libre de nuevo. Pero si lo hacía, temía no contentarse con volver a la vida que conocía, la que había creado para dar a sus hermanas la estabilidad que ella nunca había tenido.

—No puedes seguir poniendo tu vida en espera por tus hermanas, Lex.

—¿Por qué no?

—Lo haces porque nadie te ha puesto a ti primero. Quieres que sus vidas sean maravillosas porque nadie hizo eso por ti.

Tenía razón y lo odiaba por decir lo que ella misma no era capaz de admitir. Estaba tratando de hacer felices a Nixi y Snow para que la niña que aún vivía en su interior se sintiera mejor consigo misma, para sentirse digna.

—No es justo para ti —agregó Cole.

¿Justo? Ah, esa era una afirmación que podía discutir.

—Lo dirás de broma. Yo aprendí muy pronto que la vida no es justa y lo hice sin tener un colchón de dinero. ¿Cómo te atreves a criticar mis decisiones?

—No estaba criticando, solo quiero que...

—Déjalo, no sigas.

Se sentía angustiada, no por Cole sino por las viejas heridas, por las verdades que él había sacado a la superficie. Nunca tenía tiempo para sí

misma, pensó. Había puesto su vida en pausa, tal vez porque necesitaba demostrar que era digna de amor.

Necesitaba aire, necesitaba espacio y necesitaba desesperadamente estar sola.

—Se suponía que esto era una simple aventura, Cole. ¿Por qué nos estamos gritando el uno al otro?

—Yo no estoy gritando —señaló él—. Y pensé que habíamos acordado que podíamos ser amigos además de amantes.

—Dime una cosa, Cole. ¿Merecía la pena hacerme olvidar el tema de tu hermano con esta discusión?

Cuando él no respondió, Lex dejó escapar un suspiro.

—Te dejo solo para que pienses en ello.

¿Dormirían juntos esa noche o pasarían el resto del tiempo sin hablarse?, se preguntó mientras iba a la habitación. ¿Se limitaría Cole a ignorarla, como si ella no mereciese su tiempo y su energía? Joelle había sido una maestra del trato silencioso, haciéndola sentir como si no mereciese la pena.

Lex oyó pasos unos minutos después, pero no levantó la mirada cuando Cole se sentó a su lado y le pasó un brazo por la cintura.

—¿Sigues enfadada? —murmuró, besando su cuello.

Sí. No. Todavía estaba enfadada, pero no con él sino consigo misma. Creía haberse recuperado de las heridas que su madre le había infligido, pero esas heridas no habían curado del todo y odiaba que el pasado aún tuviese tanto poder sobre ella.

Sin embargo, no pudo evitar inclinarse hacia él, tal vez para absorber algo de su fuerza. Cole era como una barrera entre ella y el mundo.

Pero eso era una tontería y debía ver las cosas como eran, no como ella quería que fuesen. Solo eran amantes a corto plazo, como él había dicho. No era su obligación protegerla.

Todo era tan confuso. Aunque no debería serlo. Cole solo era una aventura, no alguien que iba a estar en su vida a largo plazo. Y ella no tenía intención de permitir que alguien entrase en su vida solo para verlo alejarse unas semanas o unos meses después. Cole nunca sería capaz de ponerla a ella, y lo que ella necesitaba, por delante de todo lo demás.

Lex se pasó las manos por la cara.

—No sé si sigo enfadada —respondió por fin.

—Me parece justo —dijo él, tomándola en brazos.

—¿Qué haces?

—Meterte en la cama. Y después de hacerte el amor vas a dormir una siesta antes de cenar.

—Nunca duermo la siesta —protestó Lex.

—Hoy lo harás —le prometió él, buscando sus labios—. Siento haber dicho algo que te haya molestado.

Lex notó que no estaba disculpándose por lo que había dicho. ¿Y por qué iba a hacerlo si tenía razón?

—¿Admites que cambiaste de tema para no hablar de tu hermano?

—Sí —asintió Cole—. No quería seguir hablando de mi familia, pero quiero que vayas a Francia conmigo.

—Pensé que esto terminaría cuando volviésemos a Ciudad del Cabo.

—No te prometo nada, pero tampoco creo que debamos descartar nada. Nos estamos divirtiendo, ¿no?

Lex empezó a negar con la cabeza. Estaba a punto de decir que no podía ser, que era imposible, pero se retractó en el último momento. Estaba reaccionando por costumbre, porque hacer algo divertido no entraba en sus planes. Tal vez no creía merecerlo.

Pero podía ir a Francia. ¿Por qué no? Nada la retenía allí. Nunca había viajado fuera del país y no sabía cuándo tendría otra oportunidad de usar un pasaporte sin sellar.

Empezaba a sentirse emocionada, pero una vocecita le gritaba que no tomase decisiones impulsivas, de modo que se limitó a decir que lo pensaría.

—Muy bien, piénsalo. ¿Puedo decir algo más?

Lex se puso tensa. Ya había demasiados pensamientos dando vueltas en su cabeza.

—¿Qué?

—Aunque creo que te descuidas a ti misma, la verdad es que te admiro. Creo que eres increíble y siento el mayor respeto por ti. Estás criando a tus hermanas, trabajando, estudiando, haciendo malabares sin dejar caer ninguna pelota.

—Tú también haces malabares con docenas de pelotas.

—Pero las mías están relacionadas con el dinero, con el trabajo. Si dejas caer una pelota pierdo dinero, pero no es gran cosa. Si tú dejas caer una pelota, podrían verse afectadas tus hermanas, tus estudios y tus ingresos. No es comparable.

Lex tuvo que hacer un esfuerzo para no llorar. Eso era lo más bonito que le había dicho nadie y no sabía cuánto necesitaba escuchar esas palabras.

Se sentía reconocida, comprendida. Y qué extraño que fuera aquel hombre, alguien tan diferente a ella, quien la hiciera sentirse así. Había tenido tan poco apoyo emocional, tan poca gente animándola, que casi quería pedirle que las repitiese.

—Gracias por decir eso.

—Pero también puedes ser aterradora y mandona cuando estás enfadada.

Lex soltó una carcajada.

¿Cómo podía pasar tan rápido del enfado a la risa? ¿El porqué importaba siquiera? Estaban hablando como amigos otra vez. Y como amantes.

Y hablando de amantes...

Lex buscó sus labios en un beso lleno de gratitud, deseo y desesperación.

—Creo que deberías quitarme la ropa —dijo con voz ronca.

Como él no era un santo, y porque hacer el amor con Lex era lo que más deseaba hacer, Cole decidió que era muy buena idea.

—Tienes un cuerpo precioso —murmuró, subiéndole el jersey y dejando al descubierto su pálida y encantadora piel.

Llevaba un sujetador blanco, más funcional que bonito, y se le ocurrió que le gustaría verla con ropa interior de colores, rojos, violetas y verdes, mientras ponía los labios sobre un pezón y lo chupaba por encima de la tela.

Lex respondió a la caricia con un gemido y poniendo una mano sobre su erección, sobre la tela de los vaqueros. Mordió su cuello, provocando una descarga eléctrica por todas sus terminaciones nerviosas.

—Así que te gusto cuando soy mandona, ¿eh? —le preguntó, con tono burlón.

—En determinadas circunstancias —respondió él—. Por ejemplo, si me ordenas que me desnude, tendría que obedecerte.

Los ojos verdes de Lex se iluminaron.

—Desnúdate —le ordenó.

Ansioso por jugar a ese juego, Cole se incorporó para quitarse el jersey lentamente. Ella le hizo señas para que se acercase y, de rodillas sobre la cama, puso la boca sobre su esternón y deslizó la lengua por su ardiente torso.

Cole cerró los ojos mientras la inteligente boca de Lex acariciaba los duros músculos de su estómago, y más abajo, hasta la cinturilla de sus vaqueros.

Cuando alargó una mano para desabrochar la cremallera, Cole intentó apartarla, pero ella no estaba dispuesta a permitirlo.

—Ese es mi trabajo —le dijo, en un tono que no admitía réplica.

Cole apartó la mano y sus ojos se encontraron mientras ella bajaba la cremallera de los vaqueros.

El corazón de Cole latía acelerado. Lex no tenía idea de lo sexy que era, pensó, mirando esos ojos, del mismo color que el Buda de jade que había comprado en una subasta el año anterior. Eran sorprendentemente solemnes y, como la figura de jade, Lex era rara, especial y asombrosa. Era fuerte, valiente, con una enorme fuerza de voluntad, y mucho más dura de lo que creía. En realidad, estaba asombrado.

En otra vida, si fuera otro hombre, encontraría la forma de mantenerla a su lado.

Pero eso era imposible. Él no podía darle nada más que sexo y solo tenían un tiempo limitado. Ella estaba criando a una familia y a él no se le daban bien las relaciones. Siempre las estropeaba, las sabotaba, pero aquella era la primera mujer que lo tentaba en más de una década. Tenía que resistirse porque la línea entre la lujuria y el cariño estaba borrándose.

«Ten cuidado, idiota. Deja de pensar tonterías porque, si no lo haces, vas a salir de esto magullado».

Lex tiró del pantalón y el calzoncillo a la vez y Cole se libró de la ropa a toda velocidad, pero cuando Lex inclinó la cabeza dio un paso atrás.

Si lo tocaba con sus labios, si lo chupaba, todo terminaría enseguida. No, él necesitaba exprimir cada segundo de placer.

—Me toca a mí ser mandón —le dijo, tirando de ella para ponerla de pie.

La desvistió rápidamente, tirando su ropa al suelo, y cuando estuvo gloriosamente desnuda besó su clavícula, deslizando la lengua por ese punto tan sensible entre el cuello y la oreja.

Lex tomó su mano y la colocó sobre sus pechos, pero Cole no se apresuró. Aquel era su momento, así que decidió jugar, besando sus rodillas, el arco de sus pies. Acarició el interior de sus muslos y mordisqueó sus caderas, enterró la lengua en su ombligo y luego levantó la cabeza para besar sus pechos.

Y cuando las demandas de Lex se volvieron insistentes, cuando sus gemidos se hicieron más profundos, se apartó y, de nuevo, comenzó a explorar su hermoso cuerpo con la lengua. Cuando ella le dio una palmadita en el hombro y sus ojos verdes se volvieron tormentosos de pasión, la besó entre las piernas. El ardiente contacto hizo que Lex tuviese un orgasmo y, deseando darle otro, Cole deslizó dos dedos en su interior y la acarició hasta que ella volvió a dejarse ir.

Sin aliento y enloquecida de placer, Lex se tumbó boca abajo y levantó las caderas, como si supiera lo que él quería, cómo la necesitaba. Cole alargó una mano para sacar el preservativo que había guardado en el bolsillo del pantalón y, después de ponérselo, separó sus rodillas y se deslizó en su húmeda cueva cerrando los ojos.

Estaba en casa, pensó.

No tuvo tiempo de cuestionar ese pensamiento porque Lex empujaba hacia atrás, queriendo estar más cerca. Él estaba dispuesto a tomárselo con calma, pero ella tenía otros planes...

De repente, Lex empujaba sus caderas hacia atrás, él se enterraba en ella de modo frenético y el grito de placer resonó por toda la habitación. Lo apretaba con sus músculos internos hasta que una corriente de puro placer salió disparada de su cuerpo.

Asombroso, pensó Cole, cuando pudo pensar, apretando su cintura, anclándola a él, cubriéndola con su cuerpo. No había futuro para ellos, pero tenían aquello.

Y era más que asombroso.

Capítulo 11

EL domingo, poco más de una semana después de haber llegado al Rossdale, el clima mejoró y pudieron bajar de la montaña, en esa ocasión con Cole al volante. Todo seguía cubierto de nieve, pero el camino era transitable.

Lex miró por el retrovisor hasta que el hotel desapareció de su vista. Mientras viviera, siempre recordaría los días mágicos que había pasado allí, rodeada de nieve, con Cole haciéndole el amor frente a la chimenea, o pasar la tarde envuelta en una manta de cachemir, tomando una copa vino mientras observaban caer la nieve. Compartir la ducha, despertarse con él acariciando sus pechos o con una mano entre sus piernas. Sí, serían recuerdos que no olvidaría nunca.

Regresar a una vida centrada en sus hermanas iba a ser mucho más difícil de lo que había esperado.

A pesar de saber que su relación tenía fecha de caducidad, a pesar de recordarse constantemente que solo era una breve aventura y que él no estaba interesado en ningún tipo de compromiso, no podía evitar querer más.

Lo quería todo. A él. Para siempre.

Lex miró por la ventanilla, sintiendo que sus ojos se humedecían. No sabía si estaba emocionada porque se acababa el tiempo o enfadada por no poder mantener sus sentimientos bajo control.

Ambas cosas probablemente.

Dejaron atrás el camino de tierra y llegaron a la carretera. A los lados había montones de nieve y muchos árboles se habían caído por el viento y el peso de la nieve. La tormenta había sido inesperada e impresionante.

Unas palabras que describían perfectamente a Cole Thorpe.

Él alargó una mano entonces para apretar la suya.

—Han sido unos días estupendos, Lex. Me alegro mucho de haber venido.

Para ella también. Y quería que se repitiesen. Escabullirse una semana aquí, unos días allá, estar a solas con él; Cole huyendo de su trabajo, ella de sus estudios y de su vida. Imaginaba unas vacaciones familiares, con Cole enseñando a sus hermanas, y más tarde a sus propios hijos, a esquiar y hacer snowboard.

En lugar de ser borrosa, esa instantánea mental era tan clara como el cristal. Un hijo moreno y una hija pelirroja, o cualquier otra combinación. Cole era el único hombre con el que podía imaginarse teniendo un hijo.

El único hombre del que podría enamorarse. No, eso no era verdad. Ya estaba enamorada de él.

Lex apartó de sí tal pensamiento, con la esperanza de que los sentimientos se desvaneciesen. Necesitaba pensar en otra cosa, cualquier otra cosa.

—¿Recibiste respuesta de tu hermano explicando lo de Charlie? —le preguntó.

Cole negó con la cabeza.

—En realidad no espero recibir ninguna respuesta.

Después de la discusión, ambos habían evitado el tema de la familia, eligiendo en cambio conocerse mejor hablando de arte, música, viajes y política. Y habían hecho el amor.

Muchas veces.

—En realidad, estoy más enfadado con Sam que con mi padre. Sam podría haber desafiado a Grenville, podría haber tenido una relación conmigo, pero no lo hizo —le explicó Cole, con tono amargo.

—Porque crees que Sam es tan fuerte como tú.

—¿Qué quieres decir?

—No creo que te des cuenta de lo fuerte que eres. Hacen falta agallas, determinación y confianza en uno mismo para haber logrado todo lo que tienes sin la ayuda o el apoyo emocional de tu familia. Tal vez Sam era demasiado débil como para desafiar a tu padre. Tal vez se siente culpable por no haber estado a tu lado.

—Lo dudo —murmuró Cole—. ¿Has decidido si vas a ir a Francia conmigo?

Lex apartó la mirada. Cole estaba ofreciéndole visitar una de las ciudades más famosas del mundo. ¿Cuándo volvería a tener esa oportunidad?

No había ninguna razón para decir que no. Las niñas aún estaban fuera y Addi sería la primera en decir que debía aprovechar la invitación, que se merecía unas vacaciones.

Pero anteponer las necesidades de sus hermanas a las suyas era casi una religión. Tenía tanto miedo de decepcionarlas. Tal vez pensaba que sanaría las heridas que su infancia le había infligido si lograba que sus hermanas nunca se sintieran olvidadas o inseguras.

Pero la vida era imprevisible y tal vez no les estaba haciendo ningún favor a las niñas, ni a ella misma, siendo tan protectora. Quería que Nixi y Snow fueran felices, pero para eso debía ser un ejemplo a seguir. Tal vez podría enseñarles a ser valientes, pensó.

Podía ir a Francia con él o pasar el fin de semana en su casa viendo películas. Y eso sonaba tan triste. Lex no quería seguir viviendo una vida pequeña y triste.

—Me gustaría mucho, gracias.

—Estupendo. ¿Tienes el pasaporte en regla?

—Tengo un pasaporte sin usar —respondió Lex, riendo.

—Yo debo ir a Mauricio unos días para visitar un par de empresas. Si salgo de Ciudad del Cabo esta noche volvería el jueves por la mañana. Podríamos salir el jueves por la noche, pasar el viernes en París e ir a Borgoña el sábado.

—¿No te cansarás de tanto viaje? —le preguntó ella.

—Cariño, yo no soy el que pilota el avión —señaló Cole, divertido.

Lex pensó que parecía más joven cuando sonreía. En cuanto a ella, estaba emocionada. Se iba a París. Podría hablar francés entre nativos y comprobar su dominio del idioma. Podría ver la Torre Eiffel y visitar el Louvre. Y luego irían a Londres.

Y lo mejor de todo, estaría con Cole.

Pero bajo la emoción acechaba el miedo, advirtiéndole que no debía emocionarse demasiado porque él podría decepcionarla. Porque eso era lo que hacía la gente, lo que ella había experimentado una y otra vez.

Pero no siempre era así. A veces la gente hacía lo que decía que iba a hacer. Y Cole era demasiado honesto como para jugar con ella.

Iría a Europa y podía sentirse emocionada por su primera visita al extranjero.

Y por pasar más tiempo con Cole.

—Lo pasarás muy bien y me alegro mucho por ti, Lex.

Lex miró a su hermana. Eran tan diferentes. Pero, por primera vez en mucho tiempo, no se comparó con la preciosa Addi porque... en fin, se sentía bastante increíble ella misma.

Cole había vuelto de Mauricio e iría a buscarla esa misma tarde para llevarla al aeropuerto. Habían intercambiado mensajes durante esos días y sabía que había reservado mesa en Mathieu, un restaurante de tres estrellas Michelin en el famoso boulevard St. Germain.

Lex había buscado el restaurante en internet y había descubierto que era lujoso con L mayúscula.

Presa del pánico porque no tenía nada que ponerse para ir a un restaurante tan exclusivo, o para una fiesta en un castillo francés, llamó a Addi, quien inmediatamente se puso en acción.

Encontraron todo lo que necesitaban en una tienda de ropa de segunda mano y ahora era la orgullosa propietaria de un vestido negro de diseño que se pondría para cenar en Mathieu y un par de vestidos adecuados para la campaña francesa. Para el viaje, eligió una falda rosa plisada con un jersey de cuello vuelto del mismo color. Rosa, un color que no se ponía nunca porque las pelirrojas no podían vestir de rosa. O de rojo. O de naranja.

Pero no era rosa claro o rosa salmón sino un rosa fuerte, fucsia, del color de las puertas de sol. Era un rosa que gritaba ¡mírame!

Para alguien que habitualmente vestía de negro ese color era sorprendente y se encontraba muy guapa.

Bella, una estilista amiga de Addi, había alisado sus rizos y le había hecho una elegante coleta, envolviendo unos mechones sobre otros para ocultar la goma que la sujetaba.

Addi observaba, fascinada, mientras le ponía una discreta base de maquillaje, igualando el tono de su rostro, pero sin ocultar las pecas. Bella le mostró cómo aplicar la sombra de ojos grisácea y le pintó los labios con un carmín de color natural que, le aseguró, duraría todo el día.

—Tienes un aspecto muy sofisticado —dijo su hermana, haciéndole un par de fotos con el móvil—. Voy a mandárselas a las niñas. Van a alucinar.

Después de comprobar que llevaba todo lo que podría necesitar, Lex cerró la maleta y se miró al espejo. Tenía un aspecto sofisticado y elegante. No parecía una conductora de pelo alborotado, una joven que criaba a dos niñas o una estudiante a tiempo parcial. Parecía como si alguien hubiera agitado una varita mágica y la hubiese convertido en una mujer distinta.

Desde que abrazó su aspecto natural nunca había usado más que un poco de máscara de pestañas y brillo de labios, pero tal vez podría encontrar algún término medio. Sería imposible alisar su pelo todos los días, pero tal vez podría usar una crema hidratante con color, un poco de sombra de ojos y ese bonito carmín natural.

Y tal vez podría ponerse algo más que vaqueros, camisetas y chaquetas vintage. Podía poner un poco más de color y variedad en su vida, experimentar con su aspecto, vestir de un modo más elegante. Podía probar algo nuevo. Ya no estaba escondida detrás de una espesa base de maquillaje y un pelo rubio platino.

Podía cambiar de aspecto y seguir siendo ella misma.

Lex sonrió. Se sentía como Cenicienta porque lo era. En lugar de ir al baile en un carruaje, iría en un avión privado a un castillo. Aún no podía creerlo.

Unos minutos después sonó el timbre de la puerta. Cole había llegado y estaba a punto de embarcarse en una aventura maravillosa.

Señor Thorpe, su hermano quiere que se reúna con él en Tailandia. Ha recibido una dispensa especial del monje principal para reunirse con usted el sábado por la tarde. Tiene que hablarle de Charlie y si no aprovechan esta oportunidad no sabe cuándo podrá volver a verlo.

Sentado en el coche, frente a la casa de Lex, Cole volvió a leer el correo del abogado de Sam. Lo había recibido cuando aterrizó en Ciudad del Cabo una hora antes. De modo que Sam sabía quién era ese Charlie y quería compartirlo con él.

Pero su plan era llevarse a Lex a París. La había extrañado. Echaba de menos su risa, cómo se volvía hacia él en sueños, poniendo una mano sobre su corazón. Echaba de menos ver la ropa de Lex junto a la suya en el armario, el olor de su pelo, cómo lo miraba, sus preciosos ojos verdes brillando de cariño y deseo.

Y echaba de menos el sexo. De verdad echaba de menos hacer el amor con ella.

Pero si no iba a Tailandia nunca sabría quién era Charlie. Además, cualquier cosa que Sam pudiese decirle le daría las respuestas que siempre había buscado.

Cole frunció el ceño, pensativo. Podía llevársela a Tailandia y dejarla en una playa mientras hablaba con su hermano, pero sabía que después tendría que contarle lo que había pasado y qué emociones estaba experimentando. Lex apretaría su mano, apoyaría la cabeza en su hombro y él no se sentiría tan solo.

Y si hacía eso, sus emociones se desbordarían. Diría mucho más de lo que debería decir, que la adoraba, que no podía soportar la idea de dejar de verla, que quería...

¿Qué? ¿Tener una relación a distancia? ¿Ser amantes? ¿Que ella fuese su pareja, su novia, su esposa... su algo?

Habría demasiados obstáculos que superar. Solo tenía que volver a Ciudad del Cabo una o dos veces más para deshacerse de todos los activos de Industrias Thorpe y después de esos breves viajes no volvería a África en mucho tiempo. Llevaba meses dedicándole poco tiempo a su propio negocio. Había contratado analistas para que lo ayudasen con la carga de trabajo, pero necesitaba retomar el control. Extrañaba su trabajo, la adrenalina de comprar acciones, de encontrar nuevas empresas en las que invertir.

Y luego estaba el tema de sus hermanas. Si mantuvieran una relación tendría que compartirla con un par de niñas y, como mínimo, ser un modelo a seguir. Cole no podía verse viviendo en una casa ruidosa con dos niñas pequeñas cuando estaba tan acostumbrado a su casa ordenada y tranquila.

Si nunca había tenido un padre ni un hermano mayor ¿cómo iba a ser un padre para las hermanas de Lex?

Otro obstáculo era que Lex vivía en Ciudad del Cabo. Cole sabía que ella no aceptaría una relación a larga distancia, verse solo de vez en cuando. ¿Y tener un fin de semana aquí, una semana allá, no haría que separarse después fuese más difícil?

Cole suspiró, sabiendo que había agotado los aspectos prácticos y tenía que llegar al meollo de lo que le impedía formar un vínculo sólido con Lex.

Él entraba de puntillas en cualquier relación, pero en unas pocas semanas, a veces un par de meses, terminaba sintiéndose atrapado, desesperado por huir.

Estaba enamorándose de Lex, no podía negarlo. Odiaba estar lejos de ella y sentía la necesidad de tenerla cerca, de dormir a su lado. Podía verla con su hijo, en una casa llena de niños ruidosos y desordenados. Una casa y una vida que serían la antítesis de su infancia fría y solitaria.

Pero había tenido sueños antes y sabía que esos sentimientos no duraban. En uno o dos meses, tal vez más porque Lex lo cautivaba como ninguna otra mujer, se alejaría. Y no sería capaz de explicar por qué.

Solía pensar que sus relaciones fracasaban porque elegía a la mujer equivocada, pero ahora sabía que él era el problema porque quería algo que nadie podía darle.

Y estaba haciéndolo de nuevo.

Porque por mucho que la adorase, Lex nunca podría darle lo que él realmente quería: el amor y la aceptación de su padre.

Grenville estaba muerto y, sin importar cuántas veces se dijera a sí mismo que era un idiota por querer algo imposible, eso no impedía que su corazón lo anhelase.

Tal vez pensaba que si no había sido digno del amor de Grenville entonces no era digno del amor de nadie. Consciente o inconscientemente, estaba convencido de que al no haber podido conseguir el cariño de su padre se había convertido en Grenville, un hombre frío, sin emociones y sin alma, para protegerse de futuras heridas.

Todo sonaba un poco raro, pero la verdad era que la falta de relación con su padre había teñido sus relaciones con las mujeres y haría lo mismo con Lex.

Él tenía una herida sin curar y no quería herir a otras personas.

No, era mejor alejarse ahora, cuanto antes. Dolería un poco, probablemente mucho, pero estaba tratando de protegerla.

Eso tenía que contar, ¿no?

Entonces, ¿por qué no podía salir del coche?

Capítulo 12

EN cuanto abrió la puerta y vio la expresión de Cole, Lex supo que no iría a París.

Ni a ningún otro sitio.

A pesar de que su corazón se desplomó, no pudo evitar pensar que estaba guapísimo con un pantalón negro y una chaqueta de color gris claro sobre un jersey verde pálido con cuello de pico.

Lex tuvo que controlar el impulso de echarse en sus brazos. Suspirando, dio un paso atrás y le hizo un gesto para que entrase.

«Por favor, no me decepciones, Cole. Por favor, no digas lo que creo que vas a decir».

—Entra —lo invitó.

Cole entró en el diminuto pasillo y abrió la boca para decir algo. ¿Estaba a punto de hacerle un cumplido?

Pero cerró la boca y metió las manos en los bolsillos del pantalón. No iba a besarla y esa no era una buena señal.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Cole se pasó una mano por el pelo.

—Algo cansado. Ha sido una semana muy larga.

Lex esperó a que dijese algo más, pero Cole se limitó a mirar las numerosas fotografías que colgaban en la pared. La más grande, en el centro, era una fotografía de las cinco hermanas, todas riendo. Era una foto que capturaba el cariño que compartían, la alegría que sentían estando juntas. Cole miró esa fotografía durante mucho tiempo antes de sacudir la cabeza y, cansada de esperar, Lex le preguntó:

—No vamos a Europa, ¿verdad?

Cole la miró a los ojos.

—No, no puedo ir ahora mismo.

Lex se había preparado para esa respuesta, pero la confirmación resultó igualmente dolorosa.

—¿Y cuál es la razón?

—Tengo que ir a Tailandia —respondió Cole.

Serio, remoto, inescrutable. ¿Dónde estaba el hombre que reía a todas horas, el hombre de ojos cálidos que le llevaba café a la cama y la besaba apasionadamente?

—Iré contigo a Tailandia. Un viaje es un viaje.

—Lo siento, no puede ser.

Ah, de modo que no quería que fuese a ninguna parte con él.
Mensaje recibido.

Casi podía ver su corazón encogiéndose, volviéndose más pequeño por segundos, mientras una mano fría apretaba su estómago como un tornillo.

«Hola, decepción, mi vieja amiga. No has cambiado en absoluto».

Pero ella sí había cambiado. Ya no era la niña asustada que recibía constantes golpes de la vida sin poder hacer nada. Era más fuerte, mejor, mayor. Y el comportamiento de Cole era inaceptable.

«No grites, Lex».

Como sabía por Joelle, perder los estribos disminuía el impacto del mensaje, de modo que clavó un dedo en el torso de Cole y dijo con tono sereno:

—Me pediste que fuese a Francia contigo, me animaste a ser aventurera.

Sus ojos se habían empañado, pero no iba a llorar delante de él porque no se lo merecía.

—Hemos pasado los últimos días intercambiando mensajes sobre lo que haríamos en París, en Londres. Dijiste que querías llevarme a catar vinos en la región de Pouilly-Fuissé, a Londres después. Dame una razón para rechazarme ahora cuando yo he dado el salto de confiar en ti.

Cualquiera que fuese la razón por la que había cancelado el viaje, era más importante que ella, evidentemente.

—Lex...

—Te conté que muchas personas me habían decepcionado a lo largo de mi vida, pero no esperaba que tú lo hicieras también.

Cole no dijo nada. La miraba, en silencio, obviamente arrepentido. Pero eso no cambiaba nada. Todo había terminado.

Lex no podía respirar. Ya debería estar acostumbrada a que alguien la rechazase, pero aquel rechazo le rompía el corazón.

—Lex, yo...

—No tienes que esforzarte para encontrar las palabras adecuadas, ya no importa.

—De verdad tengo que ir a Tailandia —le explicó Cole, preguntándose si debería decirle que iba a ver a Sam.

No, tenía que hacer aquello solo. Todo era demasiado complicado, demasiado doloroso. Si iba a ser la última vez que hablaba con su hermano, y podría serlo, tenía que estar solo para lidiar con el resultado de esa conversación.

Además, si volvía a estar con ella tal vez no tendría valor para dejarla cuando volvieran a Ciudad del Cabo y eso le haría aún más daño.

Aunque, a juzgar por el brillo de dolor en sus ojos, ya estaba haciendo un gran trabajo.

—Tengo que volver a Ciudad del Cabo en unas semanas —murmuró, sin saber qué decir.

—Ah, por supuesto, y entonces volveremos a encontrarnos, ¿no? Iré corriendo cuando tú me llames —replicó ella, sarcástica—. ¿Por qué iba a darte otra oportunidad, Cole?

—No sé cómo podría funcionar esto, Lex —dijo él, desesperado.

—Por supuesto que no podría funcionar, porque se espera que yo haga todo el trabajo —replicó ella—. Tendría que esperar hasta que volvieres a Ciudad del Cabo para una visita rápida o hasta que yo pudiera sacar tiempo de mi trabajo, mis estudios y las niñas... y eso suponiendo que quisieras comprometerte conmigo.

Cole estaría dispuesto a esperar, pero en realidad no sabía lo que sentiría en tres meses, seis meses. ¿Seguiría loco por ella o estaría buscando la salida más próxima?

—Soy consciente de que mis circunstancias son difíciles, que tengo más responsabilidades que la mayoría de las chicas de mi edad —empezó a

decir Lex—. Pero después de tener que lidiar con tantas complicaciones, yo creo que merezco un poco de felicidad.

—Por supuesto que sí —asintió él—. Pero ahora mismo yo no puedo...

—Yo estoy dispuesta a esperar a alguien que me ponga a mí por delante de todo lo demás, Cole. Alguien para quien yo sea su prioridad. Si ese hombre no eres tú, y obviamente no lo eres, entonces esperaré a que aparezca otro en mi vida.

Cole se rebeló al imaginarla con otro hombre. No podía darle lo que necesitaba, pero despedirse de ella era más difícil de lo que había pensado.

—En fin, todo eso da igual —dijo Lex entonces, abriendo la puerta—. Creo que no hay nada más que decir.

En medio de una niebla de confusión, arrepentimiento, dolor y alivio, Cole salió de la casa, pero se dio la vuelta para mirarla a los ojos.

—Sigo pensando que eres una persona increíble.

—Sé que te gusto y que me deseas, pero no confías en poder quererme como yo te quiero.

«¿Qué?».

—¿Me quieres?

—Por supuesto que sí. Te quiero lo suficiente como para dejarte ir y me quiero a mí misma lo suficiente como para exigir más.

Lex cerró la puerta y Cole tuvo que hacer un esfuerzo para no volver a llamar al timbre. No podía confiar en sí mismo, no podía arriesgarse...

No podía hacerle más daño. Lex estaba fuera de su vida, tal como había planeado.

Pero nunca pensó que perderla le dolería tanto.

Addi y Lex estaban en el pintoresco puerto pesquero de Hout, tomando pescado y patatas fritas. Aunque Lex no había logrado comer nada.

Aceptaba que las lágrimas formaban parte de su futuro inmediato, pero se oponía firmemente a perder el apetito. Eso era ir demasiado lejos.

—Este sigue siendo el mejor sitio para comer pescado fresco —dijo Addi.

—Si tú lo dices —murmuró Lex, distraída.

Despedirse de Cole le había quitado color al mundo. Los sonidos parecían amortiguados, todo lo que comía sabía a cartón. Y, como parpadeaba constantemente para contener las lágrimas, tampoco veía muy bien.

—¿Has sabido algo de él? —preguntó Addi.

—No. Tuvimos una aventura y se acabó.

—Por favor, dime que usasteis algún anticonceptivo.

Lex hizo una mueca.

—Creo que aprendí esa lección de Joelle. Creo que todas aprendimos esa lección.

Addi asintió con la cabeza.

—Jude Fisher me ha ofrecido un trabajo, y el sueldo es fantástico.

Eso era estupendo, pensó Lex. Su corazón podía estar roto, pero al menos no tendrían que preocuparse por cómo alimentar, vestir y educar a dos niñas.

—Me alegro mucho, de verdad. Enhorabuena —le dijo. Sin embargo, su hermana estaba extrañamente seria—. ¿Qué pasa, Addison?

—Que estoy preocupada por ti. Nunca te había visto tan desconsolada.

Lex quería negarlo, pero era desgarrador saber que la persona a la que querías por encima de todo no te correspondía.

Y, sí, ella estaba pasando por un mal momento, pero intuía que la ansiedad de Addi no tenía nada que ver con eso.

El móvil de su hermana empezó a sonar en ese momento y Addi prácticamente se abalanzó sobre él. Luego se levantó de la silla y se alejó unos metros para hablar con quien fuera.

Lex decidió que su hermana ocultaba algún secreto, algo que nunca había hecho. Siempre lo habían compartido todo y saber que estaba excluyéndola añadía otra capa de dolor.

Se sentía triste, débil, indefensa, mentalmente agotada. Pero tenía que seguir moviéndose. Siempre había sido fuerte, siempre se las arreglaba para seguir adelante y en esa ocasión no sería diferente.

El sábado por la tarde, Cole estaba en una playa remota cerca de la frontera con Camboya. Era un día muy caluroso y la fina camisa de algodón se pegaba a su espalda.

El restaurante donde Sam había sugerido que se encontrasen estaba a un kilómetro del monasterio y consistía en una cocina al aire libre y dos bancos de madera toscamente contruidos.

El mar brillaba con tonos aguamarina y azul tanzanita, rodando perezosamente por la playa de arena blanca. El cielo era de un azul cobalto, prácticamente perfecto, pero Cole no podía concentrarse en eso. No podía pensar en nada más que en Lex, que debería estar allí, con él.

La extrañaba a todas horas. Había creído que se le pasaría, que volvería a ser el hombre que había sido antes de conocerla, pero...

Su vida ya no tenía sentido sin ella.

Captó el destello de una túnica naranja por el rabillo del ojo y se giró para ver a un monje alto y delgado, su cabeza calva brillando bajo el sol.

Cole estuvo a punto de salir corriendo. No quería enfrentarse a un hermano que nunca lo había sido, pero necesitaba hablar con él. Necesitaba reparar la herida abierta que había en su corazón y tal vez Sam lo ayudaría a hacerlo.

Sam se detuvo a unos metros de él y sus ojos se encontraron; unos ojos tan parecidos. Se parecía a su hermano tanto como a su padre, pero dudaba en adquirir algún día la serenidad y la paz que vio en los ojos de Sam.

A menos que encontrase el camino de regreso a Lex.

—Has venido —dijo Sam, esbozando una sonrisa.

—¿Pensabas que no vendría?

Sin dejar de sonreír, Sam se sentó frente a él. No iban a darse la mano o a abrazarse. Bueno, daba igual, pensó Cole, señalando su cerveza.

—¿Quieres una?

—Yo tomaré agua, gracias.

Sam se dirigió en tailandés al dueño del restaurante y el hombre esbozó una sonrisa antes de alejarse.

Sam miró a Cole entonces, suspirando.

—Así que sabes de Charlie. ¿Cómo te has enterado?

—La estación de esquí en Rhodes —respondió él—. Todo lleva ese nombre, el pub, las pistas, la tienda, así que imagino que ese Charlie debe ser la razón por la que Grenville se aferró a un activo tan poco rentable. Ni siquiera sé si voy a poder venderlo.

Sam parecía desconcertado.

—Pensé que querías la compañía. Te gastaste una fortuna adquiriendo paquetes de acciones de Industrias Thorpe, por eso te lo pasé todo a ti.

—¡Nunca quise tu dinero o tus acciones, Sam! Quería tu atención, la atención de mi padre... mira, olvídale. Solo dime quién ese tal Charlie. Y, ya que estamos, dime por qué Grenville me odiaba tanto.

Sam no respondió inmediatamente y, con cada segundo que pasaba, la tensión de Cole iba en aumento. Se preparó para saber que su madre había tenido una aventura y que había quedado embarazada de un hombre cuando visitó el Rossdale. Era lo único que explicaría por qué su padre lo había odiado tanto. Y le daba igual. En realidad, sería un alivio saber que no estaba emparentado con Grenville.

Por fin, Sam habló y cuando lo hizo sus ojos se habían oscurecido de emoción.

—Charlie... Charlotte Jane era nuestra hermana, Cole.

¡No puedo creer que, después de diez días de silencio, me haya enviado un mensaje para que vaya a buscarlo al hotel Vane!

Él es propietario de Industrias Thorpe y tú eres la conductora de la empresa.

Sentada en el coche de la empresa en la impresionante entrada del hotel Vane, Lex frunció el ceño mientras leía el mensaje de Addi. Odiaba cuando su hermana era tan sensata y más cuando tenía razón.

Lex leyó de nuevo el breve mensaje de Cole, pidiéndole simplemente que fuese a buscarlo a las diez.

¿Cuándo había regresado a Ciudad del Cabo? ¿Cuánto tiempo iba a quedarse? ¿Podría ella renunciar a su puesto de trabajo?

En realidad, no podía renunciar a su trabajo, pero mantener una actitud profesional mientras llevaba a su antiguo amante de un lado a otro, fingiendo que no era más que su jefe cuando en realidad era el dueño de su corazón, cuando invadía sus sueños y ocupaba la mayor parte de sus pensamientos, iba a ser un enorme desafío.

Lex sintió que sus ojos se empañaban y se puso las gafas de sol. Por nada del mundo iba a llorar delante de él, de modo que respiró hondo y se dijo a sí misma, una vez más, que no pasaba nada. Que, con suerte, pronto se sentiría menos triste, menos...

Vacía.

Estaba más ocupada que nunca. Las niñas habían vuelto de sus vacaciones y ella estaba preparando los exámenes. Tenía un nuevo alumno cuyo francés era pésimo, pero que estaba dispuesto a pagarle el doble de su tarifa normal y seguía llevando a empleados de Industrias Thorpe de un lado a otro.

Se sentía como si fuera espectadora de su propia vida, como si estuviera fuera de sí misma. Presente, pero solo a medias. Porque, sinceramente, el setenta por ciento de su cerebro y todo su corazón estaban concentrados en Cole, preguntándose dónde estaba, qué estaría haciendo, si la extrañaría una fracción de lo que ella lo extrañaba.

Su mundo era una escala de grises y dudaba que algún día volviera a sentirse completa.

Tenía que ser así ¿pero cuándo? ¿En dos semanas? ¿Dos años? ¿Veinte?

Cole salió del hotel en ese momento y el corazón de Lex se aceleró.

«Bueno, allá vamos. No pasa nada».

Llevaba un pantalón de color gris claro y una chaqueta azul marino sobre una camisa blanca. Se había cortado un poco el pelo y no podía ver sus ojos porque llevaba gafas de sol, pero estaba algo pálido.

¿Estaría tan nervioso como ella? No, eso no era posible. Cole hacía transacciones de miles de millones de dólares e invertía ridículas cantidades de dinero en productos y conceptos comerciales poco conocidos. Era un hombre muy seguro de sí mismo.

Cole abrió la puerta del coche y Lex cerró los ojos cuando le llegó el aroma de su colonia, recordando cuánto le gustaba enterrar la nariz en su cuello, en ese sitio tan suave debajo de la mandíbula.

«Sé profesional, Lex».

—Gracias por venir a buscarme —dijo Cole, cuando sus ojos se encontraron en el espejo retrovisor.

—Es mi trabajo —murmuró ella.

—¿Cómo estás?

—Bien. ¿Tú?

—Bien.

Los dos estaban mintiendo, claro. Lex notó la rigidez de su mandíbula, la tensión en sus hombros. Su expresión era sombría. Ninguno de los dos estaba bien.

—¿Dónde quieres que te lleve?

Cole le entregó una hoja de papel y Lex tecleó la dirección en el GPS. Quería que lo llevase a Alta Constantia, una zona muy lujosa llamada Las Avenidas que estaba llena de mansiones.

Iba a preguntarle por qué iba allí, pero enseguida recordó que no tenía derecho a entrometerse en sus asuntos.

Decisión de Cole, no de ella.

Unos minutos después, Lex detuvo el coche frente a una verja de hierro forjado de tres metros de altura y Cole se inclinó entre los asientos para apuntar hacia el panel de control con un mando a distancia.

—Toma el camino de entrada y para frente a la casa —le indicó cuando la verja empezó a abrirse.

Se sentía como un quinceañero en presencia de su amor platónico. Nervioso, se pasó una mano por el pelo mientras miraba los altos robles, la enorme franja de césped y la hermosa casa victoriana de una sola planta.

Era bonita, le gustaba.

Él negociaba con miles de millones de dólares y tomaba muchas decisiones audaces en los negocios, pero aquella era la mayor apuesta de su vida. Por primera vez, se sentía mareado. No solo estaba apostando un par de miles de millones sino su corazón, su futuro.

¿Y si hubiera perdido la oportunidad? ¿Y si lo hubiera estropeado todo definitivamente al no llevarla a Europa, al no permitirle ir con él a Tailandia?

Cole dejó de darle vueltas cuando Lex se detuvo frente a la casa. Angustiado, salió del coche y se dirigió hacia la puerta. Estaba a mitad de camino cuando se dio cuenta de que ella no lo seguía, de modo que volvió al coche y abrió la puerta.

—Ven conmigo.

Necesitaba ver sus ojos y, con cuidado, le quitó las gafas de sol.

—¿Qué haces?

Cole observó sus brillantes rizos, su boca tan sexy, la inquietud en sus ojos verdes. Nadie, y menos él, debería hacerla sentir inquieta o

asustada. Pero los preciosos ojos verdes estaban cargados de dolor y se maldijo a sí mismo por ser un tonto.

Alejarse de ella había sido lo más estúpido que había hecho nunca. Lex era lo que necesitaba y, si la quería en su vida, tendría que luchar por ella. Luchar contra el impulso de salir corriendo, de escapar, de protegerse. Aceptaría lo que ella quisiera darle, el tiempo que pudiese dedicarle en medio de su ajetreada vida, cuidando a sus hermanas y estudiando para obtener un título universitario.

Estaba harto de vivir solo, de estar solo. Y Lex era la única mujer a la que podía imaginar en su vida, para siempre.

Pensando que no debía haber ninguna barrera entre ellos, se quitó las gafas de sol y las guardó en el bolsillo de la chaqueta antes de ofrecerle su mano.

—¿Por qué estamos aquí, Cole?

—Porque tengo algunas cosas que decirte. Si tú quieres escucharme, claro.

Lex no tomó su mano para salir del coche.

—¿Dónde estamos? —le preguntó.

—En una propiedad de finales del siglo XVIII. Mide unos cinco mil metros cuadrados y es una de las más grandes de la zona. Cinco habitaciones, una casa de invitados con tres dormitorios, habitaciones para el personal y un apartamento sobre un garaje para cuatro coches.

Ella lo miraba, perpleja.

—¿Por qué hablas como un agente inmobiliario? ¿Y por qué estoy yo aquí?

Cole no quería mantener esa conversación en el camino de entrada, así que tomó su mano y tiró de ella hacia el porche, con vistas a una de las dos piscinas de la propiedad.

La casa estaba actualmente desocupada y la había comprado totalmente amueblada, de modo que llevó a Lex a un cómodo sofá de mimbre.

Si ella estaba de acuerdo con su loco plan explorarían la casa más tarde...

En ese momento, tenía muchas cosas que contarle.

Lex se sentó en el sofá y Cole sobre la mesa de café, apoyando los antebrazos sobre los muslos. Quería tocarla, pero eso, con suerte, también llegaría más tarde.

«Di las palabras. Hazlo de una vez, Thorpe».

—Necesito hablarte de Charlie.

Lex frunció el ceño. Resultaba evidente que no era eso lo que había esperado que dijese.

—Muy bien.

—La razón por la que cancelé nuestro viaje a Francia fue porque Sam, mi hermano, me pidió que me reuniese con él en Tailandia. Quería hablarme de Charlie.

—¿No pudo enviarte esa información por correo? —preguntó Lex, escéptica.

—No, y ahora entiendo por qué.

Cole tragó saliva. Todavía era tan difícil de comprender, tan difícil de asimilar.

—Charlie era mi hermana —dijo por fin—. Era diez meses menor que yo y, al parecer, una niña muy querida, especialmente por mi padre.

—No entiendo cómo no sabías que tenías una hermana.

Él tampoco y a Sam le había costado convencerlo para que lo creyese.

—No lo sabía porque murió cuando yo era muy pequeño.

Lex puso una mano sobre su rodilla y Cole, de inmediato, se sintió más tranquilo. No estaba solo, tenía a alguien apoyándolo. Sabía que la deseaba, pero hasta ese momento no había entendido cuánto la necesitaba. Su fuerza, su calma, su apoyo.

—Lo siento mucho. Cuéntame lo que pasó, Cole.

—Sam me dijo que fue un extraño accidente y que yo acabé en el hospital, pero no recuerdo nada...

Lex tomó su cara entre las manos.

—Toma aire y cuéntame, de la forma más sencilla posible, qué pasó.

Cole respiró hondo y asintió con la cabeza.

—El antiguo propietario del Rossdale era amigo de mis padres y los invitó a pasar unos días allí. Entonces era una casa de vacaciones, no un hotel. Yo tenía casi cuatro años y Charlie debía tener tres. Mi madre nos dejó en una habitación en el piso de arriba para que durmiéramos la siesta, pero queríamos jugar en la nieve, así que salimos al pasillo. Antes de la reforma, la casa tenía una empinada escalera de piedra... —Cole tragó saliva—. Había una puerta en el pasillo, pero no estaba cerrada con llave. Nadie sabe cómo sucedió, pero Charlie se cayó rodando por las escaleras. Sam cree que traté de agarrarla y caí tras ella. Mi hermana murió por el impacto, yo estuve en coma durante unos días con una hemorragia cerebral. Me desperté sin ningún recuerdo del accidente. O de mi hermana.

Cole sentía como si estuviera hablando de un extraño, de otro hombre que había tenido una hermana que había muerto cuando él era pequeño. ¿Cómo era posible que no recordase nada?

—Cole...

—Mi padre culpó a mi madre por no haber cerrado la puerta con llave y ella no pudo defenderse. Para Grenville, la muerte de Charlie era culpa de mi madre y culpa mía por dejarla caer. O por no haber muerto en su lugar.

—No, Cole.

Él no podía parar. Tenía que sacarlo todo. Era la única forma de curar aquella herida supurante y dejarla atrás de una vez.

—Grenville Thorpe tenía el corazón duro como una piedra y el poco cariño del que era capaz tras la muerte de Charlie se lo transfirió a Sam. Exigió el divorcio y mi madre accedió, siempre que no volviese a hablar de mi hermana. Y él estuvo de acuerdo porque no quería saber nada más de nosotros.

—¿Cuándo compró el Rossdale? —preguntó Lex.

—Cinco años después de la muerte de Charlie. Hacía una oferta cada tres meses, aumentándola hasta que los propietarios no pudieran rechazar el dinero que les ofrecía. Cada año, en el aniversario de la muerte de la niña, mi padre desaparecía durante semanas. Cuando Sam descubrió que estaba solo allí, bebiendo hasta perder la cabeza, lo desafió a hacer algo que honrase la vida de Charlie. Fue entonces cuando decidió renovar la propiedad y convertirla en una estación de esquí.

—De modo que te rechazó a ti, te culpó por la muerte de tu hermana y convirtió el lugar del accidente en una especie de santuario —murmuró

Lex—. Eso es muy triste. Y tan egoísta, tan narcisista. Solo se trataba de él, de su pérdida, de su dolor. Claro que era muy fácil para tu padre querer a Charlie.

Cole torció el gesto.

—¿Qué quieres decir?

—Charlie murió cuando era una niña dulce y encantadora. No había aprendido a responderle, a tener una opinión, a discutir con él o a hacer las cosas como ella quería. En su cabeza, Charlie era una niña perfecta y sería perfecta para siempre. Eso no es amor, es una evasión. Hace falta coraje para querer a las personas con todos sus defectos y sus debilidades. Tu padre era un cobarde, Cole. Nada más que eso.

Él asintió, avergonzado por haber anhelado el amor y la aprobación de Grenville Thorpe. Había tardado más de treinta años en darse cuenta de que su padre estaba atrofiado emocionalmente, que era una persona horrible que culpaba a su hijo pequeño por la muerte de su hermana.

Por culpa de Grenville, Cole había pasado demasiado tiempo solo y había dudado de sí mismo a cada paso. ¿Y por qué? ¿Porque había pensado que tarde o temprano se convertiría en su padre?

No sabía lo que había sucedido aquel día en el Rossdale. Ni siquiera recordaba a Charlie, pero lo que sabía con certeza era que él nunca le hubiera hecho daño a una niña y que la muerte de Charlie había sido un horrible y trágico accidente.

Su padre podría haber llorado a su hija pequeña mientras se acercaba más a sus otros dos hijos, pero Grenville había optado por distanciarse para perpetuar el dolor. Y, viviendo bajo esa fría y venenosa sombra, Cole se había vuelto como él: frío, amargado, solitario.

Pero todo eso había terminado.

Era hora de dar un paso hacia la luz. Hora de amar y ser amado.

Lex apretó su mano y cerró los ojos, musitando una plegaria en nombre de Charlie, la niña a la que Cole no recordaba.

Sin duda, la madre de Cole había pensado que estaba haciéndole un favor al ocultarle la verdad, pensando que no podría soportar saber que su hermana había muerto y que su padre lo culpaba por el accidente. Pero Lex sabía que los niños eran mucho más fuertes de lo que creían los adultos y que la honestidad siempre era el mejor camino a seguir.

Su madre debería haberle contado la verdad, asegurarle que el accidente no había sido culpa suya y explicarle que su padre no era capaz de lidiar sensatamente con la situación.

Cole podría haber recibido terapia y, de ese modo, tendría una idea más clara de por qué su padre se había negado a volver a verlo.

—Pensé que si no podía tener una relación con él, entonces no podría tener una relación con nadie —dijo Cole, con un tono cargado de dolor—. He tenido relaciones, pero siempre las he roto porque eso es lo que hicieron mis padres conmigo. Mi madre estaba ahí, pero entre nosotros no había ninguna relación.

Lex se inclinó para poner las manos sobre sus rodillas y apoyó la frente sobre la de Cole.

—Lo siento mucho. Siento mucho lo de Charlie. ¿No recuerdas nada de ella?

Cole se tocó la frente, donde tenía una pequeña cicatriz. Lex la había visto antes, pero nunca le había preguntado de qué era consecuencia.

—Me dijeron que me había caído por unas escaleras, eso es todo lo que sé. No tengo ningún otro recuerdo.

—No puedo creer que tu hermano no te lo contase, especialmente tras la muerte de tus padres.

Cole se encogió de hombros.

—En mi familia se ocultaba todo. Mis padres se divorciaron y desde entonces se ignoraron mutuamente. Mi hermana murió y nadie volvió a mencionarla. Mi hermano le dio la espalda a su vida, y a mí, para convertirse en monje budista. Al parecer, somos así. De hecho, en el escudo de nuestra familia debería estar inscrito: «Mejor, aléjate» —murmuró Cole, pasándose una mano por el pelo.

Sí, Lex podía creer que era un rasgo familiar.

¿Y no era su típica mala suerte haberse enamorado de alguien que hacía lo mismo que había hecho su madre?

Ahora sabía por qué actuaba Cole como lo hacía, porque nunca le habían enseñado a hacer otra cosa. Pero, por triste que fuera su historia, por mucho que sufriese por él, Cole le había roto el corazón y no permitiría que volviese a hacerlo. No podía correr ese riesgo.

Era hora de irse, de modo que se levantó del sofá.

—Tengo que ir a buscar a Nixi y Snow al colegio.

No podía quedarse allí, torturándose a sí misma por lo que no podía tener. Ver a Cole era como recaer en una vieja adicción. Sufriría el síntoma de abstinencia durante días, posiblemente semanas.

—No te vayas —dijo él, con voz entrecortada.

¿Por qué iba a quedarse? ¿Para qué iba a prolongar esa agonía?

—Cole...

—Por favor, quédate. No solo ahora sino para siempre. Por favor, no te alejes de mí.

Lex metió las manos en los bolsillos de los vaqueros, intentando no hacerse ilusiones.

—¿Por qué no? —preguntó en voz baja—. ¿Cómo vas a convencerme para que me quede contigo?

Si mencionaba el dinero, o las posesiones materiales, le daría un golpe en la cabeza con el cuenco de vidrio soplado a mano que estaba sobre la mesa.

Cole se levantó y dio un paso adelante. Estaban tan cerca que podría ponerse de puntillas y darle un beso en los labios, pero no lo hizo.

Le temblaban las rodillas y quería besarlo más que nada en el mundo, pero si él no podía darle lo que necesitaba...

Cole tomó su cara entre las manos, mirándola a los ojos.

—No se me dan bien las relaciones, pero esos días en el Rosssdale, contigo, fueron los más felices de mi vida. Tú consigues que te abra mi corazón, algo que no había hecho nunca, y estoy dispuesto a cambiar. Contigo, con nuestros hijos, con cualquiera que comparta nuestra casa y nuestras vidas. Me niego a ser como mi padre: frío, egoísta, solitario, amargado. Incapaz de amar.

Lex intentó respirar y descubrió que no era capaz de hacerlo. No sabía qué decir, ni siquiera sabía por dónde empezar.

Entonces Cole inclinó la cabeza y suavemente, con mucha ternura, rozó sus labios con los suyos.

—Te amo, Lex, y quiero seguir amándote durante el resto de mi vida.

Ella cerró los ojos, emocionada, sintiendo que su corazón se henchía de pura alegría. Pero todavía había un susurro de duda.

—Estás diciendo todo lo que yo quería escuchar, pero...

—Pero estás criando a tus hermanas, tienes que pensar en Addi, tienes responsabilidades —la interrumpió él—. Y también tienes una carrera que terminar y otra por empezar. Sé todo eso.

—¿Cómo vamos a tener una relación cuando tú vives a miles de kilómetros de aquí?

Cole apretó sus caderas y Lex notó que el ámbar de sus ojos parecía más cálido, más brillante.

—Voy a mudarme a Ciudad del Cabo y a partir de ahora no viajaré tanto. Te ayudaré con todas tus tareas y con los deberes de las niñas... se me dan bien las matemáticas.

—Espera, espera. ¿Estás diciendo que vas a vivir con nosotras?

Su casa era muy pequeña y no había espacio para alguien tan grande como Cole.

—No, más bien estaba pensando que tú podrías vivir conmigo. Acabo de comprar esta casa, cariño. Si dices que sí, Addi podría mudarse a la casa de invitados. Y, por supuesto, las niñas vivirían con nosotros. Quiero despertar todos los días contigo entre mis brazos, quiero ser parte de tu vida.

Era como un sueño, como todos los sueños que había tenido en su vida, pero Lex no estaba segura de que él supiera todo lo que exigiría eso.

—Las niñas son testarudas, exigentes, desordenadas y ruidosas. Se pelean, lloran, son muy dramáticas. Y serán una constante en mi vida durante los próximos diez a doce años.

—Por supuesto que sí —dijo él, inclinándose para darle otro beso—. Entiendo que, al casarme contigo, adquiero también cuatro hermanas, dos de las cuales vivirán con nosotros. Lo entiendo y no me importa. Me encargaría de todo un orfanato si tú me lo pidieras.

Parecía convencido, pero Lex vio una pizca de miedo en sus ojos.

—¿Estás seguro?

—Sí, lo estoy. No tuve mucha relación con mi hermano y no recuerdo a mi hermana, así que tal vez pueda compartir a las tuyas.

Cole nunca había tenido una familia de verdad y podía ver que estaba desesperado por tener una. Necesitaba una casa llena de amor, de ruido, de

peleas y risas. Necesitaba una familia más de lo que él creía, pero eso no era suficiente para disipar todas sus dudas.

—Me da miedo que en seis meses o en un año decidas que todo esto es demasiado y que has cometido un error —dijo Lex, sintiendo que en su corazón empezaba a formarse una pequeña grieta—. Me da miedo correr ese riesgo, pero sobre todo por las niñas. No permitiré que nadie les haga daño, Cole. Arriesgaría mi corazón, pero no el de ellas.

Cole sostuvo su mirada.

—Ojalá pudiese decirte que lo haré todo bien, pero la verdad es que probablemente me sentiré abrumado de vez en cuando. Pero te prometo que no me iré. Me quedaré y juntos superaremos todo lo que la vida nos ponga por delante. Y sé que valdrá la pena, Lex —le dijo, con total convicción porque juntos somos mejores, más fuertes, más felices que separados.

Era cierto. Lex podría vivir sin él, pero su corazón no daría saltos y el cielo no parecería tan azul si él no estuviese cerca.

Cole la abrazó entonces y apoyó la frente sobre la suya.

—He estado buscando el amor toda mi vida, Lex. Y tu amor es todo lo que necesito.

Lex enredó los brazos en su cintura y se puso de puntillas para apoyar la cara en su cuello, suspirando. Cole la abrazaba y todo estaba bien.

—Te quiero —dijo en voz baja.

—Yo te quiero más, cariño.

Cole se echó hacia atrás y apartó un rizo de su frente.

—¿Serás mía?

Lex esbozó una sonrisa radiante.

—Soy tuya. Siempre lo seré.

Cole cubrió su boca con la suya y, sin dejar de besarla, la tomó en brazos. Lex envolvió las piernas alrededor de sus caderas y le devolvió el beso con todo su amor.

—Creo que deberíamos llamar Charlie a nuestro primer hijo —murmuró luego, apartándose un poco.

Cole esbozó la más dulce de las sonrisas.

—Me parece muy buena idea. ¿Nos ponemos a ello ahora mismo?

Lex soltó una carcajada.

—Soy valiente, pero no tanto. Dejemos el bebé en espera durante un año o dos. O tres o cuatro.

Él esbozó una pícaro sonrisa mientras la llevaba al interior de la casa.

—Avísame cuanto estés lista, cariño. Yo siempre estaré preparado para ese desafío.

Estaba preparado para cualquier desafío mientras tuviese a Lex a su lado y siempre sería así.